7000
ANT
XIX
212

THELENA

r. t.—Biblioteca económica popular.

THELÉNA.

T. I.—Biblioteca económica popular.

15 cuy

R-91321

THELÉNA,

O

EL AMOR Y LA GUERRA.

Por Victor Ducange.

—

TOMO I.

Cádiz.
IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA,
calle de la Torre, n.º 58½.

1847.

Es propiedad de la casa de Arjona.

1.

Desconfiad de vuestros sentidos: lo que veis es una ficcion y falso cuanto os dicen.

Serian, si mal no me acuerdo, las cuatro de la mañana del dia 5 de Mayo de 1820. Un cielo puro y un aire suave presajiaban cierto dia en que acompañaba á la salida del sol, la magnífica hermosura del mas sereno horizonte.

Un carruaje descubierto, cuya construccion aparentaba ser de hechura ligera y elegante, lleno de baules y maletas, enganchado por cuatro escogidos caballos de posta,

y los postillones montados con látigo en mano, aguardaba, hacia ya un cuarto de hora, delante de la gran posada de Rusia calle de S. Honorato: en el patio, un hombre de alta estatura, grave aspecto, en una postura sosegada, vestido con frac negro y un sombrero de paja, se paseaba en todas direcciones murmurando á cada diez pasos, sin manifestar por ello mucha impaciencia: *goddam*! *goddam*!

Este hombre era lord Ohwart; aquel carruaje le pertenecia, y su servidumbre constaba: primero, de un jockey de veinte años, muchacho tan lindo como una miniatura, de rostro afable, espresivo, franco, pero cuyas facciones estaban en una indecible movilidad: segundo, de un hermoso cazador con librea ricamente bordada por todas las costuras, su plumero recto y orgulloso, se asemejaba al campanario de una aldea, este hombre era notable por su belleza varonil, y su aire noble y distinguido; representaba cuando mas, veinte y un años y aunque demostrando mas reflecsion y comedimiento que su compañero; parecia, sin embargo, por su constante mirar hácia la puerta de la posada, que contase interiormente hasta los segundos: tercero, de un paje jóven como de doce ò trece años, de figura gordita, pero de traza muy traviesa;

este jugaba con los perros entreteniendose en echar chinitas por el aire.

Mientras tanto por mas *goddam* que pronunciase lord Ohwart, no dejaba de pasearse con paso tranquilo y mesurado, aprocsimandose de cuando en cuando ya al jockey que estaba apoyado contra el poste del patio, ya al cazador que imitaba la ocupacion de su compañero: les alargaba la mano con la mayor franqueza y apretándoselas afectuosamente, les decia sonriéndose:

—Paciencia! ánimo! bien conocereis que es preciso conceder á una señorita el tiempo que estime necesario para concluir su tocador.

Los tres se sonreian entonces, pero esta sonrisa encerraba un vago temor, una incertidumbre, un ligero tormento.

El reloj de la iglesia de S. Roque, dió un cuarto de hora. En aquel instante, en medio de la profunda calma que, reina aun hoy mismo en París, al rayar el dia; dejó percibirse muy claramente el estremecimiento lejano que causa sobre las piedras el andar de un carruaje. El volante y el cazador quisieron precipitarse à su encuentro. Lord Ohwart los detuvo con ademan imperioso diciéndoles:

—Al fin franceses!... jóvenes.... siempre demasiado vivos!...

Los dos se contuvieron sonriéndose.

Durante este intérvalo, el carruaje se aprocsimaba al gran trote: era un mal coche de alquiler. Para que pudiese entrar en el patio afianzaron los caballos de la carretela de milord; el jockey saltó ligeramente al estribo y abriò la portezuela. Una muger hermosa, alta, majestuosa, imponente, pero cuyos modales indicaban mucha audacia y decision, se arrojó del coche inmediatamente: su vestido sencillo pero muy elegante, llamaba sobre todo la atencion, por cierta originalidad inglesa. Aunque desde luego ofreciese su mano á lord Ohwart; el cazador, alto y vigoroso la tendiò sus brazos para estrecharla contra su pecho.

—Bliffid, seguramente estais loco, le dijo en tono severo el inglés.

—Ah! milord, os pido perdon, replicó el cazador un poco avergonzado; bien sabeis que jugaba su vida.

—Y bien, respondiò aquella mujer, con una mirada entre desdeñosa y altanera, bien sabeis amigo mio, que estoy acostumbrada á perder sin enfadarme.

—Ganarémos, sí, ganaremos, milady! replicó lord Ohwart apretàndole suavemente la mano; no puede presentarse partida mas

completa, y yo me encargo de sostener las apuestas.

—Marchémos!

Lord Ohwart ofreció muy cortesmente su mano á la bella desconocida diciéndole al oido algunas palabras que la hicieron sonreir: colocáronse en seguida en el testero de la carretela; el altivo cazador, mas comedido y respetuoso, tomò asiento en la rotonda tan cómoda como ligera, y el volante en union del otro criado mas jóven, ocuparon el pescante del mayoral, el que se hallaba vacio supuesto que iban á caminar en posta. Todos ya listos, la berlina partió con la rapidez del rayo.

Al volver la esquina de la calle Castiglione para atravesar la plaza de Vendôme, una patrulla de gendarmería á caballo desembocando en aquel instante por la calle de S. Honorato detuvo forzosamente los caballos del carruaje de milord. Este imprevisto accidente causò una palidez mortal al jockey; el cazador frunció las cejas, la señora saludò con una sonrisa muy afable al oficial, y lord pronunció un enérgico *goddam*!

La intencion de los gendarmes no habia sido de ningun modo egercer su molesta vigilancia sobre los viageros: caballos, carrua-

ge y postillones, se vieron obligados à detenerse para no volcar: hé aquì todo el lance. Los gendarmes, se apartaròn un poco, y la carretela siguiò su camino.

—*Goddam*, repitiò el inglès apretando suavemente la mano de su hermosa compañera, ¿por ventura, no hay aquì mas que un hombre entre nosotros?

El jockey no pudo menos de sonrojarse.

La carretela marchaba siempre con rapidez; pasó por delante de la columna (1), eterno monumento de una grandeza que, apenas se la mira hoy como un recuerdo. El inglés deslizó una mirada escudriñadora sobre sus tres compañeros: tenian clavados los ojos en aquel bronce inmortal, el cazador y el jockey animados por un mismo impulso echaron mano á su sombrero para manifestar un respetuoso saludo, dejando entrever un suspiro al pronunciar un triste *á Dios*: dos lá-

---

[1] La gran columna de la plaza Vendôme, en París, está toda construida con los cañones cogidos por las tropas de Napoleon en Austelitz Jéna, Marengo, Lesjisick, Wilna!!! Tiene setenta piés de elevacion y se sube á la cumbre por medio de una escalera de piedra que tiene labrada interiormente, pudiendo ir dos personas de frente. [N. del T.]

grimas ardientes corrian por las mejillas de la señorita y sus ojos tomaron una indecible espresion de ternura. Alargó su mano al cazador que se hallaba mas prócsimo que el jockey y le dijo con voz tan imponente como enternecida:

—Ah! el valor y la sangre de mi padre han contribuido á cimentar un fragmento.... ¡Y qué, no la volveré à ver mas!!!

Cuando estuvieron à alguna distancia, este recuerdo fué debilitándose poco á poco: el inglès les dijo entonces:

—Amigos mios, todo francés que al pasar por delante de este monumento no se halle poseido del mayor entusiasmo, no me merecerá sino una estéril compasion. Sin embargo recordad que solamente fué erigido á la gloria, y no á la libertad; he aquì porque tan pronto han cambiado su cúspide. ¡Ojalà que los hombres á quienes vais à aucsiliar en su gran empresa puedan evitar el lazo en que habeis caido!

Nuestros viajeros llegaron por fin à la salida de la ciudad: la guardia de policìa se presentò toda entera en la puérta para ecsaminar los pasaportes. Milord sacó del bolsillo un hermoso cartapacio muy flordelizado con sus sellos correspondientes en el que se leia:

«Yo el rey, &c. &c., concedo libre y seguro pasaporte à lord William Ohwart, marquès de Landsoop, miembro del Parlamento, su edad cincuenta y dos años, &c.... regresa á Inglaterra por el Paso-de-Calais: lo acompañan milady Carlota Omera, sobrina suya, condesa de Poppwils, de edad de veinte y un años, y tres criados igualmente ingleses; á saber: Bliffid, cazador, natural de Kent en Groswensheir, de edad de veinte y dos años: John, jockey, natural de Chatam, de edad de veinte años; y Thoms, page de doce años; los que han declarado hallarse en el servicio de milord.»

El pasaporte estaba estendido con arreglo à la ley, las señas no ofrecian ningun género de duda; y todas las personas, escepto milord, champurreaban un frances muy poco inteligible. El oficial de guardia dobló respetuosamente el cartapacio que entregò á milord con un profundo saludo: el gendarme que se habia mantenido delante de los caballos, dijo al postillon:

—Partid.

Y la carretela echó à correr á galope tendido por el camino de Bourget.

Cuando ya habian dejado atràs el primer pueblo, el cazador y jockey, se apresuraron

à ocupar los dos asientos vacios que habia en la carretela, la bella y magestuosa milady se quitò el sombrero de plumas que la incomodaba un poco, aunque milord pretendia, sonriéndose, que comprometeria la blancura de su tez; el pagecillo se acomodó solo en la zaga, donde se entretenia en comer avellanas, y en este nuevo arreglo volvieron à emprender su marcha.

Amigo lector, creo que no te dejarás engañar por falsas apariencias, y que bajo los disfraces de jockey, cazador y jóven lady, sospechas la ecsistencia de alguna trama bien urdida: yo tambien lo presumo, y no sin fundamento. Es menester pues aclarar este misterio, procurando para ello tener mas travesura y malicia que la policìa de París.... cosa es esta á la verdad muy dificil, pero no imposible: al menos de ello acabais de tener una prueba!!!....

2.

Toda la bandada iba á tomar el vuelo. El cazador tendió entonces su red.

La suerte futura de un hombre dependerá siempre del primer paso que dè en el mundo. Tened en ello gran cuidado, y no os quejeis à veces del destino que dicen ser ciego, sordo y mudo: porque seguramente no es él quien ha escogido la senda en que os habeis precipitado sin reflecsion, y en la que os hallais bien pronto arrastrados uno por otro.

Pero, lector, me direis ¿quien decidirá de

mi primera accion, de mi primer movimiento, de este primer paso fatal y decisivo, que una vez dado es imposible deshacerlo, tan imposible como el tiempo que vuela y no vuelve? Ah! no seremos ni vos ni yo, ni tampoco lo suerte: pero sì lo será, vuestro primer hábito; la primera impresion que hubiereis recibido; el primer ejemplo que os hubiesen mostrado.

Ecsistian pues, en la ciudad de Paris, tres jòvenes, que se distinguian por las brillantes cualidades con que la naturaleza los habia dotado. La oscuridad, ó por lo menos la media luz bajo la cual es prudente manifestar una parte de su historia, me impone la obligacion de ocultar los apellidos de sus familias, y usar de la misma discrecion con respecto á los pormenores de su infancia. Por otra parte, dos de entre ellos, no figurarán sino rápidamente, en el curso de esta relacion; porque los veremos desaparecer de la gran escena del mundo en el momento en que poseidos de un ardor belicoso y llenos de valor y de esperanzas, precipitarse en aquel torbellino, con una intrepidez que rayaba en heroismo, para no volverlos á encontrar sino en medio de los combates. Pero el tercero, llamado por un destino peligroso á probar los azares del amor y de la guerra, nos inspirará mayor in-

terés, atrayendo continuamente nuestras miradas.

Llamábanse los dos primeros Pablo y Roberto. Ambos habian tenido una humilde cuna: el uno era hijo de un artesano, el otro de un labrador. Bien sabido es, que en aquella clase independiente, laboriosa y activa que no debiera nunca su elevado poder sino al valor ò al talento, reina constantemente aquella idea de libertad cuyo fuego alimenta un alma robusta y fuerte, y que esta llama no se estingue sino en la ociosidad y molicie, ò en el degradamiento que inspira la intriga ó la corrupcion.

Pablo habia abrazado la carrera de las artes. Roberto se dedicò al estudio del foro. El primero consiguiò ser un pintor distinguido: el segundo era reputado ya como un célebre abogado; tan cierto es que el talento eleva el entendimiento y ennoblece los sentimientos del corazon. Pero en la edad en que solo se busca lo sublìme y la virtud, se tropieza fácilmente con los escollos de la esaltacion.

El tercero se llamaba Isidoro: tenia dos años menos que Roberto, y uno menos que Pablo. Contaba diez y nueve, y puedo asegurar que la naturaleza no habia jamàs dotado á un jòven, con mas gracia ni belleza,

Sus facciones tenian una tan perfecta regularidad que igualaban en pureza y correccion á los mejores modelos antiguos: una cabellera rubia y bien rizada coronaba su ancha frente: sus ojos de un azul brillante parecian no espresar mas que el amor, si una rasgada ceja al estilo griego y mas oscura que sus cabellos no hubiese impreso en su mirada un aire marcial: en fin, el conjunto respiraba á un tiempo la arrogancia de Atrides, y la dulzura de Endymion: porque si bien en su adolescencia manifestaba ya la mas bella proporcion en sus formas, por un contraste bastante natural á su edad el bozo no habia aun asomado en su barba, y con su nevado cuello semejante al de una doncella, parecíase á un hermoso busto de mármol trabajado por un hábil estatuario.

Sin embargo, aunque en la belleza de Isidoro, ecsistiese aquel hechizo mugeril que acompaña á la adolescencia, tambien poseia un carácter enérgico, esforzado, intrépido: hijo de un valiente, ¿acaso le era dado no serlo?

Su padre cayó muerto al lado del infeliz cuanto inmortal Poniatowsky: las mismas olas enrogecidas con la sangre de diez mil guerreros, los habia sumergido.... Dia fatal y de

eterno luto.... En vano habia luchado su desperada madre contra golpe tan terrible: durante seis meses, un hijo adorado la contuvo en el borde del sepulcro; pero la herida le profundizó mucho su corazon ulcerado.... la madre hubiera querido sobrevivir!!!.... la esposa espiró, y el jòven huérfano parecia haber recibido por herencia, el heroismo del padre y la cariñosa dulzura de su madre.

Estos tres jóvenes, se habian unido por la mas estrecha amistad: ¿donde, como, y en que circunstancias? Lector poco importa; te previne que seria muy circunspecto. Se querian como tres hermanos: y he aquì, lo que te conviene saber. Entre ellos, no ecsistia ninguna idea oculta, sus pensamientos estaban igualmente repartidos: placeres, estudios, proyectos, esperanzas, porvenir, todo se ponia a escote en aquella comunidad; y sabe Dios cuantas quimeras no inflamarian sus fogosas imaginaciones si se considera que el mas modesto de los tres, aspiraba nada menos que à la inmortalidad.

Pablo trasladaba al lienzo los triunfos casi fabulosos con los que, nuestros antiguos veteranos creian haber cimentado la libertad de su patria, y cuando Isidoro los ecsaminaba, su corazon latìa de placer. Roberto, atento

siempre á los debates judiciales de las causas políticas, referia à sus amigos aquellas defensas inmortales revestidas de una lògica tan profunda, de una elocuencia tan persuasiva, tan patriòtica: y entonces los tres marchaban apresurados á oir los terribles fallos del tribunal.

En cuanto à Isidoro, el mas jòven, el mas fogoso de los tres, si aun no habia manifestado su brillo mas que al lado de las mugeres, si su fama no se estendia entonces sino en las tertulias ya por las gracias de su juventud como por el fácil triunfo de alguna aventura amorosa, se echaba sin embargo de ver que poseia las cualidades de un héroe pronto en arrojarse por la senda de la gloria. Era todo un Aquiles que jugaba todavia con las ninfas de Ciros, pero aguardando el ceñir una espada; anhelando una señal y suspirando por un grito de guerra.

Mas muy pronto dejase oir partiendo del Oriente. Despues de un pesado y largo sueño parecido al de la tumba, la Grecia se despertaba al sacro nombre de libertad.

Un puñado de esclavos encorbados mucho tiempo hacìa bajo el peso de sus cadenas desgastadas por sus làgrimas, consigue sacudirlas y romperlas. Estremècese al observar las pro-

*

fundas cicatrices que han deshonrado sus miembros y se admira mucho mas de su dilatado sufrimiento, con la cabeza erguida quedan abochornados al contemplar las dispersas ruinas de los sepulcros, de las ciudades, de los templos de sus abuelos: pero tambien recuerdan que los vió nacer la patria de Leonidas, Miltiades, y Thémistocles. Animados con tan grata memoria, aquel puñado de valientes, se levanta como un espectro lívido, descarnado, pero terrible: hace resonar el clarin guerrero, y su desesperacion esparse aquel grito tan fatal á los tiranos:

—*Muerte ó libertad.*

A este ímpetu sublíme, repentino, inesperado de una nacion casi olvidada saliendo del sepulcro, pero forcejeando con mas audacia que esperanza en la mortaja que la cubre y cuyos hierros sirven para crear armas, la Europa con fijo mirar se conmueve, se estremece, y todos los pueblos responden unánimes à aquella nueva Athénas:

—Valor, hija de los dioses y cuna de la libertad! Sí, valor! el sacro fuego, en ninguna parte se estingue!

Pero ¡ah! Minerva no revestirá su celestial armadura para proteger à la nueva Tèbas: tampoco el consejo de los dioses se reu-

nirà para ordenar al destino que señale el dia de su libertad. La suerte futura de los pueblos se decide hoy en un congreso de monarcas, y por mas incieso que reciban, no dejan de ser mìseros mortales. Afortunadamente para la Grecia, el estandarte de la cruz, levantado por unas manos aun dèbiles sobre aquellas colinas solitarias, se atreve à provocar el combate, desafiando el altivo pendon de Mahoma. ¿Y se creerà que todos los príncipes cristianos, celosos de la gloria, vayan à marchar sin duda, para sostener aquella santa causa? No, ni uno tan solo!... el turco proviene de raza *legítima*.

Isidoro, Pablo y Roberto, durante sus estudios escolásticos, habian grabado en la memoria los antiguos prodigios de aquel suelo clàsico de la libertad; y contribuir á romper las cadenas de los descendientes de un pueblo cuyo suelo produjo el heroismo mas admirable, he aquí lo que les pareció ser la causa verdaderamente santa, la causa del honor y de la humanidad, en tanto que la superficie de la Europa entera con desmayado volor dejaba que la politica remachase sordamente los hierros de la razon y de las luces, resolvieron en un instante volar al socorro de la Grecia, y dividir los peligros y la gloria de un pue-

blo regenerado.

Un proyecto tan novelesco estaba muy acorde con las ideas de su edad, las disposiciones naturales de su carácter, y la clase independiente que gozaban en la sociedad, para que un solo instante fuese puesto en balanza, con los helados cálculos de la prudencia. Allí se abria para ellos la carrera de la gloria; allí se había refugiado en su desesperacion, la libertad, desterrada de todos los imperios de Europa: verdad es, que no se les aparecia engalanada con oro y púrpura, no teniendo que ofrecer á los jóvenes entusiastas, sino armas, laureles, y quizá el amor de alguna belleza griega. ¿Se desea otra cosa mas á los veinte años?

El plan de su pequeña, pero intrépida espedicion, quedó prontamente convenido y en la deliberacion de un asunto tan importante como difícil, no se tardó sino una hora, por que en aquel consejo privado se votaba siempre por unanimidad.

Desde luego desecharon sin discutir las ideas de solicitar pasaportes, lo que les hubiera proporcionado el llegar á su destino bajo la salvaguardia de las leyes. Todo debia ser casual, temerario y peligroso en la empresa que se proponian llevar á cabo sin ha-

berla meditado. Comprarían tres caballos, y bajo el disfraz de tres vestidos completos de gendarmes que, impone siempre un poco, ponerse al abrigo de toda pesquisa, dirigiéndose bien armados por el camino de Tolon. Para llegar allá, tendrian sumo cuidado de evitar las grandes poblaciones, de no detenerse mas que en las aldeas, y de no descansar sino en algun cortijo. Hallándose ya próximos al puerto mudarian de trage, sustituyèndole con hábito de penitentes, azules, grises, blancos ó negros, y una vez embarcados, *de la vuelta de fuera*, echarian al mar la capilla de fraile, dejando á los tiburones el gusto de vestirse con ellos por si le daba la gana de ir á predicar un sermon cuaresmal á las señoras ballenas. Obtendrian fácilmente que lo desembarcasen como pasageros, ya en las costas de Italia, ó bien en las de la Morea, segun el destino que llevase la embarcacion.

En un plan tan atrevido, no faltaba mas, sino procurarse los fondos indispensables para su ejecucion. Ninguno de los tres era ricò, y dos estaban aun en menor edad. Roberto, el ùnico que poseia algo mas, vendiò por cuatro mil reales unos bienes muebles y una pequeña biblioteca que heredó de cierto tio suyo, siendo ex-canónigo de la catedral de Sta.

Leu. A fuerza de discurrir todos los medios que le sugeria su acalorada imaginacion con objeto de pedir dinero prestado, de repente acuérdase Isidoro de una vieja que se ocupaba en esta clase de negocios, aunque no tenia ni un ochovo de capital: pero en cambio habia por medio una sobrinita muy linda, dama de cierto judío viejo, el que estaba encargado de duplicar con su acreditada esperiencia, los ahorros de una jòven y bonita bailarina à quien mantenia un famoso y sòlido banquero. El dinero que circula, se asemeja à la corriente del agua. Para conocer su orìgen es preciso retroceder un poco. Nuestra vieja hizo primero que el jòven entrase en relaciones con la complaciente sobrina: ésta quedò por las razones *muy particulares* en que se fundó el hermoso adolescente: nada preferible encontrò en el mundo, á las *sólidas garantías* que le espuso. Sin embargo el malicioso judìo no participò de esta opinion; pero la encantadora sobrina le acometió un horroroso ataque de nervios y fuè preciso concluir á la mayor brevedad, un asunto que tan vivamente la habia interesado. El judìo se presentó en casa de la bailarina; la bailarina voló á casa del banquero pidiendo adelantado; el banquero se apresuró à abrir su gaveta; y me-

diante el módico interés de setenta y cinco por ciento y tres letras de cambio firmadas en blanco, Isidoro tuvo á su disposicion mil escudos sobre los cuales empeñó toda su legítima paterna y desprendiéndose generosamente de quinientos francos para regalarlos á la vieja: la libertad de la Grecia le costaba un poco cara.

Durante este tiempo, Pablo manejaba sus pinceles. Verdad es que no poseia patrimonio alguno, cuyo valor ascendiera siquiera á cien escudos: pero tenia talento, génio, é inspiracion, y con semejantes materiales, pintó una batalla: esta fué su obra maestra: el entusiasmo y esaltacion de que estaba poseido, se trasladaron al lienzo de un modo que algunos amigos y compañeros inteligentes le hicieron entrever que aquella pintura obtendrian un precio elevado. Animado Roberto con tal concepto, preséntase con su cuadro en casa de lord Ohwart, á quien citaban como buen aficionado á las artes y además, un inglés muy espléndido y liberal. Apenas lo hubo ecsaminado con su lente, cuando prorrumpió:

—Este cuadro es de Vernet; ofrezco en el momento quinientas guineas.

Metia ya su mano en el bolsillo para sacar la cartera cuando el jóven le replicó modestamente:

—Perdonad, milord, os equivocais; està trabajado por mì, y la décima parte de lo que me habeis ofrecido, es todo cuanto deseo.

Este rasgo de franqueza y probidad llamò singularmente la atencion del inglès; ecsigiendo que el jóven pintor aceptase al menos cien luises; y como las personas que se precian de honrar las artes, saben juzgar del lugar que debe ocupar el mérito, rogò encarecidamente á Pablo, que en lo sucesivo lo contase en el número de sus amigos. Ni el uno ni el otro podian preveer en aquel momento que esta generosa oferta seria bien pronto puesta á una prueba algo rara.

La pequeña sociedad poseia pues un tesoro que ascendia à algo mas de seis mil francos y tan rica se creia, que al contar aquellas monedas, les parecia que semejantes recursos bastaban por sí solos, para emprender la libertad del universo. El hombre grande y maravilloso que lo sometiò à su poder jamás tuvo tanto á su disposicion.... Felizmente que á nuestros jóvenes aventureros no les ocurriò semejante idea: sin esto quien sabe....

Pero en lugar de ponerse al momento en camino, con sigilosa discrecion, Isidoro cuyo padre habia sido general, y que habia heredado como por tradicion un gusto muy

decidido para el mando y una cabeza bien organizada para acometer las empresas estraordinarias y dificiles, pensó que un hombre como él debia por lo menos erigirse en gefe de aquel pequeño ejército, y se estremeciò de placer al considerar que podria quizá presentarse en Grecia al frente de un batalion sagrado, cuyas filas no ofreciesen sino hèroes intrépidos. Pero ¿y por qué no? ¿donde estaba la dificultad? ¿A caso la Francia no produciria mas que tres jóvenes capaces de sacrificarse por la causa de la libertad? ¡Que error si tal se creyera! ¡Que insulto con solo suponerlo! Isidoro contaba con que sus compañeros de edad no titubearian en seguir sus huellas; y aquel que los alistase bajo las banderos del honor y del heroismo, los conduciria sin murmurar, si lo quisiese, ò bajo el helado cielo del Polo, ó bajo los fuegos devorantes del Ecuador.

Nuevamente reunido el consejo en el obrador de Pablo, se mandó traer un bol de ponche; y copa en mano propuso Isidoro, que à la grande empresa se asociase un escogido número de buenos y leales camaradas, todos amantes intrèpidos de la gloria, entusiastas por la libertad, y decididos á arrostrar toda clase de peligros. Esta mocion fué reci-

bida al grito unànime de *viva la libertad!* procediendo en seguido de cada trago á la redaccion de los artículos que constituyesen el reglamento de aquella asociacion caballeresca. He aquì el resumen:

Aquel cuerpo de ejército independiente y voluntario, tomaria el título de *batallon de la libertad*. Su uniforme seria el de la guardia nacional de Paris: la bandera color de azul celeste, y cada miembro, ò mas bien cada caballero del batallon de la libertad se obligaba á presentarse equipado y armado á su propia costa, dirigirse à Tolon bajo un disfraz cualquiera, pero el que sin embargo debia ser conocido de sus hermanos de armas, depositando tambien una suma por pequeña que fuese en el tesoro comun: porque solo en valor debia pagar cada uno un contingente igual. Por lo demás, nada de privilegios, abolicion de intrigas: y la vìspera de cada batalla, ó de algun otro acontecimiento importante, el cuerpo libre, voluntario, y compuesto de hombres iguales, votaria el gefe de su seno: éste nombraria sus tenientes, y concluida la accion, todos se mirarian como camaradas. Igualmente se obligaban à morir los unos por los otros y poner en comunidad su fortuna y su vida. Solo se consideraba como

esclusiva y absoluta propiedad el caballo y la querida.

El plan todo entero fué adoptado por aclamacion entre los trasportes de la alegria. Roberto lo redactò acto continuo, y Pablo sacò tres copias, recomendando el mas profundo silencio, y al dia siguiente volvió cada uno trayendo treinta firmas. Pero ¡ah! doce copias del consabido y famoso proyecto se hallaban ya en poder del superintendente de policia, à causa de que parte de los noventa héroes de la libertad se componian de cincuenta y dos espías, y como inmediata consecuencia, Isidoro se halló como por encanto tendido al otro dia, en un cuartito de ocho piés cuadrados alla en lo ùltimo del patio mas retirado que á la sazon ecsistiera en la vieja y antigua cárcel: sitio horroroso, lugar semejante à la helada tumba, donde jamás penetraron los rayos benéficos del sol, donde resuenan sin cesar los gritos y lamentos de los desgraciados que, sumergidos en los vecinos calabozos, aguardan, blasfemando, el instante en que el cadalzo reclame sus cabezas criminales.

Los otros caballeros de la libertad habian tomado á tiempo la fuga como una bandada de pájaros. Roberto no habia sido preso á

causa de que habiendo vendido todo su homenaje de casa, por una feliz combinacion dormia todas las noches en casa de un amigo diferente, y en cuanto à Pablo, su nombre no se habia pronunciado en parte alguna, hallàndose por esta circunstancia, no menos feliz que casual, al abrigo de toda sospecha.

Ciertamente la esencia del negocio no ofrecia otro aspecto sino el de una mera niñada, ò mas bien una verdadera locura; y por mas susceptible que sea de espanto toda persona revestida de cualquier poder, me animo á creer que el mismo Sr. prefecto de policìa, mejor instruido del caso, se hubiera reido y aun burlado de la heróica escapada de aquellos tres caballeros barbilampiños. Sin embargo no lo aseguro, porque desgraciadamente el asunto tomò muy pronto un aspecto grave.

Abandonemos por un momento el clarin sonoro y el lijero pifano que hace un momento llamaban al campo de la gloria y del amor, á aquellos jòvenes aturdidos, para echar mano de la ronca y fatal corneta, instrumento solo digno de celebrar las tenebrosas hazañas de la policìa. Mudemos la nota y cambiemos de compàs para no mezclar tan discordante armonìa. El águila orgullosa y noble y el buho silvestre, no pueden hacer igual papel

en la inmensidad del espacio.

Todo esto significa lector amado, que te sirvas volver la hoja.

3.

El ha oido las blasfemias, y ha visto el rechinar de los dientes.

Luego como iba diciendo, ecsistia en aquel tiempo, como antes y como despues, una conspiracion á la verdad muy temible: era á la vez inmóvil y activa, invisible y palpable, se encontraba en toda y en ninguna parte: era tan sigilosa que frecuentaba todos los corrillos, pero como era tambien inmaterial y sin sustancia, de aquí la dificultad de apoderarse de ella y ahogar sus ramificaciones por mas perseguida que fuese y de cu-

ya actividad se ofrecen pocos ejemplos. En fin, esta inhallable y jigantesca conspiracion, estaba entonces fragante. Componiase de todos los franc-masones, carbonarios, radicales, theutones, liberales, comuneros, descamisados, pasteleros, moderados, esaltados, caballeros de la libertad, de la aguja, de la violeta, del espejo, y de que sé yo cuantas otras locuras, pero principalmente de cincuenta mil espías, quienes, como don Quijote hacian la guerra á los molinos de viento, pareciéndoles que una manada de ovejas, se habia trasformado repentinamente en formidables batallones. No es estraño que la imaginacion agitada por la fiebre, produzca ilusorias fantasmas.

Desgraciadamente, la calaverada de nuestros imprudentes jòvenes se iba aumentando con locuras de otra especie, menos heròicas, si bien mas estravagantes. Los espías à quienes no se paga, sino cuando son de alguna utilidad, es decir, cuando manifiestan por lo menos serlo, y que lejos de querer perder el salario, inventarian mil conspiraciones allí donde no ecsistiese; estos espías se apoderaron ahincadamente de los preciosos materiales que les procuraba el hermoso proyecto de Isidoro, el mismo que fué redactado por Roberto, y tres

veces escrito por Pablo ; y zurciendo con lo mas sustancial un verdadero plan de conspiracion , presentaron tan bellas delaciones , que podian servir de ejemplo en los anales de la policìa: en fin, rindiendo nuestro justo homenaje *al poder* que casi siempre se deja engañar por sus agentes subalternos , confesarémos lisa y llanamente , que presentadas aquellas delaciones con un cierto colorido, las apariencias suministraban bastante motivo para preveer los mas funestos resultados.

En efecto , no hay duda que la asociacion secreta , estaba fundada sobre bases escritas: hubo juramentos prestados , sitio de asamblea , lugar de reunion , objeto propuesto, publicado, declarado , proclamado: conquistar la libertad con fuerza armada , pero desgraciadamente , sin decir , donde , còmo , ni por qué. Se diò la órden espresa de armarse y equiparse militarmente , de enarbolar una bandera que todo tenia menos *blanca* , de dirijirse á un punto designado, bajo cualesquiera disfraz , concluyendo el acto con un *viva la Francia*! *viva la libertad*! pero nada *del altar* ni *del trono* , ni una palabra , ni siquiera una sílaba. Ciertamente que , si hubiera tenido la terrible investidura de superintendente de policia , rogaria à mi còlega el ministro de gra-

cia y justicia que no vacilase en mandar ahorcar á muchachos tan atrevidos.

Afortunadamente para todos, no se hallaba preso mas que uno, y gracias á los espìas que se disputaban mútuamente el honor de haber descubierto la gran conspiracion, jamàs se tuvo la menor sospecha sobre la naturaleza particular del caso en cuestion: pero frecuentemente sucede que nuestra débil y acalorada imaginacion, nos presenta fantasmas ó visiones, que apenas nos dignamos reflecionar un poco, cuando desaparecen como la densa niebla destruida por los calurosos rayos del astro luminoso y vivificador. Sin embargo, al asunto le hicieron tomar el aspecto de gran conspiracion, queriendo perseguir sus ramificaciones ya en Londres, Filadelfia, Méjico, Madrid, Nápoles, Varsovia, Berlin, Bruselas, y por último en la calle de la *Paz* en Parìs, cerca de la entrada de las Tullerìas.

Se procediò pues, metódicamente, con la lisonjera esperanza de llegar á descubrir los principales gefes invisibles de la inhallable conspiracion: y mientras que por una parte, espías y gendarmes marchaban à esplorar el campo operacion que no les impedia detenerse de cuando en cuando para beber ámpliamente en las tabernas, bodegones ò cafés

*

à costa del erario: por la otra, el conspirador Isidoro, convencido de ser uno de los *caballeros de la libertad*, fuè presentado entre seis dragones y ocho porteros de cárcel, ante los estrados del temible y formidable juez, que llaman *procurador del rey*.

Este primer interrogatorio no durò sino algunos minutos. A la primera pregunta, Isidoro, que en ciertas circunstancias tenia la cabeza tan dura como un vizcaino, hiriò tan bien la dificultad, que no hubo medio ni forma de sacarle una palabra del cuerpo que pudiese iluminar á su adversario; pero en tono y ademan modesto le replicó:

—Vos ecsijis, caballero, que os descubra la gran conspiracion. Tambien quisiera yo saber algo acerca de ella; pues por mas noticias que he pedido à mis amigos y conocidos, nada he adelantado hasta ahora; pareciéndome que aunque se hallaban animados del mismo deseo su ignorancia era igual á la mia. Lo que hay de cierto, señor magistrado, es que ¿ecsiste ò no ecsiste conspiracion? Sino ecsiste, claro està como la luz del dia que no puedo pertenecer á ella; y en la posicion en que me encuentro, me bastará aguardar tranquilamente à que este primer punto se haya aclarado. Si desgraciadamente ecsiste tal conspi-

racion, á vos os toca probarlo y de ningun modo à mí; porque subsistiendo la misma hipótesis, ó estarè ò no estaré metido en ella. Si para nada hubiesen contado conmigo, si ni una palabra siquiera supiese acerca de esto, seria absolutamente imposible que de mí pudierais esperar la menor revelacion; ùltimamente si yo tuviese la desgracia ò la locura de hallarme asociado á la referida conspiracion, me dispensareis, si os digo, que nunca se me echaria en cara la simpleza de haberlo declarado.

En este razonamiento habia mas sinceridad que prudencia. Pero Isidoro era un muchacho de diez y nueve años, ingenioso, altivo, intrépido, un si es ò no es mala cabeza, y que para siempre se hubiera creido deshonrado, á no haber aparentado que se burlaba de los mas terribles peligros.

El escribano estendiò por toda diligencia que Isidoro estaba convicto y confeso: Isidoro puso una nota de su puño y letra, al fin del proceso verbal diciendo que el escribano habia mentido, estendiendo una declaracion muy diversa de la que habia pronunciado: los seis dragones y ocho porteros, lo condujeron de nuevo à la cárcel, y al dia siguiente los ciegos pregonaban por las calles, el descubri-

miento de la gran conspiracion. El caso era un poco sério: se trataba nada menos que de la vida.

Isidoro, à quien pronto pusieron en comunicacion dulcificando algun tanto su rigorosa suerte; con la imaginacion viva y fogosa que la naturaleza le habia prodigado, no se detuvo en hacer castillos en el aire, ni su valor se manifestaba en ecsalar hondos suspiros ni proferir inútiles amenazas. Siempre tranquilo y risueño, aun cuando fuera en presencia de la muerte, su mirada tan altiva como intrépida habia ya medido la altura de las paredes de la prision y sondeado la densidad de sus piedras.

Emprendedor determinado, y queriendo arrostrarlo todo para recobrar su libertad, sintiendo en su corazon aquel fuego, aquella fortaleza, aquella confianza sosegada y reflecsiva que hace à uno capaz de ejecutar lo que vulgarmente se cree un imposible, nuestro jóven encarcelado se paseaba con pasos apresurados por un estenso corralon llamado *patio grande*, en el que, durante algunas horas del dia, venian á reunirse de los vecinos calabozos, sin distincion de clase ni de persona y mezclados unos con otros, los ladrones, asesinos, comerciantes quebrados, artesanos y

conspiradores. Apenas las miradas de Isidoro hubieran observado tan estraña compañía, tan horrorosa variedad de colores tan inmoral y absurda confusion, cuando concentrando todas las fuerzas de su alma en un solo pensamiento decia:

—¿Qué suerte les habrá tocado à mis camaradas? ¿De qué modo podré reunirme con ellos? ¿Cómo traspasar estas paredes, vencer las dificultades que ofrecen los postigos y las puertas?

Mil proyectos tan estravagantes unos como otros, se le presentaban sucesivamente: para uno se necesitaba tiempo; para otro, cuerdas, clavos y limas; para este tener conecsiones por fuera; para aquel, armas, pólvora y balas.... y de nada de todo esto podia disponer.

Mientras zanqueaba ya de un lado ya de otro por todas las direcciones del patio con los brazos cruzados, cabeza inclinada y mirada atenta, óyese el eco de una campana, ábrese de repente una puerta y una mujer entra.

Era el único ser de raza femenina que, dos veces al dia y casi siempre à la misma hora pasa y vuelve à pasar los umbrales de aquella puerta fatal: era la *alumbradora* de todas las farolas y candiles que à la sazon hubiera en la cárcel. Aquella mujer, si tal puede juz-

garse por la andrajosa saya que vestia, presentaba el aspecto de un rostro enjuto y descarnado, horrorosas facciones y un mirar atrevido. Una especie de papalina amarilla y grasosa encubria sus cabellos encanecidos. El conjunto de su cara se asemejaba absolutamente á un bollo de pan muy moreno, agregando à todo esto dos ojitos tan relucientes como dos uvitas negras; su casaquilla y naguas de un azul listado estaban salpicadas de sendas manchas de aceite; sus manos arrugadas y gracientas aparecian manchadas con la pavesa de los reverberos: colgabale de un brazo, á estilo de cesta, una larga caja de hoja de lata llena de mechas y candiles, con la mano opuesta empuñaba un farol encendido. El olor tan fétido que ecsalaba se apercibía á distancia de cuarenta pasos, y el resonar de los ecos subterráneos, le producia el ruido que causaba los tacones de sus zapatos guarnecidos de clavos y herraduras, sobre los ladrillos de aquellos largos corredores. Al ecsaminarla nadie hubiese creido que la sonrisa se asomára en los lábios estrechos y empañados de aquel espectro de los calabozos.

A su llegada, aquellos galeotes se arrojaron à su encuentro, trazando un círculo á su al rededor. Muy bien comprendida quedó

aquella demostracion pues en el mismo instante se abriò su encendida linterna, y cada cual á su vez, acercando á la llama su cara lìvida, feroz y cadavèrica, encendió su cigarro, como un silencioso consuelo.

En cuanto à Isidoro, al aspecto de este ser nocturno, se quedó como petrificado, y sin mas motivo que su asombro, lo estuvo observando durante algun tiempo sin apartar la vista, menos admirado de su disformidad que de su siniestra taza.

Mas en tanto que la vieja alumbradora se ocupaba en desempeñar su obligacion, déjase oir la hora de entrar otra vez en los calabozos. Todos desaparecieron repentinamente, y en un momento aquel sitio quedò desierto.

Entonces, con paso lento, con aire triste y melancòlico, el jóven-héroe de la libertad inclinando la frente al pasar bajo los postigos de aquéllos largos corredores, volvió á tomar el camino, à la macilenta luz de los faroles y al siniestro rechinar de los cerrojos, de aquel *patio* estrecho, solitario é inaccesible, en cuya circunsferencia, la vista atemorizada, apenas descubrirìa la bòveda sepulcral, donde se hallan alineados en forma de tumbas, los calabozos de los condenados á muerte. Si

el oido atento no se despertase al apagado gemir desde donde siempre velan sin esperanza el tardio arrepentimiento y la amarga desesperacion.

Hácia aquel lado estaba la habitacion de Isidoro (1). Conforme á el òrden y disciplina establecidos en la casa, este patio formado en el centro de la càrcel, ofrecia el aspecto de una estensa y dilatada cisterna, siendo el último que se cerraba, de manera que los presos que no tenian grillos y los que estaban en comunicacion, retirados hácia aquella parte del edificio, gozaban de la escasa ventaja de pasearse por allì como una media hora, mientras que los sota-alcaides, armados con enormes llaves (que en nada se parecian à las que S. Pedro confiò al papa, pero que ni tam-

---

[1] Tambien fué la misma que habitó el autor, durante el verano del año 1821, y parte del invierno de 1822. Bien se conoce que habla con conocimiento de causa. [N. del E.]

El célebre Mr. de Lavalette cuya feliz evasion resonó por toda la Europa, ocupó igualmente durante su larga prision uno de aquellos húmedos calabozos que caian hácia el mismo patio. Semejantes recuerdos no están desnudos de cierto interés. [N. del T.]

poco están destinadas al mismo uso) registraban y cerraban las demás puertas de la prision.

Otra ventaja estaba aun reservada para los privilegiados habitantes de aquel pequeño patio: y era, que en atencion al reducido espacio y corto número de viviendas podian gozar de mas sociego, resultándoles de aquel aislamiento, menos vigilancia y mas tranquila soledad.

La casualidad que, como en todos los azares de la vida, representa el papel mas importante, permitió que Isidoro no tuviese por vecinos compañeros de infortunios en aquel reducido espacio, sino tres miserables de los cuales, dos de ellos convictos de asesinos, pero aun no sentenciados, estaban encadenados en sus calabozos blasfemando como viles ladrones: el tercero que por dos veces habia quebrado fraudalentamente, y además era un jugador desenfrenado, pasaba todas las horas del dia y de la noche marcando barajas con un alfiler para acertar los albures de *sota* y *caballos*. Considerábase aislado Isidoro, porque semejantes vecinos, no pertenecian á su especie; así que continuaba paseando delante de la regilla del calabozo aguardando á su vez, que el carcelero se dignase volverlo á encerrar.

Por su parte la vieja *alumbradora* que, con su caja de hoja de lata en el brazo y la linterna en la mano lo habia estado observando durante sus paseos por aquellos corredores, continuaba sus trabajos con una facha tan mohina y taciturna como la de nuestro jóven prisionero. Mas apenas hubo acabado de encender la última farola, cuya agonizante llama, esparse una claridad sepulcral mas horrorosa que las tinieblas de aquellos calabozos, cuando bruscamente cierra la caja, apaga la linterna, atraviesa el patio, se aprocsima al primer postigo, tira del aldabon y con voz seca y desabrida gritó:

—Abrid la puerta.

Isidoro, á quien tan estraña vision le causa siempre la mayor sorpresa, y que por otra parte observa todo lo que pasa á su al rededor con la atension mas estremada, sigue los pasos de la *alumbradora* sin apartar su vista. Abrese aquel primer postigo, y la muger sale: Isidoro se acerca, inclina la cabeza, y no puede echar una ojeada, sino à hurtadillas: pero en aquel momento reconoce la sala del primer alcaide, la puerta que dá sobre la calle, en seguida la plaza de la Audiencia, y la libertad à veinte pasos.... La libertad! y á tan corta distancia!... Vuelve á cerrarse el

postigo y la puerta ; la plaza y libertad, todo desaparece , apoderandose entonces el hielo de la muerte del corazon de nuestro hèroe.

Mas aparécese el alcaide de la prision que, con rostro severo y ademan imponente , lo amonesta para que entre de nuevo en el calabozo. Asì lo verifica aquel desgraciado, echandose en un mal jergon que habia en su celda; ni aun siquiera pide luz: oye correr dos enormes cerrojos , y en lugar de desesperarse, de maldecir su adversa suerte , y de magullarse la cabeza contra aquellas paredes , no hace otra cosa en toda la noche sino meditar el proyecto mas vizarro y mas estravagante.

Ya estaba entrado el dia , cuando se durmió soñando un par de horas en perfecta calma. El rechinar de los cerrojos que descorren , y el ruido de su puerta que abren , lo despiertan sobresaltado: pero pronto se sonrie al reconocer aquella figura de mal gato que diariamente le trae su alimento, un pan negro y un cantaro de agua. A tan apetecible manjar , dispònese á hacerle los debidos honores , con una tranquilidad , digna de situacion mas halagüeña.

Lector , creo que te acordaràs de cierta vieja que ejercia el tràfico de prestamista. Pues bien , por una feliz casualidad , Isidoro tenia

en sus bolsillos, y en monedas de oro, toda la suma que aquella linda sobrinita le habia facilitado por medio del judio. Con semejantes municiones, quiso que le sirvieran un nuevo y mas escogido almuerzo, despues una buena comida. Convidò á todos los alcaides y porteros. Todo el mundo quedò hechizado de sus modales, en un instante todos los mozos quedaron á sus òrdenes, he aquì lo que él queria, y de ello se aprovechò para hacerse de un espejito del tamaño de cuatro pulgadas, tabaco para fumar, una medida de aguardiente de aquellas que le son permitidas á los presos, un pan de hogaza, hilo grueso y agujas para remendar los pantalones que espresamente habia desgarrado de arriba abajo. Cuando tuvo á la vista todos estos objetos, y se apoderò de ellos, su alegrìa rayaba en locura, considerándose ya como un hombre libre: y ved en seguida los preparativos, por los que, principió la grande obra de su ex-carcelacion.

Desde luego puso en infusion el tabaco en la redomita de aguardiente, añadiendo una fuerte dosis de hollin que estrajo del tuvo de la chimenea que habia en la enfermería, ocultando esta especie de preparacion quìmica entre la paja del jergon de su camilla. En seguida con el aucsilio de un cuchillo viejo que le

sirvió en el desayuno y con las mayores precauciones, cortó las sábanas de su cama en ocho grandes tiras las que cosiò muy fuertemente, por los cabos. Despues se puso á torcerla, à manera de cordon, empapándola en el agua del càntaro para hacer una especie de cuerda: formò asì mismo un rollo à estilo de los barqueros, y escondiendolo fácilmente debajo del cobertor; conseguido que lo hubo todo, colgò su espejo à cierta altura para mirarse comodamente; concluyendo sus disposiciones, con quitar el miajon del pan que envolvió en su pañuelo, arrimándolo cuidadosamente à un rincon del calabozo.

A la par que ejecutaba este trabajo tuvo sumo cuidado en asomarse amenudo; de pasearse de cuando en cuando y en distintas horas, y para alejar toda sospecha, afectaba el modo de andar de un hombre aburrido y desocupado: últimamente sin manifestar ni la menor impaciencia, ni la mas mìnima inquietud, espera la llegada de la noche.

Vino por fin esta noche tan deseada: la *alumbradora*, se presentò primeramente en el patio principal, donde Isidoro se paseaba entonces con un aire indiferente. Todo pasa como en la vìspera. Suena la campana; llegan los carceleros; rechinan los cerrojos. Isidoro

no apartaba la vista de la enjuta y fea vieja: pero apenas hubo esta concluido su operacion, cuando el corazon empieza á latirle con violencia, mas no se turba, porque el instante fatal se acerca. Atraviesa todos los postigos, retírase á su reducido patio, párase muy atento delante de la puerta de su celdilla; pone bien de manifiesto cincuenta luises de oro, sobre una mesita, pues todo lo habia previsto, y todo se halla pronto: en fin, está decidido. Abrese el postigo; la vieja pasa, y hela aquí prevenida para encender.

—Una palabra, buena muger, os lo ruego: dadme la luz para leer cierta cosa.

—Ah!... que lindo es.... pero despachad pronto, mozito.

Con tal esclamacion la toma por el brazo, la empuja suavemente, la atrae: cierra muy quedito la puerta, para que apenas lo conozca, y de repente, mientras que ella abre su linterna; con poderoso brazo la coje por la cintura, con vigorosa mano le tapa su asquerosa boca de manera que no pueda moverse, ni hablar ni aun gritar: la caja de hoja de lata se le cae de las manos, y sus dos ojillos negros, relucen como los de un áspid.

No habia un momento que perder para emplearle en meras palabras: todo debia ser

accion y movimiento, y con la rapidez del rayo; sin embargo Isidoro principiò por este breve razonamiento:

—Mira lo que hay sobre esta mesa: son cincuenta luises bien contados. Dejate hacer todo lo que me agrade, no te opongas à nada, suceda lo que quiera, y esta suma te pertenece; si resistes, si forcejeas, si gritas, no por eso dejará de cumplirse lo que he resuelto, y entonces ya no veràs ni un ochavo.

Despues de estas palabras, pronunciadas con tal firmeza, alzò un poquito su mano que comprimia la boca de la grasienta y oleosa parca, à fin de oir lo que pudiese responder. ¡Pero cual fué su admiracion! las dos mejillas secas de aquella furia se agitaron imitando el ruido que causa un viejo pergamino, su amarillenta tez, se coloreò como una amapola: sus ojillos negros se volvieron muy alegres y vivarachos; y la infame vieja de los sepulcros se reia....

—Pero vamos! sin duda os burlais, bello jòven!... Sin embargo, si insistís en ello.... nada mas le aconsejo sino que despache pronto.

Isidoro no espera á mas ámplias esplicaciones; disponiase para una vigorosa lucha, quizá para un acerrimo combate, para una pelea sin cuartel, y su enemigo mismo, dà

muestras de prevenir sus deseos. La alegrìa lo enagena, y en la efusion de su gratitud, apenas percibe el olor aceitoso, ni tampoco la mugre de la arrugada vieja. Con sus dos brazos la enlaza, estréchala sobre su pecho estampando mas de veinte besos en aquella asquerosa figura, y apellidándola, su ángel tutelar, protector, adorado, pero al mismo tiempo, con la rapidez del rayo, arráncale su toca amarilla, su pañoleta encarnada, quita todos sus alfileres, alzale su casaquilla, desata las naguas; procediendo en esta operacion con tal viveza, que aun no ha pronunciado la vieja cuatro sílabas, cuando hela ya medio encueros.

—Pero hijo mio, que es lo que haces?... desperdicias tan preciosos momentos?... Será preciso que me vuelva à vestir!!!.. Ay!... Dios mio! ya và para veinte años que *esto* no ha visto luz!... mas que diablos tiene en el cuerpo este muchacho?... Oh!... eso no; no me quitaràs la camisa!...

—No; nada de eso, buena mujer: ya hay bastante; tengo todo cuanto necesito.

—Vaya, ya lo creo; todo lo posees.... pero vida mia, concluye pronto.

—Aguardad un poco.

—Con mucho gusto.... Dios mio!... que

hermosa criatura!... pero si apenas me acuerdo....

—Quitaos, dejad eso.... que me haceis ahí? Creeis acaso que no sabré ponerme la saya sin quitarme los calzones?

—Como es eso!!! vas á ponerte mi saya?... mi casaquilla?... mi toca?... estás loco?... mira que no es necesario; ya hubieramos acabado.... Vaya un capricho raro! en fin, dàme la saya; porque si me viesen en camisa...

Pocas palabras de parte á parte, bastaron para aclarar aquel fatal quidprocuo, de los actores de esta farsa, conocieron á un mismo tiempo el error que habian cometido, y la escena cambió de repente: por un lado, la vergüenza, el furor y la rábia, estallaron como el salitre que se incendia al recibir el contacto de una sola chispa: por el otro, se renovó la inalterable resolucion de triunfar à cualquier costa; el impetuoso jòven estaba decidido á arrostrarlo todo, pero queria evitar un asesinato. Además la posicion que ocupaba, le era sumamente ventajosa; hallàndose casi vestido, no le faltaba ya sino teñirse la cara, ocultar sus cabellos bajo la toca, engrasarse las manos, y atar su pañoleta. Por el contrario, el estado en que se encontraba la vieja, era mas que suficiente para

*

ahuyentar al mundo entero; y aun para espantar á los mismos carceleros. Verdad es, que ni ella misma conocia todo el horror que inspiraba, no siendo el pudor su virtud favorita: pero la vergüenza....

Hallábase sentada sobre el borde de la cama, y bien que empezando ya à reflecsionar sobre aquella pasada, levántase de repente como una furia, sin preveer el resultado que le esperaba, y arròjase como una serpiente à la garganta de Isidoro, repartiendo arañazos como un gato, y ahuyando como una hiena. No había modo de huir ni de capitular: era preciso luchar, vencer prontamente, y sobre todo callandito, y para esto apenas quedaban diez y siete, ò diez y ocho minutos. Ninguna sorpresa causó lo acontecido à nuestro Isidoro; no perdió los estribos porque todo lo habia previsto; así que echò mano de cuantos preparativos tenìa hechos.

En un abrir y cerrar de ojos suspende á la vieja como á una niña de quice años: le regala algunos arañazos, pero no hace caso, la tiende cuan larga es sobre el catre; agarra el enorme miajon de pan y en hechura de pelota se lo mete en la boca, respirando únicamente por la nariz; al mismo tiempo atale las manos por detrás de las espaldas, con

su corbata ; en seguida la encubre con su cobertor , despues la mete entre el gergon y el catre , y con la cuerda que hizo de sus sabanas , amarrala fuertemente por toda la cama. Invisible como estaba , la vieja ahullaba todavìa pero apenas se le oìa , y entonces él, sin perder un momento , derrama en sus manos el licor que compusiera con el tabaco hollin y aguardiente: frotase la cara , el cuello, las muñecas , que en un instante se trasforman en color de cobre; concluida aquella metamorfosis , mìrase al espejo , y retrocede creyendo ver á la vieja ; apodérase de la caja de hoja de lata , de la linterna , encorecóbase un poco , y con paso firme , haciendo crugir sus talones , encamínase hàcia el primer postigo.

Nada le arredra , la accion se halla muy empeñada , y ahora es la ocasion de manifestar cierta intrepidez. Llama con un golpe seco , diciendo: «La puerta.» Abierta está, pasa primero el cajon de las mechas: es la vieja *alumbradora* , dicen: el portero que abriò empuja la puerta, sin dignarse siquiera echarle una mirada.... ¿Y harà otro tanto el que le siga?

Isidoro , á quien nada se le ha olvidado, saca de su faltriquera el agujereado pañuelo

de la *alumbradora*, empapado de aceite y tabaco, suénase por tres veces, al atravesar el gran salon, à cuyo estremo se halla la última puerta, la reja fatal, el cuerpo de guardia, la plaza, y por último la libertad. Pero antes de llegar allá, hay que pasar por delante de una docena de porteros, unos sentados, otros levantados, aquel que rie, el de mas allá bebe; una algarabía de votos y ternos, capaces de asombrar á los oidos mas avezados; y todos juntos, ecsaminando los que pasaban con ojos de lince. Aceptará à pasar?... nadie le dice una palabra, porque reconocen á la vieja fea, malhumorada, tosca, ruin, áspera, caprichosa.... Isidoro hubiese sido descubierto, si la *alumbradora* fuese mas jóven, y algun tanto mas bonita, uno solo se atrevió à darle al pasar un manoton.... pero muy familiar: Isidoro aparentó sonreirse gangosamente. La oscuridad que reinaba hacìa que la ilusion fuese completa: pero faltaba por abrir una reja y una puerta. ¿Hablará? ¿hará acaso alguna señal? ¿Esperarà á que alguno entre ó salga? Cualesquiera de estas cosas ofrecia mil peligros, y sin embargo era menester escoger, precisa era una decision: la verdadera vieja estaba amarrada bajo el colchon, pero sin duda habia tragado el miajon de

pan, ahullaba, quizá forcejearia, y podrian oirla, y como además de esto los carceleros que estaban de ronda llegarian tarde ò temprano al patio interior, se apercibirian de la ausencia de Isidoro, y entonces, á Dios esperanza.

En esto, oyese el ruido del tambor, tocando llamada: presèntanse veinte hombres armados, que son otras tantas centinelas para distribuirlas y colocarlas interiormente, durante la noche.... Ah! la reja se abre.... pero tambien resuena de allí à dos pasos, el manojo atado de llaves de los porteros que están de servicio: atraviesan la sala encaminándose rectamente hácia aquel patio fatal. Isidoro perdió el color; pero ábrese la reja, y quiere pasar.

—Alto ahí, señora vieja! ¿acaso no os acordais ya de qué modo se hace el servicio? Apartaos un poco, y dejad entrar à los soldados.

La obediencia era forzosa: Isidoro espera, mas estremécese al escuchar semejante òrden, dejando entrar uno por uno los soldados. Al tiempo de pasar el último gritaron:

—A la guardia! socorro! cerrad las puertas! una muger se escapa!

Corren á las armas, todo es tropel, todo confusion, todo gritería, cuando de repente

abrese la puerta del medio; viéndose en aquella agitada multitud, un espectro desnudo, amarillento, desgreñado, enflaquecido; era la espantosa *alumbradora* que, habiendo logrado romper sus ligaduras, pareciase á una ladrona en ocasion de evadirse, la agarran por su camisa, la llevan tras sí; pero que tambien ésta chilla, muerde, arañа, arranca las pestañas á los infelices porteros, y los vigotes à los soldados.

Entretanto el alcaide de la puerta principal, fiel á su consigna, apenas apercibe toda aquella infernal bataola, cuando se apresura á impedir toda evasion, atrancando la reja con cerrojos y llaves; mas esto no le impide coger à Isidoro por el brazo y decirle:

—Vamos, maldita vieja, salid apriesa, partid pronto, tomad las de Villadiego. ¿Acaso no me habeis oido?

Empújalo bruscamente entre la reja y la puerta, cierra la una, abre la otra; échalo á fuera con tanta brutalidad, que, enredado en sus naguas cae sobre su rodilla en frente del cuerpo de guardia.

La fatal puerta, encajada con toda la fuerza de un corpulento y robusto conserge, se cierra con un infernal estrépito, à cuyo sonido, levántase Isidoro semejante á un paja-

rillo pròcsimo á tomar el vuelo. Ya estaba libre! Podia mirar el firmamento! Así es que, abandona la caja y la linterna, objetos que podian descubrirlo, supuesto que todo iba á aclararse; traspasa de un solo salto la escalera que daba hácia la plaza, parte como una ecsalacion, camo un relámpago, y desaparece.

Ya era tiempo; de lo contrario, tres minutos despues, todo el mundo estaba enterado del arriesgado lance, y cuarenta gandules corrian por las calles, los puentes, las plazas, deteniendo á cuantas viejas encontraban, arrestando à todas las muchachas feas que veian, haciendo que á la fuerza les probasen la identidad de su secso. Los anales de la policìa, no refieren haber sucedido chasco semejante en la ciudad de París.

4.

Era todo un filósofo, pues observaba con detenimiento, y escuchaba con benevolencia.

Muchos dias habian transcurrido, desde aquel, en que lord Ohwart comprára, el soberbio cuadro de la *batalla*, y su jòven autor, á pesar de la brillante acogida que obtuvo, no volvió à presentarse en su casa, por mas que milord le insinuase que aceptaria muy gustoso, cualquiera otra invencion de su elevado talento. Como este generoso y buen inglés era un filòsofo de mucha esperiencia, ni se admiró, ni tampoco se

ofendió de que así lo hubiesen olvidado: conocía que todo jòven artista que pone cien luises en su bolsillo, abandona su paleta y sus pinceles para entregarse por algun tiempo á la vida regalona, y se procura placeres tan buenos ó mejores que los de un príncipe. Prodújole una sonrisa esta sencilla reflecsion y por un momento creyó haber hecho mal de franquear al jóven pintor toda aquella cantidad de una sola vez. Es verdad que así lo requerian la equidad y la delicadeza: pero tambien es cierto que su protejido apenas contaba veinte años y en esta edad, quizá necesitase Pablo de un protector que no solo se limitase à ser su amigo, mas así mismo que fuese un poco su mentor.

Arrastrado, digamoslo así, por el vivo interès que le inspirase el talento, franqueza, probidad y espresiva fisonomía del jóven pintor, el buen filòsofo inglés quiso asegurarse por sí mismo, si acaso su estimacion no lo habia un poco aventurado, y en su consecuencia, decidió visitar à su protegido, aunque este paso no estuviese en armonìa con la rigorosa etiqueta que prescriben guardar las personas de elevado nacimiento. Por otra parte, ocurrìasele que Pablo seria ó un poco orgulloso, ò muy tímido y cualesquiera de es-

tas dos cualidades, unidas al verdadero mèrito jamás desagradan al hombre de rango elevado, y cuyo juicio sea recto y sano. Lo contrario, es la obra nacida de nuestras dèbiles preocupaciones.

Milord tenia en su librito de memorias, apuntadas las señas de la habitacion de Pablo. El artista vivía en la calle del Puente de las Corzas. En verdad que fuera menester tener piernas de ciervo para llegar hasta allà sin carruaje. Sin embargo emprendiò la caminata á pié, porque todo ingles es andador, y además un filósofo, no lleva consigo coche ni comitiva con librea para visitar el modesto taller del pobre artista. Pero sucediò que milord fué perdiéndose en una multitud de tortuosas callejuelas del barrio de Sta. Genoveva; y en lugar de andar dos horas, tuvo que pasearse durante lo menos seis, observando siempre, siempre tomando notas y apuntaciones, y en fin, en lugar de llegar á las cuatro de la tarde à casa de su protegido, y sorprenderlo ante su caballete, serian las ocho de la noche, cuando ya subia la escalera de caracol que conducia al cuarto piso, morada humilde y algo elevada de nuestro jòven.

Era de noche, y á hora tan avanzada temió no hallar en casa á su protegido; sin em-

bargo, pues que tanto trabajo le habia costado, no titubeó milord en subir la última escalerilla, y alumbrándose con una linterna que preventivamente comprara en la tienda del ojalatero de la esquina, detúvose en la meseta para escribir en su librito la siguiente nota:

«*La antigüedad de las casas de la ciudad de París, prueba suficientemente que tan bella ciudad sale apenas de la barbarie.... La Inglaterra necesita al menos un siglo para igualarse en lujo con la Francia: pero necesarios le son á la Francia tres siglos cuando menos, y además una revolucion, para rivalizar en civilizacion con la Inglaterra.*»

Tuviese ò no razon milord, en eso no me meto....

Acabando de subir el cuarto piso, viò tres puertas mal encajadas: leiase sobre la primera, J. P. D. *grabador*; sobre la segunda, *Julia, florista*; y sobre la tercera, *Pablo*. En esta solamente habia puesta una llave, y nuestro ingles se felicitaba interiormente diciendo:

—Por fin lo encontrè. Caramba! que es un muchacho juicioso y aplicado.

Abrió la puerta sin mas ceremonia, y como el cuerpo de casa no se componia, sino de una espaciosa habitacion, no tuvo necesidad

de atravesar muchos cuartos para llegar á la sala principal. Esperaba encontrar por todas partes, bustos, pinturas, bocetos, maniquíes, caballetes, paletas, &c. En fin, aquellos objetos que con profusion hállanse como indispensable ornamento, en el taller de todo hàbil artista, ¡Pero cuan admirado quedó al observar aquellas cuatro grandes paredes, desnudas, miserables, apenas guarnecidas con ruin tapiz! Su sorpresa fué mayor todavía al encontrar en aquella habitacion, en lugar del pintor que buscara, una alta y bonita muchacha, sentada ante una gran mesa cubierta toda de pètalos de rosas. El ingles se detuvo algo cortado con su linterna en la mano; la jóven alzó la vista, y bastárale á nuestro filòsofo una simple mirada para observar que aquella niña, de nariz un poco aguileña, era sin embargo una hermosa morenita, de alegres ojos y risueño semblante, tan lozana y colorada como las rosas que imitára.

—Es muy evidente que he equivocado la puerta, dijo el filòsofo observando atentamente à la muchacha, quien en aquel momento concluyera un hermoso clavel; queria entrar en casa del señor Pablo, y hállome probablemente en la de la señorita Julia.

Por mas afectuoso que fuese el tono de

voz con que milord pronunciara sus palabras, observó que el animado mirar de la florista decaia visiblemente, alterábase el hermoso color de sus mejillas, y si bien aparentára un aire firme y resuelto, traslucìanse al través de la trasparente musolina, dos globos de maravillosa hermosura, cuyo precipitado movimiento á la par que desmentia la aparente tranquilidad de la jòven, conmovieron asaz al filósofo:

—He aquì una jòven bien tímida y bien modesta.

—Caballero, dijo la florista con temblorosa voz, no os habeis equivocado, y sin embargo os hallais efectivamente en mi casa. Ya no vive aquì el señor Pablo, y he alquilado su misma habitacion para que me sirva de taller.

—Pero, señorita, su nombre aun se halla inscrito sobre la puerta.

—Caballero, ha sido un olvido mio el no quitarlo, que me apresuraré á enmedar, pues no hace sino dos dias que me hallo aquì nuevamente instalada.

Repetidas veces tengo dicho que el ingles era atento observador no podia comprender la turbacion que se manifestara en la jòven, al responder cosa tan sencilla, ni la agitacion

que descubriera el continuo movimiento de su pañoleta: la palidez de su rostro que un momento antes apareciera sonrosado, indicàra la conmocion que esperimentaba.

—Señorita, os pido mil perdones de la molestia que al parecer os ocasiona mi presencia, pero os ruego, me digais, donde vive actualmente el señor Pablo.

—Lo ignoro, caballero.

—Pues qué, ¿ha marchado sin dejar acaso, las señas de su nueva habitacion?

—Si señor.

—¿Y hace ya seis dias de esto?

—Cuando mas: despidiò su alojamiento, llevando consigo todos sus trastos, à nadie dijo una palabra, marchóse en seguida, y el dueño de la casa, tan ignorante se halla de su paradero como yo.

La muchacha hizo su relato con tanta volubilidad y precipitacion, con aire tan inquieto y distraido, que era muy evidente no repetia sino una leccion bien estudiada. Sonriose milord echándole una bondadosa mirada y apretàndole suavemente la mano, le dijo:

—Hija mia, respeto y alabo vuestra discrecion: pero sin temor alguno podeis depositar en mì vuestra confianza: soy muy indulgente para con la juventud, aprecio y dis-

tingo el mérito y me intereso por el señor Pablo: si este jòven estuviese metido en algun asunto embarazoso....

—No, no, señor comisario, no se ha metido en nada, respondióle la jóven llorando como una Magdalena, os lo aseguro; y en ademan entre suplicante y resuelto, cayendo á sus plantas añadió: Acedme arrestar, conducidme á la cárcel, si quereis, para mí es igual; nada sè mas, y ni una palabra añadirè, aunque me llevasen al suplicio.!

Apenas pronunciara estas palabras abriérase de repente una puerta perfectamente oculta, detràs de un lienzo del carcomido y miserable tapiz que cubría aquellas paredes, y Pablo precipitòse en medio de la habitacion.

—Deteneos! caballero! deteneos! no os llevareis à tan generosa jòven! yo soy el que.... quien.... yo.... cielos!... qué veo? Qué milord.... sois vos?

Ciertamente que seria imposible describir la sorpresa de lord Ohwart, pero aun fué mucha mayor la conmocion que esperimentára, no solamente debida á aquel rasgo de generosidad pues milord hubiera visto varios casos semejantes; pero recayera en una muchacha tan bonita como un sol; era pobre ademàs, simple jornalera, ¿y que su hermosura y

bellos sentimientos ocultáranse en una boardilla?

Colocàra milord su linterna entre los pétalos de rosas, sentándose en la misma silla que àntes ocupara la jòven florista: porque en el momento que Pablo se presentó en la escena no titubeò ella en arrojarse á sus brazos, pero como cualquiera puede figurarse, Pablo se hallaba ante milord, como anonadado, y tan interesante trio, no hacia mas que mirarse mutuamente sin hablar una palabra.

En fin, Julia, enjugando el llanto con los dos picos de su pañoleta, dijo sonriéndose que, habia creido fuese milord un comisario de policía, y que por poco no se muere de miedo. En efecto, lord Ohwart vestía frac negro, corbata del mismo color, y un poco apretada al cuello, un aspecto grave y severo unido á su nocturna aparicion, habian causado tan natural equivocacion en la jòven florista que, manifestara mas valor y desinterés que presencia de espìritu y dominio sobre sì misma. Todo esto le era favorable, todo esto la hacia mas bonita constituyéndola mas interesante á los ojos de un observador filòsofo, á quien no se ocultaban ni los movimientos de todo buen corazon, ni las emociones de cualquier alma cándida y sencilla. Apesar de

esto, el hombre prudente y reflecsivo, sentia una viva inquietud y algo de confuso haciendo bastante penosa su situacion. El espanto que acababa de inspirar en calidad de comisario de policìa, esparcia en su mente multitud de funestas ideas, de las que ninguna se arraigaba porque delante de si tenia retratados en el semblante de Pablo la franqueza y la honradez, y las facciones de la florista respiraban el candor y la bondad.

Por otra parte, la ingènua confesion de Julia, y la alegria que apareció de nuevo en sus coloradas mejillas recordaron á Pablo el camino que debia seguir. Su posicion particular, ecsijia desterrar el silencio; comprendiera que ante un inglés, su sinceridad no corria riesgo; y presagiaba que quizà lo conduciria á un feliz resultado esperimentando à la vez cierta altivez, cierto orgullo que patentizara el heróico motivo de la persecucion que por entonces sufriera.

Estas causas reunidas se presentaron ràpidamente à su imaginacion, por lo que sin esperar à que milord lo interrogase, procedió à tomar la palabra de modo tan resuelto y animado, con aire tan tranquilo y satisfecho, con aquella elocuencia tan persuasiva á la par que natural que tan bien sucita el hombre que

se reconoce inocente, y que se gloria él mismo con lo que puede arrastrarlo al precipicio; y tan pronto andando, tan pronto agarrando por la mano á su bella Julia, y tan pronto enjugándose el llanto cuando hablaba de la dispersion de sus amigos, refirió minuciosamente à milord, el ideado proyecto de su caballeresca espedicion, el juramento que habian hecho de batirse por la libertad de la Grecia, y la horrorosa traicion de que su mas caro amigo, su hermano de armas, su compañero de infancia, llegaria à ser la fatal víctima.

Escucháralo largo tiempo lord Ohwart sin pestañear con tan profundo silencio y con una atencion tan esmerada, que imposible seria describirla; muchas veces asomárase el llanto á sus ojos; y otras tantas suspendiéra sus manos en el aire como en un movimiento de admiracion. Su aspecto naturalmente grave y severo animárase de repente con enternecida sonrisa, mientras que Pablo rodeando con su brazo el talle de la jòven florista, esplicara los medios que esta buena muchacha hubiese imaginado para ocultarlo en su propia habitacion, suponer su mudanza de casa, esponiéndose á sufrirlo todo y hasta la cárcel si fuera preciso. ¡Cuan conmovido no hubiera

estado si Pablo pudiera decirle en presencia de aquella jornalera:

«Y sin embargo, milord, las gracias y atractivos de tan bella jòven, son tan puras como el color de su rostro. Ah! sin duda es mi amante, pero està muy léjos de que sea mi dama.»

Pablo no podia decir esto: milord tampoco pensaba entonces en aclarar semejante punto. Aquellas dos criaturas, le parecian hechiceras, encantadoras, llenas de candor, heròismo y valor. Cuando Pablo hubo terminado, los cojiò á ambos por las manos, los miró con ternura por algunos momentos; levantàndose en seguida, abrazó con mucha gravedad á Julia, murmurando entre dientes: «*Very, prétty, indéed!*» (Como hay Dios que es preciosa.) Anduvo despues por el cuarto con los brazos cruzados, con aire pensativo, pronunciando á cada vuelta *goddam*. Mucho quiere decir esto, en boca de un inglés.

Durante aquellos paseos, Julia, que era un poco loquilla, y con la alegrìa natural en su edad, se moria de risa á cada *goddam* que pronunciara. Pero Pablo, que suponia al inglés hallarse en aquel momento ocupado en alguna cosa cuyo resultado fuérale quizá favorable, con gesto enfadoso hacìa señas á Julia para que

no cometiese ninguna niñada, capaz de que el filòsofo se arrepintiera de sus buenos propòsitos. En efecto, la escena que antes apareciera tan animada volviase muda y silenciosa contribuyendo, y no poco, à la seriedad y reflecsion, la débil y vacilante luz de una vela de cebo acompañada de la opáca y moribunda llama que arrojara la linterna. De repente, y sin que el menor ruido en la escalera ni aun en la meseta anunciase la pròcsima visita de una persona, àbrese la puerta con el mayor estrépito y en medio del asombro que causara à sus pacificos moradores, precipítase y arròjase á los brazos de Pablo, una mujer horrible, disforme, desmelenada, andrajosa, desguiñapada, enlodada, gritando:

—Pablo! hermano! amigo mio! por fin me hallo en libertad!

El inglés queda mudo inmóvil de sorpresa. Julia se apoya contra la mesa para no desfallecer de miedo. Pablo se desprende primero de los brazos de la horrorosa vieja; echa un paso atrás para ecsaminarle, y à su vez prorrumpe en un grito indecible de alegrìa:

—Es Isidoro! Si, èl es! es mi hermano!

Y sin hacer alto en los andrajos ni en las porquerìas é inmundicias que lo cubren, lo abraza una y mil veces con delirante alegria,

no abandona su júvilo sino para hacer las mas estravagantes locuras, queriendo absolutamente que su buena y sencilla Julia, lo abrace y baile tambien con èl.

Sin embargo, Isidoro, que, hace dos horas, corre como liebre azorada por furiosa jauria de perros; siempre rodeado de infinitos y nuevos peligros; que, en tan corto tiempo anduviera por lo menos cuatro leguas, atravesando todas las calles, todos los barrios, los pasadizos, las galerìas, dando y recibiendo sendos puñetazos, agarràndolo casi por los talones, tan pronto los gandules del barrio, tan pronto la patrulla de guardias municipales, como asì mismo los perros desatados de la carnicería pública; pero que gracias á la oscuridad de la noche, à la prodigiosa velocidad de sus piernas, al vigor de sus brazos, á su valor y á sus robustos pulmones, consiguiera burlar la vigilancia de sus afanosos y constantes perseguidores; pero que casi ecsánime y sin aliento, déjase caer sobre una silla, pidiendo un pedazo de pan y un trago de vino, ó cualquier cosa de comer, pues se siente desfallecer.

Enterada la buena Julia de la necesidad que aflijiera à aquel desgraciado, ya en nada repara, corre, vuela y presenta la modesta

cena que tuviera para ella prevenida. Pobrecilla, redujérase aquella á un huevo duro y un pico de rosca. Parte como un relámpago para comprar en la taberna de la esquina medio cuartillo de vino generoso y todo lo ofrece con una gracia, con una modestia que encantan, pero que admiran al filòsofo inglés que ecsaminaba aquella escena con los brazos cruzados y una impacibilidad propia de su nacion. Poco à poco reanimanse las fuerzas de Isidoro, cobra nuevo aliento mientras que Pablo lo miraba con la admiracion que era de inferir, y que por su parte la jòven florista preparaba un gran lebrillo de agua limpia y tres ó cuatro toallas para limpiar y quitar la mugre al pobre Isidoro.

Haciase todo esto con tal precipitacion que apenas permitiera á cada uno pronunciar tal cual palabra que no espresase, sino el placer, la alegría, el contento, la satisfaccion, la sorpresa de volverse á encontrar juntos. Cuando un nuevo incidente viniera todavía á aumentar aquel placer, aquella alegrìa, aquella misma sorpresa.

Oyèrase silvar por la calle la cancion: *Despierta, si estas dormida &c.* A semejante eco esclama Pablo:

—El es.

Apoderòse Julia de un vaso lleno de agua que á la sazon habia en la mesa y abriendo la ventana la vaciò en la calle. Aquella era la seña convenida: Pablo corriò hácia la escalera: la florista se mantuvo con la puerta abierta y al cabo de algunos segundos apareció de nuevo el jòven artista conduciendo y abrazando á un hombre disfrazado de saboyardo.

—Sì! sì, ya está aquì, ahì lo tienes, le decia.

En efecto, el saboyardo se abalanzò al cuello de la asquerosa y fea vieja; la vieja, asì que hubo mirado al saboyardo, se arrojó á sus brazos, y mientras que en medio de aquellos arrebatos de inesperado júbilo se estrechaban mas y mas, dirigìerase Pablo al filòsofo, diciéndole:

—Milord, aquí teneis á mis dos amigos; ellos son mis hermanos: esta vieja disfrazada que nos llega yo no se de donde, es Isidoro; aquel saboyardo es Roberto.

Una esplicacion general era indispensable; por lo que, Pablo creyò oportuno que primeramente sus dos amigos conociesen personalmente al respetable y generoso lord Olhwart, que con la mayor esplendidez pagara mil francos por una obra que apenas se hubiera atrevido á pedir por ella, la mitad de la suma.

Roberto esplicò cómo, despues de la fatal prision de Isidoro, y las pesquisas de que él mismo era el blanco, habia tomado el disfraz de saboyardo, mozo de esquina y limpia botas, no solo para sustraerse à la vigilancia de la policía, pero sobre todo, con el objeto de rondar por las cercanias de la cárcel á fin de emplearse en algun mandadillo, captarse la voluntad, y preferencia de los alcaides, y adquirir, si por este medio fuera posible, algunas noticias de su caro Isidoro, cuya suerte futura le inspiraba mas inquietud y zozobra que sus propios peligros.

En efecto, la evasion del preso, la supo muy pronto. Por todas partes vió acudir á los soldados, gendarmes y espias; siguiera tan pronto á los unos, como à los otros: oyéra referir cosas maravillosas, y viera detener à todas las viejas, y feas, que pasaban: y sin los llantos, los gritos y los porrazos, hubiera tomado aquella por una farsa de carnaval; en fin se apresuró á venir á casa de Pablo, avisando su llegada por medio de la seña convenida, con la lisonjera esperanza de saber el paradero de Isidoro, en caso de que fuera èl quien se escapara; y su esperanza, su deseo, su heróica amistad no habian sido engañada.

Isidoro hizo á su vez, la increible y ma-

ravíllosa relacion del modo tan osado como original, con que escapárase de su prision. Nadie se reia, nadie pestañeaba, todos temblaban, porque esponia su vida; y aquella vida, se identificaba con la de sus amigos.

A medida que el filósofo los oia; los miraba y sondeaba, digamoslo asì, el fondo de sus corazones y sus mas ocultos pensamientos, manifestàrase en su semblante, mas y mas, la benevolencia, el interès, la ternura de que se hallaba poseido.

—Ah! decia interiormente, he aquì tres aturdidos con corazones de heròes: cuantas virtudes no ocultan aquellas locuras! y qué; ¿una policía ciega, necesariamente ciega, segaria desde su nacimiento tan nobles y lozanos cedros que hacen concebir las mas bellas esperanzas? Nò, y mil veces nó; *goddam*!

Mientras que continuaba reflecsionando en silencio, Isidoro, ayudado por sus amigos y la jòven florista, desembarazáse de los guiñapos de la *alumbradora*: se habia lavado y aseado perfectamente, apareciendo de nuevo con deslumbrante y varonìl belleza; era todo un Aquiles, con el dulce mirar y rubicunda cabellera del amor. Roberto se habia despojado de su chaquetilla de saboyardo tomando la actitud de un hombre orgulloso y libre.

Abrazàronse nuevamente los tres, y estrechàronse sus manos.

—Hermanos mios, esclamó Isidoro, supuesto que otros deciden irrevocablemente que perdamos aquí la libertad y aun la vida, marchémos, volèmos al socorro de la Grecia! Si morir fuera preciso, que al menos sea por la independencia, con las armas en la mano, sobre el campo de batalla, y en los brazos de hombres valientes, pues estos, al menos, nos concederán alguna làgrima generosa, y un glorioso sepulcro!

—Marchémos, hermanos mios, partámos para la Grecia! esclamaron á un tiempo Pablo y Roberto.

Acercárase á ellos lord Ohwart, abrazò á todos tres, pero sin hablar ni una palabra; y la buena y encantadora Julia, lloraba à làgrima tendida.

Cada personage de esta escena, obraba segun su génio; su corazon; impulsado por sus inclinaciones respectivas. Iguales sentimientos animaron entonces á los espías, los gendarmes, los porteros, los gandules, y la *alumbradora*.... Oh señora naturaleza! eres demasiado rica y pródiga! mas si te place, suplícote me dispenses la mitad de tus dones!

5.

Ninguno ofendiera jamás á la naturaleza, ni menos mancillara su honor.

El reloj de la iglesia de S. Victoriano daba en aquel momento las diez. Sentárase el filósofo en medio de los tres héroes que, con respetuoso continente estaban delante de él, y les dijo:

—Mis queridos hijos, ni la hora ni el sitio, y mas que todo, no es el momento mas propio ni conveniente para comunicaros mis ideas, y esponeros mis proyectos sin que sean en modo alguno reprensibles los sentimien-

tos de vuestro corazon, la bizarra posicion en la que os ha engolfado el aturdimiento, propio de vuestra edad, me parece rodeada de grandes peligros, lisongeándome bastante de conocer muy á fondo el espíritu de los hombres con quienes habeis chocado, para que de ellos podais esperar ni madura reflecsion ni razonable indulgencia. Abandonaros á vuestra inesperiencia, en medio de tan fuerte borrasca, y no teniendo mas brújula sino la efervescencia y esaltacion de vuestras acaloradas ideas, seria lo mismo que veros perecer: me estremezco solo al pensar que vuestra barquilla iría quizà à zozobrar al pié del patíbulo.

—Demasiado lo conocemos, milord, y por lo tanto nos hallamos resueltos á marchar esta misma noche.

—No hareis tal, muchachos; porque puedo garantiros que no pasareis mucho mas allá de las afueras.

—En este caso, milord, que harémos?

—Nada mas por ahora sino concederme vuestra estimacion, depositar vuestra confianza en un hombre que sin ser vuestro compatriota, quiere sin embargo, sacaros del atolladero en que os habeis metido; obedecer ciegamente á un amigo que os ofrece por garantía la prudencia de la edad madura, y el corazon de un

hombre libre. ¿Quereis mirarme como à un padre y seguir mis consejos como hijos sumisos?

Los tres jóvenes se apoderáron por un mismo y secreto impulso de las manos del filósofo.

—El cielo nos envia este aucsilio, dijo Isidoro, aun cuando supiera precipitarme en un abismo, os seguiria, milord, con una venda en los ojos.... Sin embargo.... sin embargo....

—¿Qué cosa, caballerito?

—Nada, milord; no pensemos ahora en la roca de santa Elena.

El inglés llevò por un momento la mano à su frente prorrumpiendo en un enérgico *goddam*.

Pablo y Roberto riñeron á su imprudente camarada.

—Bien, dijo el filòsofo sacudiendo fuertemente el brazo de Isidoro, bien amigo mio! ahora me he convencido de que sois todo un hombre.

Sí, añadiò suspirando, muchos franceses nos quedan por salvar, antes de lavar *aquella mancha*.

Abre la ventana, y mira hácia la calle: desierta estaba. A las diez de la noche, ni un alma viviente acertara á pasar por la calle del Puente de las Corzas. Sacó de su bolsillo

el plano de París y estendiéndolo sobre la mesa de Julia, sin consideracion alguna para con los pétalos de rosas que allì habia, buscò y señaló con el dedo algo qué al parecer le interesara. Preguntò en seguida, si no habia siempre coches de alquiler en la plaza que está en frente del hospicio de S. Victoriano (1). Respondièronle que sì.

—En este caso seguidme, dijo á los tres jóvenes: y vos, mi cara y hermosa señorita, añadiò apretando las dos manos de Julia, os suplico, tengais á bien recibir mañana mi visita: os traeré noticias de mis amigos y del vuestro.

Julia, ponìase tan pronto como una amapola, tan pronto pàlida.

—Y qué, no lo volveré á ver mas? preguntò temblorosa.

Pablo compunjido y lloroso la estrechó contra su corazon, hablándole muy bajito durante algunos instantes, haciéndole derramar copioso llanto. El filòsofo siempre grave y severo tenia su linterna encendida. Bajaron silenciosamente: Julia cerrò la puerta con mucho cuidado y subió bien pronto la escalera

---

[1] Esta plaza, se halla muy inmediata á la calle del Puente de las Corzas. [N. del T.]

para verlos por la ventana.... ya habian desaparecido.

Llorò, y mientras que esto hacia para desahogar su pena; lord Ohwart acompañado de los tres jòvenes estaban ya en medio de la plaza de san Victoriano, subieron en el primer coche que se presentàra, y el inglés con arrogante tono, dijo al cochero:

—En frente de la calle de Artois, bulevard italiano.

Caminaron silenciosamente y al cabo de un cuarto de hora se apearon en el mismo bulevard entrando en uno de aquellos hermosos palacios de la preciosa calle de Artois: milord le gritó al portero:

—En casa de milady Clarans.

Abrióse la cancela, y subiendo al segundo piso se hallaron en unas habitaciones magnìficas. Presentárase una jóven inglesa para recibir aquel acompañamiento, quedando sumamente sorprendida de las desconocidas visitas: pero milord, dirijièrale algunas palabras en su idioma, y con esto no hizo sino aumentar su admiracion. Sin embargo en un francés á penas inteligible, suplicò á aquellos jóvenes señores, se tomasen la molestia de pasar á la sala principal que estaba hácia la derecha, y milord, sin mas ceremonia entróse

por otra habitacion que se hallaba al estremo opuesto.

Habria pasado ya como un cuarto de hora, cuando aquella misma señorita inglesa, entró de nuevo y se preparó á servirles un pequeño ambigú, ó mejor dirèmos *un té inglés*, compuesto de tortas, pastelillos, fiambres, y compotas.

Aquellos caballeros manifestaron su apetito, haciendo el debido honor à tan *confortable* refrigerio. Concluido el acto un criado se presentó para conducirlos á la habitacion que les hubiera sido destinada detrás de la fachada principal; no recibia mas claridad, que la que penetrára por dos grandes claraboyas muy elevadas. Allì encontraron hechas y aviadas tres camas muy blandas y perfectamente limpias, y poniendo el criado encima de una mesita la luz que tragera, entregòles un billete que le habia encargado sus amos, y despues de haberles indicado el mayor silencio con un dedo puestro sobre la boca, saliò inmediatamente de la habitacion.

El tal billete era de letra de muger, y estaba concebido en estos términos:

«*No hagais pregunta alguna á las personas que os visitáren. Tened cuidado de no asomaros á las claraboyas. Apagad la luz lo*

mas pronto posible; *hablad bajito* y, *si puede ser*, *andad poco y de puntillas.*»

Obedecieron ecsactamente la órden recibida; acostáronse en seguida despues de apagar la luz, y durmièronse á pierna suelta hasta las ocho de la mañana siguiente.

A las nueve, ya se habian levantado, vestido, y arreglado sus camas, presumiendo que quizá quedáranse allí mucho tiempo en clase de prisioneros. A las diez llaman à su puerta, ábren, y entra un criado con los útiles necesarios para cubrir la mesa, era hora del desayuno, y reparan que ponen cinco cubiertos lo que no dejò de causarles alguna sorpresa, pero al presentar el té, café, y un soberbio pastel escoltado por tres botellas de esquisito burdeos, preséntase lord Ohwart conduciendo à Julia por la mano: se habia engalanado con sus mejores atavios, y aquella delgada musolina y trasparente gasa, contribuian á resaltar sus bellos atractivos: sin embargo, dejárase notar la palidez de su rostro, apercibiase el llanto que antes derramara sus ojos, y dejárase entrevéer el abatimiento de su espíritu. La pobre niña tuviera razon para ello: el miedo fué la causa del general trastorno que esperimentaba.

Hallábase dormida profundamente cuando

à eso de las cuatro de la mañana, un comisario de policía, dos inspectores, y cuatro gendarmes la hicieron despertar sobresaltada, llamando con estrepitoso ruido primero à la puerta de la calle, despues á la de su cuarto. Mandáronla que abriese en nombre del rey: así lo ejecutò, siendo tan grande el susto que tuviera que apenas hizo alto en su estado de desnudez. Aquella còmitiva procedió á un registro general y tan minucioso que ni aun el lecho virginal se escapò de sus molestas pesquisas. Esta accion hízole derramar lágrimas de rábia y de indignacion. En fin despues de que todos los rincones fueron visitados, los trastos revueltos, y dirigido indagadoras preguntas á la jóven florista, conversaron durante algun tiempo à parte y en voz baja, con lo que terminaron su comision, ausentandose en seguida. Ah! y cuantas bendiciones no dirijiò entonces la pobre niña, al cielo y à milord!

Mas de veinte veces abrazó Pablo à su buena y adorable Julia. Roberto que casi insensible à los encantos del amor, fuera en cambio entusiasta por la amistad, le dijo los cumplimientos mas espresivos; é Isidoro que, hasta aquel entonces no se atreviera à tocar á Julia ni con un dedo ni menos dirijirla una

mirada maliciosa á causa de tener el título de amante de su amigo; por la primera vez la estrechó contra su corazon y con espresivo llanto díjole:

—Cara hermana, en tanto que uno de los tres conservémos la vida, yo te juro por lo mas sagrado, y en nombre de todos nosotros, que encontrarás en cada uno de ellos, un vigilante protector, un fiel amigo y mas que todo un tierno y afectuoso hermano.

La buena Julia lo abrazò á su vez con el candor y pureza de una niña, y cuando advirtió que su seno rozarase contra el pecho de su amigo de diez y nueve años, se puso encendida como una grana.

—Mis queridos hijos, les dijo el filósofo, con la mayor satisfaccion os veo prontos á sacrificaros unos por otros y el modelo que me ofrece vuestra heròica y tierna amistad, me reconcilia en algun tanto con la especie humana por la que, os lo confieso, se habia disminuido mucho mi estimacion: pero antes de llevar á cabo la ejecucion del proyecto que he concebido para conservaros la libertad, ¿no teneis ningun arreglo que hacer, ninguna obligacion que cumplir, ningun deseo que satisfacer para con vuestros padres ó hácia vuestras familias y demàs parientes? Queriais mar-

char, es cierto: ahora es de absoluta precision el hacerlo asì, y para mañana todo estará listo: mas al salvaros del mayor peligro en el que jamás se hayan encontrado por la imprudencia de su edad jòvenes tan apreciables, como sois, no quisiera amigos mios, sustraer los hijos á sus padres, arrebatarlos à la ternura de sus madres, aun cuando sea con el loable designio de conservarlos siempre dignos de su amor y desvelos.

Bien se echaba de ver que al dirigir lord Ohwart cuestion tan grave é importante, esperimentára el temor de quedar no muy bien satisfecho. Efectivamente hasta entonces ninguno de aquellos tres jóvenes hubiera pronunciado ni una palabra sobre tan delicado artículo.

—Milord, dijo Roberto tomando el primero la palabra, si nuestra peligrosa situacion nos obliga á una fuga pronta y secreta hermanando de este modo nuestros deseos y juramentos, al menos no nos vemos forzados à romper los lazos mas estrechos y sagrados que la naturaleza marcó con señales indelebles antes que vieramos la luz del dia. Tuve la desgracia de perder à mi madre casi al nacer: mi padre, simple colono, poco aventajado en riqueza, pero satisfechas sus necesidades

con una decente medianía para atender al sosten de dos hermanitas pequeñas, me ha dedejado dueño absoluto de mis acciones. Instruido de mi resolucion y sabiendo mi prócsima partida, se ha dignado enviarme su bendicion: he aquí su carta: tened la bondad de leerla, milord.

El inglés tomó la carta, y en ella leyó lo siguiente:

«Siempre he temido en tí, mi querido hijo, la impetuosidad de tu carácter, y la esaltacion de tus ideas; preveo que te arrastrarán hácia los escollos y borrascas de una vida agitada: pero tambien sé, que estas cualidades que tanto se critican, son sin embargo los precursores del talento, y trillan la senda que conduce à la opulencia. La naturaleza me impuso la obligacion de cuidar de tu infancia, y puedo lisonjearme que semejante cargo lo he llenado con honor; pero no me concediò el derecho de cortarte el vuelo que un dia quisieras tomar. Ya no eres un niño, y como hombre, tu voluntad y albedrío te pertenecen esclusivamente. A tu padre no le es dado esperar ya mas de tí, sino amor y respeto. Sin duda alguna, hubiera preferido verte abrazar una carrera mas oscura y apacible por creerla mas inmediata de la felicidad. Pero llanto con-

tinuo hubiera derramado si te hubiese visto cometer acciones vergonzosas para alcanzar por tan viles medios algun puesto ó rango elevado; entonces prefiriera verte pobre y miserable. Mas es muy dulce para mí, elogiar tus buenos sentimientos porque la causa que quieres abrazar es justa à la par que honrosa; puede que el cielo no te llame à regiones tan lejanas, sino para permitir un dia tu regreso cubierto de gloria y rodeado de riquezas. Yo, hijo mio, que apenas puedo dejarte sino la tercera parte de reducida herencia, pues tu ecsiges la divida entre tus dos hermanitas, no me es permitido obstruir el camino que eliges, y por el que esperas encontrar felicidad. Anda pues, si tal es tu secreto impulso: no te remito dinero porque me lo prohibes espresamente, antes al contrario acabo de recibir la mitad del producto de tus primeros ahorros: pero llevas contigo la bendicion de un padre que la renovará por tí diariamente, y las preces de tus tiernas y candorosas hermanas, te acompañaràn en cualquier sitio donde te halles....»

—Està muy bien, dijo milord, vuestro padre es un hombre honrado.

Pablo gozaba aun de mayor independencia. Su padre habia muerto sin dejar un real:

fuera un hàbil mecánico que se habia arruinado inventando nuevas màquinas. Su madre, jóven viuda de veinte años, viva, alegre, frívola, un poco coqueta y muy bonita, sucumbiò á la prueba de su desgracia y à la seduccion que la rodeara. Un tardìo himeneo reparando débilmente su falta, la preservó de los últimos escesos de la desesperacion y del arrepentimiento, pero el absoluto y celoso dueño que habia escogido, ecsijìole el sacrificio del fruto de su primer himeneo en lo que jamás consintiò. Pablo, mas animoso y queriendo evitar á su desgraciada madre horrorosos pesares, se condenó por sì mismo á privarse para siempre de su vista. Un raudal de lágrimas que inundaba en aquel momento su rostro, atestiguaron al inglès la veracidad de su relato. No le respondiera que estuviese bien hecho; pero estrechó afectuosamente la mano del jòven y meneando tristemente la cabeza, le dijo:

—O vos teneis demasiadas consideraciones con vuestra madre, y en este caso obrais con mucha honradez, ò bien aquella señora, es muy desgraciada y muy severo el castigo que sufre.

En dos palabras, concluyó Isidoro con lo que tuviera que referir. Era huérfano: su pa-

dre espiró en el campo del honor, y su tierna y virtuosa madre lo siguió muy pronto al sepulcro. Por mas que quisiera contenerse el inglés, no pudo impedir que una lágrima asomara á sus ojos, é Isidoro estaba tan hermoso, tan interesante y tan amable que impulsado por un movimiento de ternura, estendiérale sus brazos diciéndole:

—Y bien, hijo mio! yo te serviré de padre.

Concluido que fué aquel pequeño ecsàmen de conciencia á satisfaccion de todas las partes, el filòsofo se volvió hácia la buena Julia, y estrechándole amigablemente sus manos, le dijo:

—En cuanto á vos, ángel mio....

Muy bien hubiera hecho Julia de no ponerse colorada, de no temblar y escuchar tranquilamente lo que milord iba á añadir: pero aquella buena muchacha creyò que era llegada su vez de manifestar su cuna, y las bizarras preocupaciones que adquirimos mas adelante sobre ciertas materias delicadas hiciéronla presumir que iba á perder para siempre el aprecio y amistad del noble lord. Así que, inclinara la cabeza sobre su seno regàndolo con sus làgrimas, y tartamudeara con aire compungido:

—Milord, yo no soy sino una espòsita:

carèzco de padre y madre, pero ya lo sabia el señor Pablo.

—Y yo tambien, mi apreciable señorita, añodiò sonrièndose; me hallaba perfectamente instruido de toda vuestra historia antes que dieran las ocho de la mañana. Tan corta es, y tan sencilla, que no os hace, sino mucho honor. Entre tanto tranquilizaos, hermosa criatura; porque si de un solo golpe perdeis tres amigos, tres hermanos que os pueden consolar, yo me encargo de mitigar vuestra pena dandoos una buena hermana.

Apenas concluyera de pronunciar las últimas palabras, òyese llamar de nuevo á la puerta: una señora ricamente vestida, de elevado talle, y rostro encantador presentàrase con aire risueño y algo tìmido.

—Caballeros, dijo lord Ohwart, aquí teneis à milady Clarans, mi hija ùnica, y esposa de un hombre sumamente apreciable, y que os garantizo de antemano, será tambien amigo vuestro.

Tentados estuvieron aquellos tres jòvenes de postrarse á sus plantas. Tal era el efecto que les causara, las gracias, nobleza y modestia que á la par se hallaban reunidas en el talanto de la señora inglesa. Esta, por su parte, no quedó menos seducida del buen as-

pecto y los distinguidos y nobles modales de los tres caballeros de la libertad: pero Isidoro consiguiò sobre todo fijar su atencion, y ocasionarle una admiracion mezclada de cierto embarazo, en verdad muy lisonjero para él, porque despues de haberlo observado con muda sorpresa, se puso colorado y bajò los ojos.

—Verdaderamente, dìjole á su padre cada vez mas encendido el rostro, verdaderamente estará muy bien, oh sì! muy bien, como vos mismo lo habeis dicho.

Levantando despues la vista y dirijiendo su mirada à Isidoro, añadió en inglés sonriéndose:

—*Yes, yes, really, he will be the most charming woman in the world* (1).

Imagínese el lector cuan admirado y sorprendido no quedaria Isidoro, al escuchar aquellas palabras que tan bien comprendiera. milady Clarans tomò à Julia por la mano, con un aire de bondad tan interesante que penetraba el alma. Condújola á su aposento, y lord Ohwart se retirò sin añadir una sola palabra de esplicacion sobre la escena que precediera. Vièronse precisados, pues, nues-

---

[1] Sí, sí, verdaderamente, será la muger mas hermosa del universo.

tros jòvenes á entregarse, como se puede inferir, à una multitud de ideas y conjeturas que no permitieron dar entrada al fastidio y aburrimiento que los sobrecogiera en aquella solitaria estancia.

6.

El amor y la amistad corrian un velo sobre el peligro, sembrando flores al borde del precipicio.

Mucho quedábale que hacer al filòsofo: juzgadlo vos mismo, lector.

Cerca de seis meses haria que llegara á Parìs, acompañado de su hija única, milady Clarans, la misma que acabais de conocer: reunia á las gracias del cuerpo, los inapreciables atractivos del mas bello carácter y talento mejor cultivado: tambien trajera consigo á Francia y á Parìs, una sobrinita llamada milady Omera, condesa de Poppwils,

jóven recien casada de veinte y un años, de un personal alto y bello, blanca como un cisne, rubia como una escocesa, frìvola y atordida como una italiana, y sin embargo aquellas facciones tan marcadas, llevaban el sello del carácter mas enérgico y decidido.

Aquellos tres personajes, tan nobles como ricos, tenian una numerosa servidumbre entre la que se encontraba por una casualidad bien natural, un cierto Bliffid, cazador de plumero verde, que ocupaba su puesto en la zaga de la carretela de la condesa de Poppwils: era en toda la estension de la palabra, un gallardo moreno muy bien formado, como lo son todos los de su clase; además un jockey muy inteligente y activo, como de veinte años, de rostro dulce y afable: perteneciera este á milord, y se llamaba John, en fin del pequeño Tomasito que se hallaba al servicio esclusivo de milady Clarans.

Lord Ohwart concibiera ràpidamente todo el partido que podia sacar del conjunto y de los detalles que le ofrecian su propia familia. Desde aquella misma noche en la que condujera á sus tres protegidos á casa de su hija, combinaron juntos el plan conveniente para facilitarles su evasion, y ya que se sintiera tranquilizado sobre todos los puntos que pu-

diesen alarmar su delicadeza, no se trataba mas que ejecutarlo con la mayor celeridad.

Para llegar mas de priesa mandò disponer su cabriolé irlandés y seguido del jockey y del pepueño Tomás hìzose conducir primeramente en casa de milady Omera. Seguro estaba de que asì que oyese la heròica y desgraciada aventura de aquellos amables jóvenes seria tanto el interès que la inspirase, que muy gustosamente prestarìa su poderoso aucsilio á fin de realizar cuanto antes el ideado proyecto: por otra parte aquel proyecto era tan bizarro tan original y sobre todo tan burlesco para que dejara de agradar muchísimo á la condesa de Poppwils. Asì que, hacia ya una hora que se desternillaba de risa, pensando en el chasco que su tio preparaba á la policìa de Parìs; y por todo el oro del mundo no hubiera ella querido dejar de tomar parte en la intriga.

Al momento llamò á su camarera para que le tragese la sombrilla; presentò despues su mano al tio quien, con el aspecto mas severo, cometiera entonces la mayor locura, mandó á Bliffid que lo seguiera à caballo, y subiendo en el cabriolé irlandés que partiò como una saeta, detuvieronse ambos seis minutos despues ante la puerta del palacio del embajador inglés.

Escuso deciros que milord y su sobrina fueron recibidos en los estrados de la embajada, tanto como compatriotas, como por ser personas recomendables por su posicion social y la brillante reputacion que por todas partes les precediera. Milord solicitó un pasaporte para regresar á Inglaterra con milady Omera y tres criados que designó. Tambien escuso el deciros que para obtener la facultad de gozar de un derecho inherente á la especie humana aquel de andar por donde à uno le acomode, el filósofo, su hermosa sobrina, y sus criados, no tuvieron necesidad de exhibir, ni cédula de confesion, ni certificado de buenas costumbres ni moneda alguna: todas las naciones no han obtenido todavía tan alto grado de civilizacion. Entregáronles muy políticamente los papeles que necesitáran ante las autoridades francesas, y, provisto de aquellos importantes documentos se encaminaron con la misma celeridad, hácia las oficinas de policía.

Allí fueron diversos cantares. En atencion à ser estrangeros y de una nacion de réprobos, no les ecsigieron ni cedula de confesion como ni tampoco certificado de buenas costumbres: pero en cambio de esto, tomáronles minuciosamente medida de la prolongacion de su nariz, elevacion de la frente, dimen-

sion de la boca, el número de piés, pulgadas y líneas de sus tallas respectivas; y por añadidura el color de sus cabellos; milord tenia la cabeza como una patena: en seguida pasaron á las señas particulares, lo que no dejó de ocasionar à la inglesita de diez y nueve años indecible turbacion si bien tuviera una en cierta parte, que el pudor no le permitia enseñar; pero el gefe de seccion la contestó de un modo muy atento que no se atrevia á ecsigirlo. Sentadas que fueron en un gran libro de tafilete verde, el inventario fisionòmico de milord, sobrina y demàs servidumbre, aprontaron cada uno veinte francos, con cuya operacion procedieron à poner en los papeles un sello encarnado, mostrándoles finalmente la puerta por donde habian entrado.

Fuéronse sin pedir la vuelta de su dinero. La condesa de Poppwils, se dispuso á partir sobre la marcha para Bélgica, en donde su marido hacia ya muchas semanas la aguardaba. A Bliffid se le diò órden de llevar su vestido completo de cazador en casa de milady Clarans, y de endosar hasta que saliese de Paris, lo que se efectuarìa en la mañana siguiente, la librea de los demàs lacayos de la condesa. John, el jockey de milady, enviáronle à Villemomble, en casa de un conocido, con es-

presa prohibicion de presentarse en París, hasta el regreso de su amo, de cierto viaje que iba à emprender; teniendo igualmente sumo cuidado de conservar uno de sus vestidos completos; en fin, el buen inglès, siempre prudente, reflecsivo, é infatigable, no fiándose de nadie, fué por sì solo á contratar cuatro escogidos caballos de pasta para salir al siguiente dia muy temprano: y con el rostro radiante de alegría, por la satisfaccion que presta el cumplimiento de una accion difícil y generosa, presentárase de nuevo en casa de su hija, en la que tambien acababa de entrar milady Omera, despues de haber encargado en la suya que lo empaquetasen todo.

Mientras que milord y su sobrina habian evacuado todas las diligencias que os he referido, los tres jòvenes retirados en su solitaria estancia, se entretenian, con voz baja, en formar castillos en el aire; cada uno de ellos seria cuando menos general de division: la Grecia quedaria libertada: y el victorioso estandarte de la cruz, tremolarìa sobre los campanarios de Constantinopla, trasformada en ciudad cristiana y libre. Hermoso proyecto, no hay duda; se conoce que no habian empleado mal el tiempo. La policìa por su parte, desperdiciaba el suyo inútilmente, buscàndo-

los por todos los rincones de Paris, con el fin de echarles mano y soplarlos en sombrío calabozo, donde nunca oyeran hablar de libertad ni de Constantinopla: y milady Clarans que ocupàrase toda la mañana en hablar familiarmente con la buena Julia, estaba ya loca de contento, pues la encontraba tan agradable, tan ingeniosa y tan afectuosa como viva, penetrante y bonita.

Serian ya como las cinco de la tarde: vinieron à buscar à los tres jòvenes para conducirlos al comedor, especie de salon herméticamente cerrado, pero muy bien iluminado con multitud de bugìas y en el que vieron no sin bastante satisfaccion, una mesa abundantemente servida, y en la que se hallaban puestos siete cubiertos.

Todo se les volvìa discurrir sobre aquella observacion, cuando milord entrò acompañado de milady Omera, y al mismo tiempo presentárase milady Clarans trayendo de la mano á una señorita enteramente vestida á la inglesa, brazos desnudos, garganta descubierta, cabello bien rizado caido sobre los hombros; aparecia con tan seductora belleza bajo aquel elegante adorno y al vivo resplandor de las bujías que fuérale preciso á Pablo cuando menos un minuto para que esclamara:

—Oh cielos! es mi Julia!

—Es una jóven, contestò sonriéndose milady Clarans, que se ha dignado permanecer siempre á mi lado hasta el momento en que la persona que la ame se presente á pedirme su mano.

Pablo se postró á los piés de milady, besando su mano con enagenamiento: Julia pùsose colorada y estaba confusa: jamás creyera en la realidad de sus atractivos, al no hallarse reflejados en los innumerables espejos que la rodeáran, y no pudiendo invocar en aucsilio de su modestia aquella pañoleta que pusiérala al abrigo de indiscretas miradas. No todas, sin embargo, porque las de milady Omera estaban constantemente fijas sobre el gallardo Isidoro, y que à imitacion de milady Clarans subióle el color al rostro, mientras lo observaba.

La comida presentárese tan tranquila y alegre, como si fuera la precursora de un dia de placer y contento: pero la jovialidad que presidiera la festiva reunion, en nada parecia à tumultuosa algazara: porque los vivos y diversos sentimientos que se retratàran en todos los semblantes, espresados en todas las miradas, ofrecian aquel conjunto encantador, aquella rara armonía, de ternura, interés, y reconocimiento.

Pablo no apartára su vista de su hermosa Julia, sino para fijarla en milady Clarans, con tan tierna y respetuosa espresion, que aquella no podia menos de conmoverse. Roberto hacia, con milord, el gasto de una conversacion filosófica, en la que ambos ostentaban tanto talento y erudicion, como nobleza y grandeza de alma. Isidoro se contentára con esparcir aquí y allí algun ingenioso chiste, quemanifestaba bien á las claras, la viveza y penetracion de su espíritu, unido à la franqueza y esaltacion de su corazon; pero sobre todo el fuego y encanto de sus miradas arrastraban, por decirlo asi, á la bella condesa á sostener una animada conversacion en la que entraba mas parte de jovialidad que de malicia. Cada uno estaba sorprendido con lo que le rodeàra; aumentábase por momentos, el interès, la amistad, la recíproca estimacion, y la gratitud. A los postres, los tres jòvenes, à una seña, y animados por un mismo impulso, levantáronse de repente, y acercando sus vasos al de milord, pronunciaron un brindis en honor de la Inglaterra como libertadora del insigne Lavalette. El filòsofo comprendiera toda la delicadeza que contenia semejante cumplimiento, la tierna mirada que milady Clarans, dirijiera à su padre manifestara que

muy bien hubiéralo entendido, y para responder con toda la finura que fuese susceptible, abrazó tiernamente à Julia que se hallaba sentada á su lado.

Buen cuidado tuvo milady de no estar visible para nadie; asi que, dió en su casa la òrden de responder á todo el mundo que se había ausentado por algunos dias à su quinta, y los criados eran tan fieles como discretos. Toda la velada la emplearon en discutir su plan de evasion y en los indispensables preparativos para ejecutarlo.

Pablo y Roberto se ausentaron los primeros para ponerse los vestidos del jockey y del cazador; y cuando aparecieron nuevamente de aquel modo disfrazados, leyèndoles milord la filiacion de John y de Bliffid convenian tan perfectamente las señas, que nadie en el mundo dudára de la identidad de sus supuestas personas.

Isidoro estaba destinado à representar el papel de la condesa de Poppwils: la belleza de sus facciones, la blancura de su tez, la elegancia de sus formas y la gracia de su talle, hiciéranle escoger de entre sus camaradas para vestir aquel disfraz. Pero la repentina metamorfósis de un jóven en una señorita, ecsijian detalles mas escrupulosos y el aucsilio de ma-

nos diestras é inteligentes. Milady Clarans ofreciò su ministerio con tanta gracia y modestia que no fueron bastantes á impedir el rubor que colorára sus mejillas. Milady Omera que tenia un humor festivo al tiempo que arreglara la rubia cabellera del adolescente y que con cierto coquetismo colocàra la gasa y musolina al rededor de su cuello tan blanco como el de una muger, olvidábase alguna que otra vez que todo aquello debia provocar su risa, y solo sonriendo aparentára mas seriedad. Julia tambien ayudaba todo lo que podia; y el pobre jóven, en poder de tres mugeres á cual mas seductoras que entre todas contarìase apenas doce lustros, se asemejeba al pobrecillo Fìgaro cuando la vivaracha Susana y la afectuosa condesa de Almaviva lo engalanaban con elegantes plumas.

Trasformàrase Isidoro en una bella inglesa de recto talle y atrevido porte: la ilusion era completa: y la doncella que asistiera el tiempo necesario en el tocador, asegurò, bajando los ojos, que de todo se encargaba para la mañana siguiente. Miròla Isidoro con satisfaccion: la bella condesa de Poppwils mordiérase los lábios; y milady Claraus que era en estremo prudente, se acordò mas tarde que Betzy fuera demasiado bonita: hizo como que nada

veía; pero encargó muy quedito à Betzy se presentára en su cuarto antes que se acostára, pues tenia que hablarle cierto asunto.

Era media noche: se habian convencido de que los disfraces les sentaban perfectamente, produciendo una ilusion completa, conviniendo efectuar la marcha á las cuatro de la mañana siguiente. Fuè menester separarse. Pablo y Roberto vestidos de jockey y cazador, acompañaron á milord à su casa, pues desde allì, debian ponerse en camino. Para evitar toda impertinente curiosidad y sustraerse á las miradas importunas de los paseantes, acordárase que Isidoro permaneciera en casa de milady el resto de la noche, ajustando de antemano un coche de elquiler que lo condujese en tiempo oportuno à la gran posada de Rusia. Los preparativos se habian ejecutado con la mayor reserva, y una prudencia esmerada presidiera aquellos azarosos momentos. Pero el filósofo y su hija que no supieran hacer las cosas à medias y cuya generosidad no conocia límites, se obtuvieron de revelar, á aquellos jòvenes todo cuanto se propusieran hacer en su obsequio. En la última despedida vieran aquel interesante grupo verter copioso llanto, y la buena y sensible Julia hubiérase desmayado en los brazos de Pablo, si milady Claraus

no se apresurára à decirle al oìdo algunas palabras de consuelo, capaces de reanimar en algun tanto su ánimo abatido.

Ejecutábase precisamente todo, como lo tenian ya concertado. A las tres de la madrugada, todo el mundo estaba despierto y en pié. Betzy llamó puntualmente á la puerta de Isidoro, y sabe Dios cuanta priesa no se diera para franquearle la entrada: pero ¡ah! un criado bastante anciano acompañara á la doncella, gracias al celo y prevision que sobre este punto tuviera milady Clarans, porque Isidoro estuvo mas impertinente y pesado para vestirse que la vispera: la camarera jamàs hubiera concluido por sì sola su tarea, y por mas diestra que fuese empleara mas de una hora en aquella faena: su cara estaba echando fuego apenas hubo acabado.

Isidoro al entrar en el comedor halló á milady Clarans y Julia que ambas lo esperaban para tomar el té: pero como algo se habia retardado, no hizo sino besarle la mano en señal de despedida, y partiò como un rayo.

Seis minutos despues, apeàrase en el patio en la gran posada de Rusia. Ya habeis visto el efecto que causò su llegada, y de què modo, el filósofo, con sus tres protegidos se pusieron despues en camino. Luego tuviera yo razon,

amigo lector, para decirte que en todo aquello habia cierto misterio, cierto engaño, cierta malicia, no menos razon me asistiera tambien para asegurarte que me proponia burlar, al menos por esta vez, la severa vigilancia de la policía de Paris, y sin que, sea dicho de paso, semejantes chascos acontecen todos los dias.

Ahora, si te parece y tienes gusto en ello, sìgueme: pues trato de alcanzarlos en el camino:

7.

Poca esperiencia de mundo tiene el hombre, cuando apenas saliera de su aldea.

Son escelente berlina, teniendo siempre prevenidos de antemano cuatro caballos de posta, dinero abundante en el bolsillo, y con el temor de verse perseguidos por los gendarmes, se camina con mas rapidez que en cualesquier coche, góndola, galera, ómnibus, diligencia, y todo cuanto puede encontrarse de mas veloz en materia de máquinas con ruedas.

Apenas la tercer Aurora principiàra á des-

puntar, disipado las sombras de la segunda noche, cuando nuestros caminantes llegaron á Calais. El tiempo se habia mantenido constantemente hermoso, el cielo sereno, y el calor que ya se hiciera sentir, lo temperara un viento fresco y suave, que por casualidad era favorable para los pasageros que quisiesen atravesar el famoso canal de la Mancha y llegar à Douvres.

Hallàrase en el puerto, un ligero paquebot, pronto à dar la vela; aprovechándose de la marea, no tardaria seguramente tres horas en llegar á su destino. El unànime deseo de los compañeros de viaje de milord disfrazados de lady, jockey y cazador, era perder de vista cuanto antes las costas de Francia. En menos de media hora y con el aucsilio de algunas guineas, moneda muy corriente en Calais, todas las formalidades prescriptas para el embarque, fueron cumplidas. La imponente y bella milady Isidora, fuera conducida á bordo por un gefe de seccion de la prefectura marítima quien se deshacia en los mas finos cumplimientos gracias à la deslumbrante hermosura de Isidoro: y muy pronto la reducida caravana hallárase sentada en el alcázar del buque, saludando con lagrimoso suspiro la costa de Francia que poco à poco iba desapareciendo

bajo las olas que arrastraron aquel ligero esquife.

—Al fin estais salvados, les dijo el inglés estrechando sus manos; ya es tiempo de manifestaros cuantas inquietudes y sinsabores me habeis hecho esperimentar. Infelices jóvenes! habeis jugado como criaturas entre las garras del leon, y vuestra patria distaba mucho de asemejarse á la animosa madre de Florencia: pero por otra parte en frente teneis aquella tierra, donde la libertad, por la que tanto anhelais, está en toda la plenitud de sus derechos: allí, podreis decir con orgullo, que os aprestais à sostener en Grecia, la causa de la Europa y de la humanidad; al menos encontrareis una nacion presurosa de aplaudir vuestro heroismo, porque esta nacion aun no se ha desprendido de aquella fuerza y energía que engendran los mas nobles sentimientos.

Pablo no comprendiera en aquel discurso sino la parte relativa à su seguridad personal y la de sus amigos. Roberto bajó tristemente los ojos, é Isidoro lanzò una mirada de despecho hácia las costas de Inglaterra. El filósofo concibiera de una rápida ojeada lo que interiormente agitàra á cada uno de ellos, y para reparar, en cuanto le fuera posible, la herida que impensadamente causara al amor na-

cional de unos jòvenes que habian arrostrado infinitos peligros con una presencia de ánimo digna de los mayores elogios, se dedicó desde aquel entonces, como hombre justo, á facilitarles con esmero todo cuanto contribuyera á hacer mas soportable su crìtica posicion.

El paquebot fondeó felizmente en la bahìa de Douvres.

—Volved á tomar vuestros vestidos respectivos antes de saltar en tierra, dijo milord á sus protejidos; ya no teneis necesidad de semejante disfraz: aquí las leyes son protectoras: pues seria inútil y aun perjudicial engañar á los que están encargados de ejecutarla; además yo respondo de vosotros.

En un instante cada cual apareció segun debia ser. Mas de un pasagero abrió tanto ojo al encontrarse con aquella metamorfósis, y el capitan del paquebot no tardò en estender su informe para el *alien-office* (1). Milord, perfectamente instruido de las leyes de su pais, sabia de antemano lo que iba á suceder. Un bote atracò al costado del buque, conduciendo á su bordo à un gefe y varios empleados del resguardo marìtimo.

—Milord, díjole aquel gefe, sacando de

---

[1] Oficina ó despacho de los estrangeros.

su casaquilla una varita blanca, os suplico tengais à bien seguirme, como igualmente los tres forasteros que os acompañan.

—Os esperaba, le replicó el inglés, y hubiera tenido el honor de suplicaros apresuráseis vuestra visita, si el señor capitan del buque, no se hubiese anticipado à dar su informe.

—Milord, en ese caso, si os parace mandarè retirar las personas que me han acompañado.

—En efecto, caballero, bien podeis hacerlo como decìs, pues salgo garante de estos tres franceses.

Quedáronse abordo los empleados subalternos; y su gefe, lord Ohwart, y los tres jóvenes bajaron al bote para saltar poco tiempo despues sobre el muelle, donde el populacho concurria en tropel para ver á tres franceses que se habian salvado bajo los auspicios de un noble lord.

A cada paso los saludaban con *vivas* y *bravos*, tomándolos sin duda por tres personages de la mas alta categoría; pudiendo apenas el gefe contener aquellas demostraciones, temeroso de que quizá acabasen por llevarlos en triunfo al *alien-office* rodeados de aquel numeroso gentìo.

Allí, por toda esplicacion, despues de haber acreditado ser lord Ohwart, y miembro del parlamento de Inglaterra, se constituyó por fiador de los tres jóvenes franceses, depositando además, una suma de dos mil guineas por la persona de cada uno de ellos, y bajo su sola firma, estuvieron al instante tan libres como si hubiesen nacido en territorio inglés.

Imposible fuera espresar la admiracion y sorpresa de los tres jòvenes. Miraban á lord Ohwart con una especie de veneracion: ¿y de cuanta gratitud no le eran deudores por la generosa é ilimitada confianza que le merecieran?

—Ciertamente, díjole riendo Isidoro: milord no pertenece en su pais, al partido de la oposicion.

—Perdonadme, amigo mio, me envanezco por el contrario, de hallarme alistado en sus banderas.

Y à semejante aserto llegó á su colmo la sorpresa de los tres espatriados.

Despues de un viaje tan rápido y precedido de acontecimientos tan multiplicados y azarosos, preciso les era un dia de descanso. Isidoro y Pablo, quisieron visitar la fortaleza y sus cercanias, mientras que Roberto se entretenia en filosofar con milord. El dia inme-

diato, se pusieron alegremente en camino para la capital.

Por todas partes notárase la conveniencia y prosperidad; en los caminos pùblicos y hasta en la ma reducida aldea aparecian aquella actividad ò continuo movimiento que indicára la proteccion del comercio y de la industria; la prodigiosa concurrencia de viageros unos á piè, otros á caballos, y todos bien vestidos, atraian mas y mas la curiosidad y atencion de los tres jòvenes franceses á quienes persuadieran desde su niñez que ninguna nacion rivalizába con la Francia, en riqueza felicidad y civilizacion. A medida que se iban acercando á Lòndres aumentárase su admiracion, preguntando á milord, si no habia en su pais aldeas ni patanes, y si solo se componia de ciudades reales manufactureras, de casas de campo ricamente situadas, con jardi- y árboles frutales.

Algo se riera el filósofo al ver aquella ingenuidad parisiense.

—Todas nuestras poblaciones se vivifican por la industria y el comercio, hijas predilectas y fecundas de la libertad, y esto le sienta mejor que el vano tìtulo de reales é imperiales. Aquellas casas que apercibìs de pequeño aspecto, tan bonitas y aseadas y que suponeis

consagradas el lujo, son nada mas que las habitaciones de nuestros colonos, y semejante poblacion bien alojada, bien mantenida, bien vestida, entre la que veis tan lindas muchachas, y tan bonitas criaturas pertenecen á la clase de símples labradores.

—Pero milord, apenas le notàmos aquel aire embrutecido. Sus hijuelos no se arrastran trás nuestro coche dando saltos de payaso y otras monerìas para que les alarguémos en recompensa una moneda.

Alhí teneis una magnífica carroza tirada por seis caballos, que atraviesa estas calles populares; sin duda será algun prìncipe: mas las gentes no se afanan por alinearse y observar como imbècciles ò salvages, el objeto curioso. Aun hay mas; aquí los hombres parece encuentran gran placer en ojear una *Gaceta* mas grande que el *Monitor*: no me hareis creer que tales hombres, sean sìmples jornaleros del campo.

—No son mas que hombres, les replicó milord, y no entiendo porque quereis que renunciasen á las ventajas y cualidades que distinguen á la especie humana; por la sola circunstancia de ganar su sustento con el producto de la industria agrícola. Son unos hombres quienes, en verdad no llevan consigo las

funestas y vergonzosas señales de antigua esclavitud; que no se han degradado hasta el estremo de abandonar aquel valor que los hiciera superior á las fieras. Son unos hombres á quienes nadie en el mundo podria persuadirles que su deber consiste en ser imbéciles, que la virtud estriba en la ignorancia, y la facultad depende de la miseria y envilecimiento. Son hombres que han aprendido á escribir, leer, contar, raciocinan como vosotros y como yo y el mas ínfimo de su clase, no ignora la menor porcion de sus derechos y obligaciones. Así que, los vereis sumisos y respetuosos para con las leyes, porque estas, no las miran como lazos tendidos y armados contra su ignorancia; y como gozan en su pais de todas las prerogativas de ciudadanos, que nadie intentaria sustraerles porque derivan de ellos mismos y que tan cuidadosamente saben vijilar, de aquí, que miran esta patria como su mas cara propiedad, porque esta misma patria es á la vez para ellos, la libertad, el suelo natal, y la próspera riqueza. Con semejante pueblo, mis jóvenes amigos, con un pueblo que piensa, raciocina, y que conoce su superioridad; se puede muy bien esperimentar, diversas vicisitudes y funestos reveres: pero si un ejército europeo conducido

por la victoria, abórdase en estas playas, podriamos, vencidos por la fuerza numerosa, ser quizá destruidos por él; mas como todos somos ciudadanos y todos ingleses, aquel no tendria la sorpresa y nosotros la vergüenza de que viesen una sola mano patricia, engalanar el balcon de su casa con el victorioso estandarte del enemigo. Y no creais que al hablaros yo de esta manera, me halle persuadido que solos mis compatricios sean hombres mas valientes y audaces que los demás que estan esparcidos sobre diversas regiones: nuestra superioridad consiste, en que tenemos un precioso tesoro que guardar, *la libertad*; y nuestra fuerza colectiva proviene de que cada uno de nosotros, conoce que es libre, debe serlo, y que naciò para disfrutar plenamente aquel derecho impreso por la mano del Omnipotente.

—¡Cuan dichoso sois, milord! le dijo Roberto suspirando, ahora os perdona un poco vuestro orgullo nacional. Ah! conozco que para saber algo se necesita salir fuera de su casa.

—Mejor serìa y aun fuera mas seguro, que en todas las aldeas, y quizá en algunas ciudades, establecieran escuelas gratuitas en donde se enseñase á leer y los demás rudimentos de instruccion primaria: he aquí todo el

secreto. Pero, gracias à Dios, añadiò maliciosamente el filósofo, que ya contais con muchas *congregaciones de ignorantinos* y esto basta para que muy pronto nos igualeis.

El chiste del filósofo produjo una risa estrepitosa, en medio de la séria conversacion que los entretuviera; además, empezaban à distinguir claramente las cúpulas, las torres, y las cimas de los edificios de Lòndres, y pocos minutos despues entraban ya en la capital del mundo comercial.

Entonces principió para nuestros jóvenes parisienses un nuevo motivo de justa admiracion: no adelantaban un paso sin que sus ideas no quedasen confundidas y embrolladas. Siempre habian creido como artículos de fé que solo Parìs, fuera la mayor, la mas populosa y mas alborotada de cuantas ciudades ecsistieran en el órbe. Pero mucho les era preciso rebajar de aquel infundado càlculo. Lóndres les causò el efecto de una dilatada provincia, sembrada de nuevos edificios, y tentados estuvieron por creer que la poblacion de los tres continentes acababan de citarse en la ciudad; que los buques de todos los puertos conocidos, entráran forzosamente en el Tamésis: que aquel dia habia esposicion estraordinaria, por todas las calles, de los diversos productos de

las artes y la industria; y no obstante de aquella algazara, observàrase por otro lado una feria general de caballos y carruajes. Sin embargo, todo se reducia á la actividad ordinaria y al comercio habitual y cotidiano.

—Gran Dios! esclamó Isidoro, si alguna vez se viera por las calles de Parìs tantas gentes reunidas, acudiera la tropa à las armas, y la gendarmería disiparia á sablazos semejante multitud.

Un robusto *John-Bull* que por casualidad pasára prócsimo al coche que se habia parado y que á la sazon oyèra el discurso de Isidoro, le preguntó que significaban aquellas palabras y lo que se entendia por un *gendarme*. Isidoro se apresuró á satisfacer su curiosidad, pero sobrevino un accidente bien estraño, y es que el *John-Bull*, que viene á ser en Lòndres, lo mismo que un beodo en París, tan admirado quedó de lo que oìa, que creyendo que acaso se burlaban de èl, desnudárase *incontinenti* y quitándose hasta la camisa se aprestaba à reñir à puñetazos con el caballero de la libertad. Pero milord, atestiguò bajo su palabra de honor, que nada era mas cierto, habiendo disfrutado repetidas veces en París de aquella diversionsilla. Quedàrase hecho entonces el *John-Bull* una estàtua, y cuando à

la mañana siguiente lo encontráron todavía sin vestir en el mismo sitio, apresurose à decir à todos sus amigos y conocidos que, estaba evidentemente demostrado deberse aplicar á los franceses el título de *papa-moscas*.

Milord poseìa en Lòndres, un magnífico palacio: allì fué donde se apeara con sus amigos. Despues de una buena comida, por ejemplo, menos delicada, que las que sirven en casa de Bauvilliers (1) pero mas suculenta y confortativa, se dirijieron al teatro de *Coven-Garden* en el que, representábase aquella noche una magnìfica tragédia, pues morian nada menos que sesenta y dos personas. Milord, escuchaba la pieza sin pestañear, y los tres amigos se desternillaban de risa.

—Vosotros no comprendeis nada, sin duda alguna, les dijo el filòsofo.

—No me importa, replicò Isidoro, pues apenas tengo suficiente vista para admirar la magnificencia de la escena, y el conjunto encantador que ofrece este dilatado patio lleno de señoras á cual mas jòvenes y hermosas,

---

[1] Famoso cocinero de París, los magníficos salones de su casa-posada en la calle del Tívoli, se hallan siempre ocupados por la mas lucida concurrencia. [N. del T.]

con sus cabezas al aire y hombros descotados: en verdad que esto deslumbra (1).

Isidoro tenia razon. La velada concluyó por un bol de ponche.

Al dia siguiente, á la hora de tomar el té, discutiérase por una y otra parte con todo el ardor del espíritu nacional, las ventajas, inconvenientes, y bellezas tanto de Paris como de Lóndres: cuando entregaron al filósofo una esquela, causándole al parecer una emocion tan viva como agradable. Al momento ordenó que enganchárán los caballos al coche, partiendo en seguida con sus tres amigos, y el cochero paróse á la puerta de un suntuoso palacio en Grovesnor-Square. Milord como si perteneciera á la familia de aquella casa, los introdujo en una ante-cámara, adornada con la elegancia propia de París.

—Pero milord, esclamaron los tres á un mismo tiempo, parece que estos brillantes

---

[1] En Lóndres está muy en uso que las señoras vayan á las lunetas. Cuando así lo hacen, la etiqueta y el bien parecer ecsijen, que se presenten muy elegantemente vestidas; y una de las precisas condiciones de su adorno, consiste en ir bien peinadas con la cabeza descubierta, y el pecho y espaldas descotadas.

mueble acaban de llegar fresquitos de Francia!

—Sì, seguramente, replicò aquel escelente hombre, y tambien vienen acompañados de cierta cosa....

Aun no habia concluido de pronunciar estas palabras, ábrese una puerta y todos prorrumpen en una esclamacion de súbita alegría; una bella jòven, desecha en llanto, se abalanzò al cuello de Pablo y de sus dos amigos; y una muger radiante de hermosura precipitárase en los brazos de milord.

En el mismo dia, á la misma hora, casi en el mismo instante en el que milord se ausentaba de París, con los fugitivos disfrazados, miladi Clarans, acompañada de Julia pues no la dejàra un momento, emprendiò la ruta de Lóndres, pero por Dieppe y Brighton. La esmerada prudencia de milord, habia combinado perfectamente el derrotero que cada cual siguiera. Nunca quiso que su hija permaneciera en París, espuesta à mil peligrosas pesquisas y desagradables persecusiones, cuya sola idea no podia soportar el noble lord: pero tambien insistió que tanto su hija como Julia no lo siguiesen en su marcha, porque la policía debia necesariamente estar muy alerta para vigilar aquella jóven que tan ìntimamente relacionada se hallaba con los tres ami-

gos, y que si la echaban mano, se desbaratataba todo el proyecto.

Por su parte la condesa de Poppwils prevista con sus pasaportes y la correspondencia de su esposo se habia igualmente puesto en camino para Flandes á las cuatro de la mañana. Nadie pues, quedára en Francia á quien pudiera atribuirse la fuga de los tres sospechosos; siendo muy posible, que de aquella manera perdiesen el rastro de su inesperada desaparicion y lo que cabalmente sucederia, si yo, lector amado, que escribo esta historia, para distraerte en tus ratos de holganza, no te hiciera, finalmente, la tardía revelacion.

8.

Conocieran, sin embargo, dias felices y tranquilos: mas dieran fin á su sociego; acudiendo presurosos donde les llamara la gloria.

Acabáran de sustraerse à unos peligros que, gracias à su incontestable valor para arrostrarlos, y á la astucia y prudencia con que supieran evitarlos, no por eso habian dejado de multiplicarse á cada paso. Durante cinco dias, habianles sobrevenido tantos y tan diversos acontecimientos que fueran bastantes por sì solos para llenar el espacio de un año; y en medio de las agitaciones y vivas inquietudes que los atormentaron, ha-

bian soportado las fatigas de un viage emprendido con estremada precipitacion y hecho con la mayor rapidez. Asi que érales necesario algunos dias de reposo, de tranquilidad, de sociego y de ventura.

Julia no hubiera querido nunca ver acercarse el tèrmino de su dicha. Pablo que cada dia la encontraba mas bella y seductora, desde el momento en que sus atractivos y las gracias juveniles de su edad aparecieran mas realzados bajo su elegante adorno y los afectuosos cuidados de milady, hallaba en su amor, nuevos motivos de aspirar á la gloria, fuente inagotable de venturosa dicha á los ojos de la juventud.

—Te dejaré, decíale, pero es para ir á merecer tu mano: la casualidad, el destino, la desgracia, nos ha desheredado á ambos: pues bien! yo labraré mi fortuna para asegurar à mi Julia un brillante porvenir.

Demasiado crédula para dudarlo, y demasiado afectuosa para reconvenirlo, aquella criatura angelical contentárase con replicarle conteniendo sus làgrimas:

—Vé pues, Pablo mio, siempre te seré constante: pero mi vida depende de tu ecsistencia; si sucumbes, no tardaré en seguirte.

Isidoro, à quien un sentimiento tan tier-

no y delicada no ocupàra aun su fogosa imaginacion, dividia su alma entre la impaciencia de la gloria, el amor de la libertad, y el placer de admirar à las bonitas inglesas, cuyos rubios cabellos, blanca téz, azulados ojos, encarnadas mejillas, le parecian otras tantas cosas maravillosas. Tan pronto compràra relucientes armas, tan pronto montàrase en briosos corceles, ya tomaba el tè en veinte tertulias con hechiceras *ladys* y jóvenes *miss* frescas y hermosas como las flores; pero el ardor de los combates y de las aventuras peligrosas, he aquí el pensamiento esclusivo y dominante de su imaginacion; sus miradas turbadas alguna vez por el amor, se apartáran de repente de las mas seductoras bellezas, para entregarse nuevamente à sus favoritas imàgenes de batallas, peligros y hazañas belicosas.

Otra idea bien singular hiriera su acalorada imaginacion. En sus febricitantes sueños, presentárasele la Grecia como teatro de su futura gloria; como cuna de sus amores. Era una hermosa y bella griega á la que amára, adoraba ya, y que se le manifestàra bajo los rasgos seductores de las vìrgenes de Lesbos. Era, sí, una hija de Athenas, de Argos, del monte Ida, ò bien de los risueños valles del Pindo, y de la que debia ser, amante y es-

poso. Hallàrala en medio de la pelea, con flecha en mano, altiva, intrépida y ligera como las hijas de Sparta: durante la noche arrebatarala, moribunda, y casi desnuda entre los sangrientos escombros de una ciudad destruida y saqueada: sustraíala al sacrílego furor de aquellos horrorosos bàrbaros ensañados con tanta mortandad, quienes sobre las espirantes vìctimas, inmolarian tal vez su pudor, sus atractivos y su virtud.

Tan divino objeto, conquistado por su valeroso brazo, llegaria á ser el ìdolo de su vida, la dueña absoluta de su albedrio, y un amor eterno, sin límites seria el premio concedido á su respeto para con su inocente belleza. Asì, la vaga y dulce quimera que rosbustecia su espíritu con los halagos de su verdadero cariño, mecièndose noche y dia con tan halagüeños pensamientos, preserváran tambien su juventud y su ardiente corazon, no solo de funestas seducciones, sino de los inocentes lazos que mas de una beldad le tendiera.

Roberto consagrò al estudio y meditacion aquellos dias que Pablo dedicaba á su afectuosa Julia, é Isidoro al placer y alegria. Procurábase con empeño cuantas noticias fueran conducentes sobre aquellos hombres valerosos pero ignorantes, y bárbaros, y por cuya li-

bertad iban á esponer sus vidas, y derramar su sangre. Tomaba notas esactas sobre aquellas lejanas regiones en otro tiempo tan florecientes y cubiertas hoy de ruinas y osamentas: espantosa librea del depotismo. Dudaba mucho que Pablo realizára allí las brillantes esperanzas, con que halagara á su inocente amiga, y sonreiase con la poètica pintura que Isidoro no cesaba de esponerle del quimérico objeto de sus heróicos amores.

—Hermanos mios, decìales, démos á la Europa, y sobre todo à nuestros compatriotas, que bastante necesidad tienen, un útil ejemplo à la causa de la libertad: ya que no ecsiste un solo rincon en la superficie del globo, donde combatan por tan noble objeto, corramos à derramar allì nuestra sangre, en nombre de los que suspiran por una *patria* (1).

Ecsistía á la sazon en Lóndres, una sociedad compuesta de una clase de hombres, amigos entusiastas y protectores decididos de la libertad: muy libres eran de manifestar tan nobles sentimientos, y de espresar públicamente sus votos en favor de un pueblo rege-

---

[1] Roberto se espresaba en aquellos términos, àntes de la guerra de España!!!

[N. del T.]

nerado. Semejante sociedad à cuya cabeza se hallaban inscriptos los nombres de los sujetos mas respetables, no solo por el público aprecio que los rodeára, sino por su opulencia y elevado rango, celebraba sus seciones, en el palacio de la Corona; y allí se proponian, se votaban en favor de los griegos abandonados de toda la Europa socorros de armas, municiones, y el dinero indispensable para sostener sus prodigiosos esfuerzos, oponiendo á los turcos provistos abundantemente de todos aquellos objetos por sus relaciones comerciales, ya que no ejércitos, al menos armas y fuerzas iguales. Varios navìos cargados con aquellos dones gratuitos y patrióticos, habian zarpado del Tamésis y dirijido su rumbo hácia las playas de la Morea, à cuya vista reanimarase el valor y la esperanza de aquellos intrépidos helenos (1).

---

[1] Esto es verdaderamente esacto: por lo demás, las sociedades patrióticas de Inglaterra, no fueron las únicas que dieron tan bello ejemplo. Al circular por la Alemania la sorprendente noticia del levantamiento de la Grecia, viérase por todas partes formarse cruzadas, y la juventud alistarse afanosa bajo el estandarte de la cruz y de la libertad. Pero la política de los gobiernos sofocára do quiera se hallase aquel beli-

Precisamente en la época en que los tres jòvenes frenceses habian llegado á Londres impacientes por atravesar los mares para rivalizar en valor é intrepidez entre los mismos griegos, preparábase una espedicion para el Archipiélago. La noble sociedad del palacio de la Corona, y de la que el filòsofo Ohwart era uno de los miembros mas distinguidos, remitia al senado de Hydra, diez mil fusiles, pólvora, balas y diversos pertrechos, ahincadamente solicitados por los griegos, para equipar su primer flota. Tres oficiales bizarros, un danés, dos polacos, siete soldados veteranos franceses, y dos napolitanos proscriptos, habian llegado sigilosamente à Inglaterra, donde enganchaban los jòvenes que querian alistarse en varias oficinas abiertas al efecto; prontos à viajar en el buque fletado por cuenta y á nombre de la sociedad. Componiase además su tripulacion, del capitan, antiguo y esperto marino; el hijo de éste en clase de piloto, de seis marineros y tres grumetes.

Lord Ohwart propuso á los jóvenes se

---

coso entusiasmo; y entonces las gacetas asalariadas trataban á los griegos libertados como revolucionarios y rebeldes.

agregasen á esta espedicion, que al tercer dia daba á la vela. Semejante proposicion fué aceptada con visible entusiasmo, preparando en su consecuencia, la pequeña pacotilla. Componiase de armas escelentes, libros instructivos, sobre el arte de la guerra, instrumentos de matemàticas destinados á los ingenieros militares, y diversos uniformes sin distincion de grado.

Julia, á la par que ayudara con sereno valor à efectuar aquellos preparativos, llorára aunque en silencio y furtivamente. Isidoro, por todo consuelo, le referia de que modo tan heróico, las mugeres de Sparta enviaban sus hijos á la muerte: decìale que la amante de un griego se hubiese deshonrado al derramar una sola làgrima cuando atase el casco de su querido; y aquella jòven tan buena y hermosa que sin disputa alguna podia reputársele por amante de un héroe griego aunque con su corazon hechido de puras làgrimas, las contenia ú ocultaba cuando las derramàra bien á su pesar. Ah! aquellos tres dias de amor y ventura cuan ràpidamente pasaron! ¡Tras ellos cuanto llanto se preparaba! Afortunadamente para los hombres, un denso velo les oculta el porvenir y la adversidad que los hiere con ferrea mano, no aparece á su vacilante vista

sino mas allà de la eternidad.

Amaneció pues, aquel último dia: celebrárase en el palacio de la Corona con una magnífica comida que la sociedad ofreciò á toda la tripulacion del buque que bien pronto daria á la vela. Pablo, Roberto é Isidoro fueron allì presentados á sus nuevos amigos en calidad de adjuntos compañeros de fortuna; abrazáronse fraternalmente, jurándose una franca y recìproca amistad à toda prueba; socorrerse mùtuamente en cualesquier evasion, y concluyérase la comida con un *brindis* muy adecuado à la esaltacion de sus ideas. La tripulacion prometió el hallarse puntualmente abordo al amanecer del siguiente dia.

Dolorosa debia ser por fuerza la despedida entre los tres hermanos y su tierna hermana. Isidoro la temia justamente á causa de Pablo; Roberto queria evitar el último à Dios: pero Pablo hubiera preferido la muerte primero, que no abrazar por última vez á su amada Julia. El filósofo se acogiò á un prudente partido, entreteniendo aquellas horas consagradas al amor y á las lágrimas, con un aparato guerrero. Nada fortalece el alma, como aquello mismo que la eleva y la conmueve. Escepto los marineros y grumetes que aguardáran la prócsima Aurora en la contigua taber-

na, lord Ohwart invitó al resto de la tripulácion á que pasase à su casa. Sirvieron un ponche en el que presidiera un decoroso continente; la mayor parte de los convidados eran franceses y milady Clarans, hacia los honores en union de Julia.

La noche se pasó en una conversacion bastante séria, en la que, cada uno se violentaba en presencia de los demás, no atreviendo á entregarse ni à una alegria mal adecuada, ni à un dolor inmoderado. La pobre Julia sostenida constantemente por las miradas y afectuosas caricias de su bella protectora, se condujo en aquel duro trance con tanto valor y modestia, que solo con esto bastára para hacerla cada vez mas digna del amor de Pablo. Hasta el último y fatal momento se mantuviera firme y serena: mas cuando el capitan se levantára repentinamente y al descorrer una cortina esclamára:

—Señores, ya empieza á salir el dia.

Fuérale entonces del todo imposible acallar el grito de la naturaleza: arròjase subitamente à los brazos de Pablo, que de pronto pónese descolorido; pero apenas tuvo tiempo para estrecharla en su seno cuando cayèra desmayada. Lord Ohwart ordenò que al punto se la llevasen, y à Pablo lo sacaron casi arras-

trando: habia perdido el sentido.

Isidoro y Roberto quedáranse todavía algunos momentos para abrazar à su hermana, y dirijir á su noble amigo todo lo que el entusiasmo de la gratitud y esquisita sensibilidad podian inspirar á sus apasionados corazones. Postráronse á los piès de milady Clarans, cubrieron de lágrimas sus manos, imprimiendo en ellas afectuosos y ardientes besos, y no pudieron decirle, sino estas palabras:

—Nos volverémos á ver, milady; sí, nos volverémos à ver, para amaros, bendeciros y adoraros.

La escelente hija del filósofo sosteniendo á Julia en sus brazos, les contestó:

—Que el cielo os guie. Siempre serè vuestra síncera amiga, y cuidaré de vuestra hermana.

Los carruajes esperaban à la puerta: el equipaje se hallaba embarcado desde la víspera: una hora despues, el navìo que fuera muy velero, y llamàrase *la Fortuna*, empavesado con diversos colores, bogava hácia Greenwich, precedido de tres lanchas llenas de mùsicos, haciendo resonar el aire con los armoniosos sonidos de sus instrumentos y entonando himnos guerreros. El buque fué escoltado como en triunfo en medio de un inmen-

so gentìo respondiendo en coro á las canciones nacionales, por sus patrióticas aclamaciones, hasta emparejar con el magnìfico palacio de los inválidos que al pasar por delante de su fachada la vistosa embarcacion arboló su bandera.

9.

El cielo está despejado: el tiempo bonancible: izad las velas, zarpemos..... ¿Quién os dice, que dentro de poco no bramará la tempestad?...

N mar tranquilo y sosegado, un viento fresco y favorable arrastraban en su rápido andar al ligero bastimento desde las inconstantes olas de la Mancha hácia el inmenso Océano: y, en tanto que la sutil brisa henchia las obedientes velas, el ardor de los combates y la esperanza de la inmortalidad inflamaban el corazon de nuestros jòvenes hèroes, despertando la inveterada au-

dacia de los antiguos y predilectos hijos de la victoria.

Hacia ya veinte dias que la pequeña hueste bien reducida en número pero imponente por su valor, bogava tranquilamente, admirando bajo sus piés el magestuoso balance de las espumosas olas que parecian entreabrirse para dejarles libre paso, y sobre sus cabezas, la bóveda inmensa de un cielo azulado, coloreándose al salir la Aurora, y al ponerse el sol, matizando el firmamento, con iris, púrpura y oro.

Reuniéranse los pasageros diariamente sobre el alcázar, y allí observáran la maniobra del buque con atento mirar: sentados en rededor de un bol de ponche, oiánles referir á los antiguos veteranos, las campañas de Egipto, y las proezas de Italia. Mudos de sorpresa y justa admiracion, escuchábanles silenciosamente aquellos jòvenes; de cuando en cuando emjugaban una làgrima aliviando sus conmovidos corazones con tan grandiosos recuerdos: entonaban un himno à la gloria, bebiendo en loor de nuevos triunfos. Tan pronto, empuñando los anteojos, buscaban con afan en el incierto y vaporoso horizonte, los fanales, las torres, las rocas de los puertos de mas nombradìa, cuando el esperto capitan le anun-

ciaba que el navío se hallaba en las alturas por las que sucesivamente pasàran.

Ya habian apercibido como fugitivas sombras delineadas por débil mano, el faro de Cherburgo, y mucho tiempo despues la estremidad de la costa occidental de la Francia, donde la ciudad de Brest ábre su puerto á las embarcaciones del nuevo-mundo. En seguida cortando en línea recta hácia la punta Septentrional de la España doblaron el cabo Finisterre, distinguiendo las elevadas rocas que parecen protejer la Galicia contra los imponentes esfuerzos de las olas. Caminando despues hácia el medio dia, saludaron con admiracion las torres imponentes de Lisboa, ostentando un vasto anfiteatro, y cuya ciudad cuentase hoy en el número de las libres (1).

En fin, despues que doblàran el cabo de san Vicente, y buscando, aunque en vano, en el horizonte algunas señales del puerto de Càdiz, cuna predilecta de la libertad, para reconocer el estrecho que une el Océano con el Mediterráneo, distinguieron las playas áridas y salvages del Africa; y, en la costa opuesta,

---

[1] La contra revolucion que quizá fuera dudosa, ni se habia aun manifestado en Portugal.

donde la naturaleza se engalana con sus mas ricos adornos, la imaginacion creyera apercibir de antemano la orgullosa ciudadela de Gibraltar, edificada como por encanto sobre inaccesibles rocas.

Una esclamacion de alegría resonára entre aquellos jóvenes, lisongeándose alcanzar el tèrmino que se habian propuesto. Pero ah! desgraciado de aquel que fia su suerte á la movilidad è inconstancia de las olas, y merced de los vientos!

Un espantoso y repentino acontecimiento cambió en desesperacion y en gritos de dolor, la paz, el contento y la alegría que reinára en la tripulacion desde el momento de su partida. ¿Seria quizá el primer presagio de ulteriores infortunios, que agoviarian la valerosa espedicion en aquellas mares?

Detenido repentinamente á la embocadura del canal por vientos contrarios y desencadenados con furia, el buque bordeò durante un dia y dos noches, á la vista de los dos hemisferios, temeroso de engolfarse en las aguas del estrecho que comprimidas por ambas orillas herizadas de inmensas rocas, y agitadas por los dos mares, ofrecian un espantoso espectáculo à la vista de los que estaban poco acostumbrados á los horrores de la tempestad muy

temible aun para aquellos mismos, avezados ya en arrostrar semejantes peligros.

El segundo dia, apenas amaneciera con sombría claridad, el mar aunque por entonces no presentàra menos embravecido aspecto, cambiòse un paco el viento, y el capitan juzgó conveniente permanecer á la capa hácia el medio dia para alcanzar favorable corriente, y navegando despues á velas desplegadas, primeramente hàcia las costas del Africa, entrar en seguida con la mitad de sus velas en el tempestuoso canal.

La maniobra que ordenára, ecsigìa para su ejecucion tanta rapidez como destreza y presencia de ánimo. El menor retraso, el mas mìnimo accidente podia arrojar el buque á la costa, donde infaliblemente se estrellaria, sin la mas remota esperanza de salvacion. Asì que, todo el equipage estaba en movimiento: la duda, la atencion, el espanto se espresaban en el mirar y silencio de la tripulacion: y los pasageros, instruidos del eminente peligro que los rodeára, todos valientes, pero no inaccesibles al terror que inspira semejantes momentos, reunidos sobre el alcázar, enlazados recìprocamente, y agarrados á los mastiles seguian y calculaban con la agonía de una inmovilidad forzada, la salida del buque

tan ràpida como el vuelo del ave de las tempestades.

Doblàron el cabo: espumosas montañas de agua, parecen iban à sepultar aquella nave en un profundo abismo; y sin embargo, la flecha lanzada por mano salvage, tiene menos rapidez que el arranque que llevára. Endereza rectamente su proa hácia las herizadas rocas que se ven adelanterse por sì mismas, como jigantes monstruosos: casi las tocan ya.... Un grito de espanto resonára involuntariamente: el buque vira de bordo con un horroroso crujido y todos esclamaron à la vez:

—Que perecémos!

Por el contrario, era llegado el momento, en el que, el capitan mandaba la maniobra, y en donde su acreditada prudencia, y destreza, los salvaban à todos con una capacidad sin igual. Grito desgraciado! Terror funesto! Un jóven y asustado marinero abandona imprudentemente un cabo que amarrara; una de las velas que fuera necesaria cargar, y que aquella escota tenia sugeta se entrega con la rapidez del rayo y el ruido de la esplosion á todo el furor de los vientos: descompònese la maniobra: imprudentemente el buque presenta su proa à la ola amenazadora; y pròcsimo à zozobrar tan solo el capitan compren-

diera la enormidad del peligro. Ya no se concreta á mandar: arrójase él mismo á la jarcia: la fuerza de sus brazos unida á la de los vientos, hacen reventar la vela en mil girones, y el navìo queda salvo, pero la espantosa oleada que quizà fuera á sumerjirlo, estrellàndose en sus costados atraviesa la cubierta à manera de un torrente: todo el mundo estaba alerta proporcionàndose un punto de sólido apoyo; el desgraciado capitan al velar por la seguridad de todos, hubiérase solamente olvidado de la suya propia.

La embarcacion, sumerjida, parecia salir del abismo; en pocos minutos, atravesára inmensa distancia; su ruta se halla trazada y no tiene mas que conservarla; renace la esperanza, y la alegría y tranquilidad aparecen de nuevo sobre aquellos semblantes, no ha mucho tan angustiados, y ya risueños y contentos; todas las miradas se dirijen para buscar al capitan, todo el mundo quiere abrazarlo, felicitarlo.... ha desaparecido, arrebatado por la ola terrible que amenazára sumerjirlo todo; y cuando reconocen tan irreparable desdicha, es ya demasiado tarde para volar à su socorro, como inútil é imposible el intentarlo.

Apoderóse de todo el equipage una pro-

funda consternacion; no solamente sintieran dolorosamente la pérdida de un hombre apreciable, mas tambien preguntáranse con estremecimiento: ¿Quien nos guiará ahora en medio de tan tremendo huracan? Que mano sabrà dirijir la maniobra entre ambas riberas igualmente peligrosas, y espuestos á los vientos desencadenados?

El hijo del capitan, jòven bastante instruido, debia encargarse del mando, pero impidiéraselo su desesperacion; arrastrábase por el puente mesándose los cabellos: quisiera lanzar al mar las lanchas, abandonándose à merced de los vientos, esperando apoderarse, por lo menos, del cadàver de su padre. Para impedir semejante proyecto, cuya ejecucion seria lo mismo que correr à la muerte, fuera menester amarrarlo á uno de los mastiles del buque, y confiarse à la incierta esperiencia del marinero mas antiguo.

Navegaron durante doce horas casi á la casualidad, tan pronto sorteando el viento, tan pronto bordeando para esperarlo. Alcanzaron por fin la estremidad del estrecho, entrando en mares mas dilatadas y menos temibles como las del Mediterráneo. Los vientos tambien menos comprimidos entre las rocas soplaron con mas igualdad: el cielo se despe-

jò insensiblemente: poco á poco fué calmándose la tempestad; levantàrase del Oeste favorable y bonancible brisa, y aunque las plateadas olas se encrespasen todavía bramando hasta la altura de las primeras vergas, adquirieron no obstante la certeza de librarse de una muerte inevitable, y la esperanza de próxima salvacion.

En efecto, el dia siguiente, amaneció despejado y sereno; un viento que sin dejar de ser bastante recio, no fuera sin embargo borrascoso viniendo del Africa, henchia todo el velamen, y los perpendiculares rayos del sol reflejándose en las olas, representaba el mar salpicado de esmeraldas y rubies.

Hubiera penetrado la alegrìa en todos sus corazones à no ser por la cruel pena que los agoviára. El hijo del capitan consiguió soportar su dolor; encargóse del mando, y como por tres veces hubiera hecho ya el viaje de Constantinopla à las órdenes de su padre conociendo perfectamente la navegacion del Archipièlago, todo el equipage, depositó su confianza y seguridad en las luces de aquel guía tan jòven. No tuvieron motivos para arrepentirse de su decision no siendo las olas, los vientos ni los escollos los que precipitáranlos en nuevos peligros.

La fortuna, que no solo es inconstante si tambien á veces pérfida, parecia acoger nuevamente bajo su proteccion á la nave que llevára su nombre. La travesía se continuaba bajo vientos favorables: dejáran ya sobre la izquierda la Còrcega y Cerdeña, y uno de estos dos nombres les recordára al propio tiempo *la profecía de un inmortal publicista*, y *el romance heróico mas maravilloso*. Nàpoles apareciera á la vista de los nuevos argonautas, durante la noche, enrogecido con las chispeantes llamas de su volcan. Distinguiéran claramente las costas de Sicilia, y alejábanse suspirando: querian respirar el ambiente de libertad que de ellas emana. Ultimamente, à los diez y ocho dias del segundo mes, desde su salida de Lóndres, al dorar el firmamento los primeros rayos del sol, con una temperatura bonancible, cielo despejado, los grumetes que, se hallàran como suspendidos á las gavias y masteleros del navío gritaron:

—Tierra!

Y pasados algunos minutos descubrieron la isla de Zanta, al Occidente de la Morea. ¡Luego iban ya á pisar el suelo libertado!

Al instante hicieron rumbo hàcia el medio dia para doblar el cabo Matapan. Pasaron entre la isla de Cèrigo (antiguamente Cythé-

res) y la tierra firme. Reconocieron con el auxilio de los anteojos, el pabellon griego, flotando sobre la torre de Vatica; todos los pasageros poseidos de respetuosa admiracion para con la regenerada patria de los hòmbres y pueblos que servirán siempre de modelo al universo, saludaron con una esclamacion de jùbilo el pabellon de la libertad, y se abrazaron jurándose de nuevo una inviolable fraternidad.

Como tengo dicho, componíase la espedicion de quince valientes, entre los cuales, diez eran franceses, á saber: siete antiguos veteranos encanecidos en los campos de Austerlitz y Waterloo, y los tres jòvenes estudiantes, Pablo, Roberto é Isidoro que iban á empezar su carrera de combates con circunstancias tan bizarras. Los demàs, eran, un sueco, dos polacos, que trataban de sostener en Grecia el brillo de su reputacion belicosa, y dos napolitanos.

Mientras que el buque entraba en el Archipiélago à velas desplegadas dejando à su derecha la dilatada isla de Candía cuyo lìmite era (1), y navegando hácia aquellos gru-

---

[1] La antigua Créta célebre por la fábula del Minotauro, y los amores de Pasyphaë.

pos de rocas salpicados sobres las aguas, llamados en tiempos remotos Cyelades, porque forman un circuito en rededor de la antigua Dèlos (1), el reducido batallon, reunìerase en la cámara del capitan, resolviendo unànimes no separarse nunca y procediendo á discutir sus destinos futuros, se constituyeron en compañía franca bajo el plan que Isidoro concibiera en Parìs à despecho de la policía antiliberal. En consecuencia diera principio á sus operaciones militares eligièndose en general por la via de escrutinio secreto, cuyo acto se terminó sin la menor trampa, aunque tambien hubiera un presidente.

Los quince nombres fueron inscriptos en otros tantos pedazitos de papel y despues de enrollados se echáron en un casco: allí meneàranse por tres veces: el nombre que saliò primero fuè uno de los dos polacos: en virtud de lo que, proclamárase por gefe de la tropa independiente, hasta su desembarco.

Este polaco, comandante en gefe del cuerpo libre, era un jòven impetuoso, valiente, temerario, lleno de entusiasmo pero desnudo de prudencia: no tardò en dar de ello una prueba. Tenia el derecho de nombrar dos te-

---

[1] En el dia Sdili, rocas inhabitadas.

*

nientes que fueran á la par consejeros y le sirvieran de Estado mayor. La razon hubiera debido indicarle en escoger para aquellos empleos al oficial danés y uno de los soldados veteranos franceses para proveerse á un tiempo de los conocimientos del uno y de la esperiencia del otro; pero temiendo por un lado no repugnaran sus proyectos, y seducido por el otro, con el gentil talante y el aire de intrèpida fiereza de los tres jóvenes parisienses, proclamó como adjuntos para sus operaciones militares, á su compatriota, mas capaz de repartir sendos sablazos, que dar un consejo saludable, y á Isidoro que ciertamente ostentára el mas gallardo porte y fuera el mas valiente de todos los oficiales, pero que careciera de la esperiencia de los demás.

Organizada que fué de aquel modo la reducida tropa, se puso sobre las armas, se alineó sobre el alcàzar, y le pasaron revista. Orden del dia, proclama, discurso de apertura para la prócsima campaña, nada estuvo olvidado; egecutándose rigorosamente con tanta seriedad como entusiasmo; hasta allì, todo marchara bien; todo se ajustaba á las reglas mas estrictas.... salvo que no habian oido misa.

Pero he aquí que de repente distinguen hácia el nordeste una multitud de velas. Dos

lanchas se lanzan al mar y se aprocsiman para reconocer el buque, que por su parte indica hallarse pronto á variar de rumbo. De uno y otro lado asestan los anteojos; el jòven capitan de la *Fortuna* vé flotar en los navíos que se descubren en el horizonte el pabellon griego y el símbolo de la cristiandad. Manda izar el pabellon inglès y prosigue su derrotero con entera confianza, porque no puede dudar que la flota que maniobra con tan sorprendente celeridad, no saliera de los puertos de Hydra, de Ipsara y de Spezzia, y hácia uno de ellos dirige su rumbo con los refuerzos que conduce (1).

Toda la tropa mantenìase sobre el alcázar impaciente por darse á conocer. Presumiendo que la flota que tenian á la vista fuera el indicio de alguna gran espedicion, y no queriendo desperdiciar la ocasion que se le presentára de manifestar desde su llegada el zelo

---

[1] Esta flota seria probablemente, una de las primeras que equiparon los griegos insulares. Proponíase atacar la escuadra turca compuesta de cinco navíos de setenta y cuatro, que salió de los Dardanelos, lisongeándose asolarlo todo; y, ocultárase en la rada de Mételin, volviendo poco despues con pérdida de uno de aquellos navíos de alto bordo.

y valor que los animáran, deciden que, sobre la marcha enarbolen el estandarte de la libertad, izen pabellon griego, hagan fuerza de vela, y anuncien por señales amistosas que se les conduce armas y combatientes para la pelea.

Aunque el jóven capitan que se estrenára en el mando estuviese muy distante de poseer la prudencia que su padre hubiera sin duda manifestado en semejantes circunstancias, no accediera sin embargo à sustituir al pabellon neutral bajo cuyas auspicios navegaba al que no podia presentar sin faltar à sus deberes, y sin esponer su pais à reconvenciones ante quien debia ser responsable. Pero demasiado inesperto para conocer toda la estension y la gravedad de su deber; arrastrado, digámoslo así, por el belicoso ardor de los jóvenes guerreros, que parecian tener abordo un mando superior al suyo propio; preveyendo que quizá le fuera necesario muy poco tiempo para reunirse con la flota estacionaria; y que, despues de trasbordar la impaciente y reducida tropa, volveria à tomar al momento la divisa de su nacion; considerando en fin que en diversas circunstancias, los buques de cualesquir potencia, mudan sus pabellones cuando su seguridad lo ecsige, se dejó persuadir, izò el pa-

bellon griego, disparó dos cañonazos, y desplegò todas sus velas.

Tenia en su favor el viento que empezaba à soplar con alguna violencia, y aunque el andar de su buque fuese menos ràpido que el de los pequeños navíos griegos apenas le bastàra un cuarto de hora para alcanzar la flota. Pero con la mayor sorpresa y admiracion observaron que la escuadra griega se formaba en dos divisiones, rompía su lìnea de batalla y aprovechándose del viento que se levantára alejárase à velas desplegadas dirigiéndose hácia el nordeste, y desaparecer en el horizonte (1).

[1] La escuadra griega acababa de recibir seguramente la noticia que la flota turca salia de los Dardanelos. Así que avistaron y reconocieron el buque inglés, del que no concibieron la menor sospecha, hizóse al momento á la vela para alcanzar la escuadra enemiga, bloqueándola despues en la rada de Mételin. [Histórico.]

10.

El aire abrasa, al viento brama, estalla el rayo.... ¿Temblais?... pues qué; ¿el furor de los hombres, no es acaso superior al de los elementos.

Continuaba refrescando el viento; cubríase el cielo de opàcos y cargados nubarrones que parecian nacer en el mar y dilatarse en el horizonte; el ruido de las olas era amenazador y concentrado: diríase que oculto poderìo, lo sacaba del fondo del abismo, y una tinta sombrìa esparcièrase á la vez sobre las olas y el firmamento: todo presagiaba la procsimidad de un furioso huracan.

Esforzáranse sin embargo en seguir las

huellas de la flota, pero cesaron de distinguir las últimas velas: y solo presumiendo el derrotero que llevára continuaba nuestro buque el rumbo trazado; cuando de repente vieron aparecer, desembocando por detrás de la pequeña isla de Syra, á estilo de emboscada, dos barcos armados, los que por su construccion larga y angosta, por su arboladura inclinada hácia la proa, por sus vergas encorvadas y por el oscuro color de sus velas, cualquier marino los reconociera por corsarios argelinos.

A su vista, esparciérase el terror entre los marineros; el jòven capitan, aunque valiente por naturaleza, y que por primera vez, viérase empeñado en un lance tan peligroso, no supo conservar la presencia de ánimo que fuera necesario. Por otro lado, los pasageros aumentaban la confusion y desòrden de la maniobra, y el destino de toda la tripulacion no tardó en resentirse al verse privado de un gefe único que fuera tan seguro como prudente.

La primer medida que habia que tomar, era la de hacer desaparecer el pabellon griego, à cuya vista no dejarian de prevenirse los argelinos, unidos á la causa de los musulmanes. Fuera tan grande la turbacion que reinaba abordo, que quedò olvidado objeto tan primordial, no acordandose de semejante falta

que infaliblemente acarrearia las mas graves consecuencias, sino cuando no fuera ya tiempo de repararla. Reuniòse el consejo, y en él se acordó, era preciso maniobrar: observaron al enemigo, y dedujeron ser necesaria una pronta fuga: muy cortos momentos bastaron para dar à conocer la imposibilidad de aquella última decision. Por mas velero que fuese el buque inglès, no podia igualarse en celeridad con los dos barcos argelinos, que, en pocos minutos se aprocsimaron á un tiro de pistola, y hallàndose convencidos que tenian que habèrselas con griegos, principiaron por dispararles dos andanadas gritándoles que arriaran.

Empeñado una vez el lance bajo el pabellon griego, érase del todo imposible que prevalecieran, ante los bàrbaros de Argel, las leyes protectoras de la neutralidad. Entonces conocieron el lazo fatal que les habian tendido. La esperanza de salvarse por medio de la fuga, era tardìa; porque el único instante de que pudieran disponer, lo habian aprovechado en discutir si fuera mejor pelear, ó arriesgarse á barar en la primera costa. Los dos corsarios tenian el barlovento y aprovechando aquella coyuntura, hacian esperimentar al enemigo un fuego vivo y sostenido que cruzán-

dose por todas direcciones, asolaba el puente viéndose atacados por barlovento y sotavento, mientras que una horrorosa tempestad hacia impotentes todas las maniobras que intentaban todavía para evitar al menos aquel fuego destructor.

Sin embargo, el furor del viento, que à cada instante variaba; la prodigiosa altura de las olas que hubiesen destrozado los buques á su menor choque, hacia por una y otra parte imposible el abordage, dejando de este modo algun albur favorable á la nave inglesa. El jóven capitan recordando su deber por la eminencia del peligro que los rodeaba, tardío quizà, pero con un valor que enmendaba su falta, se esforzó durante una hora de volver á ganar el viento, lisonjeándose un instante de alcanzar el puerto de Naxia, si acaso el cañon de los corsarios no conseguia antes echarlo á pique. Su marcha se hacia tanto mas dificil cuanto que tuviera que luchar al propio tiempo contra el viento desencadenado, la impetuosidad de las olas, contra torrentes de lluvia y granizos que cegaban á los marineros, y que el cielo aparecia algunas veces tan opáco que apenas distinguiérase el enemigo sino al resplandor de los rayos ó por el fuego de sus baterias.

Un obstáculo aun mas fatal todavía impedia á cada momento su maniobra. Furiosos de haber sido sorprendidos y atacados sin oposicion ni defensa: avergonzados de esperimentar un fuego tan terrible y mortífero, al que no podian contestar sino con dos piezas de pequeño calibre; ecsasperados de no ser sino el juguete de la rábia de aquellos bárbaros, y que tarde ó temprano llegarian á constituirse en presa suya, ò mas bien la de una muerte espantosa en los abismos del mar, sin haber por lo menos vendido caramente sus vidas, todos los guerreros, jóvenes, ancianos, soldados, oficiales, estrangeros y franceses pedian à grandes voces correr al abordage, queriendo pelear cuerpo à cuerpo, y, seguros que cada uno de ellos valiera por diez enemigos, no entrevenian mas esperanza de salvacion sino en un combate de esterminio.

En medio de aquel infernal desórden que à la par fuera causado ya por el terror de los marineros, la ecsasperacion de la pequeña tropa, indisiplinada, el contìnuo fuego de los corsarios, como por el furor de los vientos, la elevacion de las olas y los estallidos del trueno, el navìo, atormentado por todas partes, equivocó el rumbo, no pudo llegar à la isla de Naxia y se encontrò de pronto mas allà de

las rocas de Stenora, y perdiò la ùltima esperanza que le quedaba.

Entonces ya no fuera posible dominar la desesperacion y el furor de los pasageros; estos prorrumpieron en gritos de alegrìa al observar los dos corsarios que, creyéndolos perdidos sin remedio se preparaban en fin para el abordage. Nadie se hallára ya con suficiente poder ni voluntad para impedirlo. El capitan quiso sin embargo emplear el último recurso que en su mano estuviera, haciendo ver á los corsarios argelinos que aquel buque, su tripulacion, y todo cuanto contenia, pertenecia á la nacion inglesa; pero el fatal pabellon que flotaba sobre la última verga de la nave, justificaba el error de aquellos piratas y no le respondieron sino con una andanada. El palo mayor fué destrozado; tras su caida arrastró consigo tres hombres al mar; en el mismo instante los resones cayeron sobre el puente; los tres buques se unieron para no presentar sino un campo de batalla; y en menos de un minuto las cubiertas aparecieran inundadas de sangre y sembradas de heridos y cadáveres.

Los bárbaros no creian encontrar quince hombres tan determinados á morir antes que rendirse, los ingleses que tambien son valientes, sobre todo en su elemento, animados por

ele jemplo de los franceses armados con hachas y puñales hicieron una horrorosa carnicería, cada cual supiera que era preciso matar ó morir: á nadie se le concedió cuartel: la muerte se aparecia por todos lados, y eran tales la rábia, los gritos, los ahullidos y el estrépito de las armas, que no se oyeran ya ni el estallido del trueno ni el rugir de las olas.

En semejante combate no ecsistiera ni maniobra, ni evolucion posible. Cada cual confundido y guiado por solo el instinto del furor, maceraba, degollaba y no retirára el acero del pecho de su víctima sino para sepultarlo en los costados de otra; uno viérase acometido á la par por cuatro enemigos, otro sin que nadie le atacase inmolaba una porcion con mano aleve y traidora; aun al espirar viérase defenderse aquel desgraciado; por ambas partes gritábase: ¡*Victoria*! y sin embargo el campo de batalla elevado repentinamente por el furor de las olas parecia sumerjirse bajo los piés de los combatientes, y bajar con ellos á la profundidad del abismo.

Desde el principio de la pelea, Isidoro, Roberto y Pablo se habian echado en los brazos unos de otros no dudando encontrar una muerte cierta; y siempre juntos, constantemente unidos, y nunca inseparables se

habian precipitado en lo mas crìtico de la mortandad, celosos de descarcar los golpes mas terribles pero no menos atentos á velar sobre su seguridad respectiva, y parando los furiosos é inevitables que cada uno viera iban dirijidos à sus amigos y hermanos. Este modo de batirse les daba sobre los demás una ventaja incalculable: no podian sorprenderlos ni herirlos alevosamente, y como cada uno de aquellos bárbaros peleaba aisladamente y los atacaban del mismo modo, ninguno de los que se esponian à sus golpes escapaba de la muerte, y mientras que uno de los tres se apresuraba á vencer à su contrario, los otros dos restantes desviaban los que pudieran amenazarles; de suerte que, parecian no presentar sino un solo combatiente, armado de triple fuerza y revestido de triple defensa. Sea que efectivamente semejante táctica los preservase, ò sea que el cielo ò la casualidad los protejiese, peleaban ya cerca de media hora y los tres hermanos de armas estaban todavìa intactos; á pesar de que los buques aparecian sembrados de cadáveres, pues todos los que no habian perecido veian nadar su propia sangre, á ecepcion de una ligera herida que el puñal de un turco habia hecho en el pecho de Roberto.

Sin embargo, con tanta sorpresa como dolor, vieran caer sucesivamente à sus valientes camaradas abrumodos por el número. Los veteranos franceses fueron las primeros en sucumbir, por haber sido tambien los primeros en arrojarse en el puente de los corsarios. Los dos napolitanos esperaban su salvacion, suplicando cobardemente se le concediera la vida, y fueron por lo tanto degollados. Hubieran visto al jòven capitan inglés precipitado en el mar despues de tener dividida la cabeza por un hachazo. Los dos polacos y el sueco, heridos de muerte, acababan de ecsalar el último suspiro à los pies de aquellos piratas: en fin aunque el enemigo hubiese perdido en la refriega treinta hombres por lo menos, para inmolar solamente á doce de sus contrarios, todavía era dueño del campo de batalla por su mayor nùmero; y los desgraciados que aun respiraban no podian sustraerse á la tumba; por lo que el buque cargado de socorros destinados á los griegos seria infaliblemente una buena presa para aquellos bàrbaros.

—Nó! nó! gritaron los tres hermanos de armas, viéndose batir en retirada ganando el alcázar de su navìo; puesto que toda esperanza està perdida y es necesario morir, des-

truyámos con nosotros el fruto de la victoria!

Precipìtanse en la cámara del capitan; una lámpara arde en ella durante dia y noche: Roberto y Pablo echan mano de los barriles de pólvora que estuvieran destinados para los griegos: Isidoro enciende la mecha; y aquellos bárbaros que los perseguian creyendo dar con el sitio donde ocultáranse quizá algunos tesoros, adivinan, reconocen entonces sus designios, pónense en precipitada fuga, prorrumpiendo en espantosos bramidos y en pocos segundos abandonan el buque apresado; alejàronse los piratas, llevando consigo los desgraciados cautivos, con toda la celeridad que permitìa el viento, y, los tres hermanos de armas, sorprendidos con el silencio que de pronto reina sobre cubierta, suspenden su terrible cuan funesta resolucion.

Escuchan, se hallan indecisos, y por fin, vuelven à subir al puente.... ausentáronse los enemigos, y tan solo de cadàveres se encuentran rodeados. Mas al resplandor de los relámpagos distinguen à los argelinos cruzando à alguna distancia. ¿De qué modo huir? ¿Còmo intentar escaparse? Ya no tienen palos, ni velas, ni jarcias, y el buque hace agua prodigiosamente: si en èl permanecen van á sumerjirse. Mejor fuera perecer con muerte

pronta y decidida.... Perecer! nó: el deseo de conservar la vida, no se estingue sino al ecsalar el último suspiro.

Llegára la noche, siendo muy oscura y tenebrosa: la lluvia caia á torrentes y los surcos que formáran las espumosas y plateadas olas, asemejàbanse à espaciosas cuevas.

—Hermanos mios, dijo Isidoro, este mar se halla salpicado de islas; no podemos estar muy distentes de alguna costa, desamarrèmos una lancha y abandonemos al mar nuestros destinos: la lobreguez de la noche y la altura de las olas nos ocultaràn à la vista de los corsarios: quizá perecéremos: sin duda que corremos á la muerte: mas contra mil no tenemos sino esta suerte favorable. Lo quereis?

Pablo y Roberto abrazaron á Isidoro y en un instante fué lanzada la única chalupa que quedase de aquel desastre.

Pero antes de abandonar el buque, los tres intrépidos jóvenes resolvieron no dejarlo à merced de los piratas. Mientras que Pablo y Roberto sujetaban la lancha con un cabo, Isidoro baja al entre-puente, y cogiendo la mecha que encendiera, la aprocsimò à un barril de pòlvora, de manera que la llama no atravesase el salitre, sino al cabo de algunos minutos, y volviendo á presentarse con el terror y

el espanto retratados en su semblante.

—Marchémos! huyamos pronto! gritò Isidoro, el navìo vá á saltar en mil pedazos!

A tan terrible como espantoso aviso, Pablo y Roberto se arrojan á la chalupa: el cabo que ellos sujetaron, no estaba bien amarrado: la ola arrastra tras sì, la fràgil embarcacion; todo desaparece ante Isidoro; no oyéra sino un gemido que le partía el corazon, y á la luz de un relàmpago no apercibiera sino en la cima de una ola, la lancha, su única esperanza llevando consigo sus amigos que le tienden los brazos; y al propio tiempo los corsarios quienes, no oyendo la esplosion que esperaban, se vuelven à vela tendida.

¿Qué hará? Los dos piratas embisten contra él como si fueran buitres; el navío sobre el cual permaneciera abandonado, se harà mil pedazos: por todas partes la muerte, y una muerte rodeada de horrores inauditos! Un pensamiento, una esperanza, una sombra de salvacion se ofrece todavìa à su alma intrépida. Despojase ràpidamente de sus vestidos para quedarse enteramente desnudo: llama en su aucsilio todas sus fuerzas: fuèrale preciso invocar toda su agilidad. Los corsarios estàn allì fijos, inmutables, ya se aprocsiman como la tempestad: oye bajo sus piès el ruido precur-

sor de la inflamacion de la pòlvora: ante su vista tiene las olas que se abalanzan ; ábrese el abismo.... precipìtase en él, y su cuerpo desaparece confundido con la plateada espuma de las sombrìas olas que lo arrastran tras sì.

En el mismo instante aparece todo inflamado; resuena el aire con disonante ruido, brillaba el mar meciendo oleadas de fuego: los dos corsarios elevados sobre las ondas, hàllanse cubiertos de reliquias destrozadas, y de humeantes cenizas ; de lejos apercìbense los ecos de las mujientes rocas: y todo pareciera quedar envuelto en profunda y tenebrosa noche y en el silencio de la muerte.

Dos horas despues cesò la tempestad: los vientos se apaciguaron: el mar no estaba tan agitado: el cielo, de un azul subido ostentaba el resplandor y brillantez de los astros, y la naturaleza que, poco há, apareciera dispuesta á aniquilarse, ofrecia ahora el imponente espectáculo de una noche tranquila y serena.

¿Pero en que habian venido á parar los infelices nàufragos?

11.

¿Quién há previsto jamás el instante en qué su corazon se estremeciera de amor?

Entre las fecundas y risueñas islas que forman el Archipiélago, descuella por medio de las olas, y asoma por decirlo así, sobre la dilatada y moviente estension del mar, una multitud de rocas que se aparecen á la vista de los navegantes bajo mil formas variadas y amenudo bizarras; y que, no ofreciendo por todos lados sino terribles y peligrosos escollos como áridas piedras, lejos de atraer, ahuyentan las embarcaciones.

Infinito número de semejantes rocas à flor de agua se han mantenido siempre inhabitadas aun en los tiempos mas célebres de la antigüedad: porque su poca estension, su pequeña circunsferencia, su escarpado y prodigioso repecho, no podian ofrecer á los hombres, ninguna facilidad, ninguna conveniencia, ningun recurso, ni para el comercio, ni para la agricultura, ni para la ecsistencia, cualesquiera que fuese el ramo de industria à que quisieran dedicarse.

Sin embargo, entre aquellas puntas amenazantes y solitarias, abandonadas en todos tiempos, ecsisten algunas que, en la especie de embudo que forman las peñas que se estienden al rededor como agujas, ocultan y encierran en su seno, deliciosos bosquecillos donde jamàs penetrára la mano del hombre para violentar la naturaleza, y donde nunca su curiosa mirada investigàra sus secretos: tan silenciosas como solitarias, han permanecido siempre aquellos salvages retretes quizá desde la creacion del mundo: en ellos nunca sorprendiera el amor sino los suspiros de las tórtolas; y el bramar de las olas fuera la sola voz que hubieran repetido sus ecos solitarios.

La Aurora estendia sus rayos de pùrpura sobre aquellas rocas desconocidas, sobre aque-

llos bosquecillos ignorados, con tal profusion y liberalidad, como se aparecieron prodigados sobre las cúpulas doradas de las mezquitas de Constantinopla. Una brisa suave, apenas agitàra el follage de los mirtos, y las aves de mar que vienen á ocultar sus nidos en las cavernas salvages, saludaban con sus festivos clamoreos, la venida del dia y del buen tiempo: cuando de aquel centro cóncavo, profundo y siempre enverdecido, de una de las rocas que jamás fueron habitadas saliera de repente una jòven que, trepara por las peñas con la agilidad de una gazela; en un momento viérase llegar á la punta mas elevada de la roca, quedarse inmóvil, apoyàndose con una mano sobre su arco, y con la otra balanceando una flecha, dirijir al propio tiempo una mirada hácia las olas que la rodeaban con un inmenso círculo, para perderse despues en la estremidad del horizonte.

¿Quien era, sobre aquella roca desierta, semejante vírgen, jòven y salvage? Lector, no puedo decírtelo, al menos por ahora: pues lo ignoro, y aun no sé, si conseguiré pintártela, siendo á la vez, tan singular, tan rara y tan bonita.

Su talle, sin ser demasiado elevado, era suelto y ligero: tan elegante y gracioso, que

su pecho, cuello, espaldas y brazos estaban redondeados con la pureza de los contornos de Niobe: el resto de sus formas parecian modelados por la voluptuosidad en union de la fuerza y agilidad que manifestáran. Su rostro era encantador, pues à la elegancia y delicadeza de sus divinas facciones, añadiera las gracias risueñas de la niñez poseyendo su colorido, su frescura y sus atractivos. Sus ojos fueran negros y rasgados, boca encarnada y pequeña, su frente blanca como el esmalte, y el cabello castaño-oscuro al que nada sejetaba, cayera en ondeantes rizos sobre sus hombros, agitáralos la suave brisa de la mañana, voltejeando en rededor de su talle.

Mas si la belleza de esta jòven tenia algo de sobrenatural, y si, su ecsistencia sobre una peña desierta parecia incompresible, el modo con que hallárase vestida no era menos raro y caprichoso. Por todo ropage, llevaba una túnica á la griega de un tegido de lana muy fino, muy hermoso, y de un color azul subido y muy despejado, empero desprovista de los demàs adornos de su secso, apenas ocultára la forma de su cuerpo, y jamás hubiera podido tranquilizar su pudor, si la soledad que la rodeaba no preservase sus nacientes atractivos. Su griega, atada á sus

hombros por dos broches de oro, dejaban enteramente desnudos sus dos brazos; una esterilla de oro y seda, guarnecida de borlas iguales, sirvièrale de cinturon, sujetando el vestido al rededor de su talle, el resto de su ondeante ropage, apenas rozaba su pecho y espaldas; y la estremidad de esta ligera vestidura, no alcanzaba sino hasta la mitad de sus piernas, tan blancas como el mármol, y parecian que acababan de salir de las manos de un hábil estatuario. Una cadena de bronce, primorosamente trabajada, suspendia, colgado á sus espaldas, un carcax lleno de flechas; y el arco que llevára, balanceàndolo con la gracia y fuerza de Diana, estaba hecho con una sola ballena. Tal era, pues, la jóven salvage que se apareció sobre la roca en el momento de rayar el dia, despues de la horrorosa tempestad, y el desastre acaecido á los jóvenes guerreros.

Despues que por algunos cortos instantes hubo tendido la vista, sobre el inmenso Océano, la jóven habitante de la roca se arrodilló, elevando sus ojos al cielo; y durante la plegaria, sus mejillas tan frescas como el primer albor, se cubrieron de lágrimas: levantòse en seguida, enjugó su rostro con la trenza de sus cabellos, y saltando ligeramente de peñasco

en peñasco, bajó á imitacion del vuelo de un ave hasta la orilla del mar, sobre los escollos á flor de agua, y allí, despues de haber considerado un momento las espumosas y argentadas olas que venian á estrellarse y morir à sus piès, puso su arco y carcax sobre un peñasco, desatò el cinturon que oprimia su talle; apenas tocàra los broches que sugetaban su griega encima de los hombros, cayó, y la linda salvage, jóven y fresca como la Aurora, blanca como un cisne, se precipitò en las ondas trasparentes; y, durante una hora, tan pronto como Amphitrita, jugaba entre el tumulto de las olas, tan pronto como Vénus, dejárase arrastrar por las ondas.

Entre tanto, el sol aprocsimábase al horizonte, el dia apareciera resplandeciente, y el calor era estremado. La vìrgen de la roca salvage, saliò del baño, y su tocador fuera tan sencillo como sus adornos. Torció su larga cabellera para esprimir el agua, y el dulce y caloroso ambiente, unido á la brisa matutinal, emjugó su cuerpo, antes refrescado, por la onda saludable; volvió á atar su griega, enganchò los broches de su cinturon, colocó su cadena de bronce sobre sus hombros de marfil, cogió su arco, y, guareciéndose de los rayos del sol á la sombra de los salientes

ángulos de las peñas, se encaminó por una senda escarpada que daba vuelta hàcia el poniente y conducia á un sotillo ó floresta impenetrable, circunvalada por varias rocas.

Viva, alegre y festiva como una criatura inocente y libre, la linda salvage, al par que anduviera se divertia en disparar algunas saetas que en seguida recogia, porque su arco y flechas, fueran los objetos mas preciosos que poseyera en su soledad. Casi llegaba ya á la estremidad del gran peñasco que era preciso rodear para entrar en el bosquecillo de mirtos y olivos, su única morada, cuando clara y distintamente percibe un agudo grito, viendo al propio tiempo un pàjaro, de un tamaño que la sorprende y asusta, arrojarse con impetuosidad desde la elevada nube como si quisiera dejarse caer sobre aquella playa, y quizà precipitarse sobre ella.

La jóvon perdió el color; jamás hubiera visto monstruo semejante; empero sus bellos ojos no se turban, posee un corazon intrèpido. Apodérase de una flecha acerada, tiende su arco, y el dardo partió; el pájaro siente la herida en el momento en que iba á dejarse caer; arroja un espantoso gemido, vuelve á remontarse y se dirige hàcia el mar con alas tendidas: mas lleva clavada en su corazon la

señal de su derrota y precursora de la muerte. La bella vírgen del peñasco, permanece inmòvil y agitada ; sus ojos negros y rasgados no se apartan de la direccion que lleva el monstruo, que muy pronto cae, forcejea y desaparece de un todo bajo las olas. Entonces creyérase libre de eminente riesgo, y orgullosa con su victoria, se colorean sus mejillas, apareciendo mas embellecidas con la sonrisa del triunfo.

Fuera un buitre negro aquel, à quien su delicada mano y brazo regordete, acaba de inmolar, con tanta destreza y valor, como pudiera mostrar el cazador mas intrépido: pero muy lejos estaba de sospechar la encantadora vìrgen, la causa que atragera al ave feroz sobre aquellas orillas, sediento de sangre y mortandad; creia solamente haber libertado su vida, y nunca imaginára que su victoria fuese el preludio de una aventura mas estraña.

Inquieta, atenta, se adelanta lentamente y con precaucion ; hállase por fin, en la estremidad de la escarpada roca, la rodea, y encuéntrase en la orilla de la pequeña bahía cuya playa declinanda rápidamente está sembrada de una arena muy fina. La marea subia, llega la ola hasta sus piés, moja sus piernas y la punta de sus vestidos ; mas no

fuera aquello lo que la inquietaba; conmovida y aun temerosa, estiende sus miradas hácia las cimas de los peñascos, y su mano sostiene una flecha que se halla pronta á lanzar.

Mas en tanto que ella se mantiene en la defensiva, la ola que ha retrocedido sobre sí misma, retírase bramando, descubre repentinamente y deja sobre la playa, á dos pasos de distancia de la jóven, un objeto cuya blancura atrae sus miradas y la hace estremecer: retrocede, tiende su arco, observa para apuntar el dardo, y quédase petrificada de espanto, de sorpresa, de horror.... Era el cuerpo de un hombre que las olas hubieran conducido y depositado sobre la arena.

El primer ímpetu que acometiera á la ninfa de la roca salvage, fuera el de la huida; y su primer pensamiento de ir á ocultarse en el fondo del bosquecillo: pero una nueva idea le contuvo súbitamente, oprimió su corazon que sentia desfallecer y la hizo temblar.... ¿Si este desgraciado no estuviese muerto? ¿Si no fuera mas que un desmayo? ¿Si consiguiese salvarlo?... A esta idea tan sencilla como natural, se le agregaba otra no menos confusa contribuyendo poderosamente á hacerla estremecer. Encontrábase sola, abandonada, y puede que perdida para siempre. Ah! si fuese á

encontrar un amigo, un compañero, un libertador?... Y si no era mas que un cadáver?... Temblando vuelve la cabeza, y apenas adelanta algunos pasos: empero la pendiente de la orilla, le ocultaba ya el cuerpo del que, apenas distinguiera sino la estremidad de la cabeza cuya cabellera fuera rubia y rizada. Volverà?... nó; no se atreveria siquiera à intentarlo: pero à su lado se halla esparcido un enorme fragmento de roca, y con aucsilio de sus manos se encarama sobre la peña, y desde allí, sus miradas despavoridas encuentran, observan, fijan y contemplan el objeto que ocasiona su terror, y motiva su piedad.

El cuerpo, depositado en la orilla por las olas, era el de un hombre con todo el esplendor de su belleza, y fuerza de la juventud; estaba tendido boca arriba inmòvil y helado como la muerte: empero el sol que flechára sobre él sus rayos, hacia resaltar la blancura de su tez, tan resplandeciente como la de un màrmol puro, en tanto que la gracia y elegancia de sus formas, alejando del pensamiento cualquier espantosa idea, no ofreciera à la vista sino la imágen de una estàtua perfecta, arrancada de su pedestal.

No menos inmóvil que èl, la jóven vìrgen, apoyada sobre su arco, el cuerpo in-

clinado, y hallándose pronta à huir ecsaminaba aquel hermoso jòven. El miedo la hiciera perder el color; pero dos nacientes globos que principiaban á redondearse se agitaban violentamente: el pànico terror que estremeciera sus miembros no era bastante poderoso para distraer sus miradas; y la incomprensible turbacion que retenia sus movimientos no impidieran los agitados latidos de su corazon.

—Oh! si viviera!... si viviera!... decíase con tanto temor como esperanza.

Para adivinarlo, sus ojos no se apartaban del cuerpo que yacia tendido sobre la playa; espiaba su primer movimiento; pero permanecia inmóvil: si hubiese dado la menor señal de ecsistencia, aquella hermosa criatura, fuera á esconderse en el rincon mas oculto de su pequeño desierto.

¿Qué hará sin embargo, si estuviese muerto? Oh! y de que modo acercarse à èl? Con semejante idea ¿qué doncella no se hubiera estremecido de horror? Encontrarse sola con un cadáver!... si vive!... si respira!... si pudiese salvarlo!... pronta està para huir.... pero.... pero está desnudo, lo que se llama encueros.... Su corazon late tan fuertemente que no se atreve à moverse; una fuerza invisible, cruel,

inesplicable la detiene á su pesar, turba su vista, la estremece, la hace llorar y ponerse colorada.

Tales emociones de temor, piedad, y pudor, eran rápidas como el rayo; en tanto que ellas se succedian en su corazon con mas los nos en medio de una tempestad, la ola que no habia tenido sino el tiempo de retirarse, apareciò de nuevo bramando com fuerza: va á apoderarse del cuerpo del jóven, arrastrarlo consigo y sumerjirlo quizá para siempre en el fondo del mar. En el mismo instante, sea que el viento hubiese agitado su cabellera, sea que la arena movediza, hubiese descompuesto su cabeza, sea en fin que la jóven doncella se engañase por su propia agitacion, su atento mirar ha sorprendido un movimiento: al menos así lo cree....

—Vive!... va á perecer!

La ola aterradora, llega ya hasta sus rodillas! La hija de la roca, arroja su arco, no se detiene, vuela, llega, toma en sus brazos aquel cuerpo que antes no osàra mirar sino temblando; valerosa, intrépida, se lo disputa à las olas que los cubren á los dos; ella lo acarrea con toda su fuerza y ligereza, trépa por la orilla, sale con su carga de la onda espumosa, lo arrastra, sin detenerse, sin respi-

rar hasta el ángulo de una peña cercana, en un sitio cubierto de musgo, al abrigo del sol, y allì, no pudiendo resistir mas, rendida de cansancio, de terror y de alegrìa, coloca, ó por mejor decir, deja caer el cuerpo del jòven sobre un lecho de yerba, y casi desfallecida, cae ella misma á su lado, la cabeza contra su pecho, y tapándolo casi todo entero con sus babellos.

Así que su agitacion se hubo calmado algun tanto, cuando pudo respirar con mayor libertad y enderezar su cabeza, la primera idea que ocurriò á la hermosa doncella, fuera de asegurarse si aquel á quien acababa de salvar, respiraba todavìa, y su primer movimiento se dirigió à colocar sus dos manos sobre el pecho de aquel desgraciado, para espiar los latidos de su corazon. Semejante ocupacion absorvia todos sus sentidos. El cuerpo que palpaba era tan hermoso, que el terror que antes la poseia, hubiera ya enteramente mudado de carácter: su turbacion habia desaparecido entonces, porque como se hallaba casi recostada sobre él, no reparaba en su total desnudez, y apenas se acordaba de esta circunstancia en momento tan terrible.

Pasados algunos minutos, durante los cuales ella misma procuraba contener su res-

piracion, para que no se le escapase el menor movimiento, sintió un pequeño latido, y repentinamente, por un movimiento espontàneo, irreflecsivo, involuntario, que partìa de lo ìntimo de su alma, ecsalò un suspiro de alegría, imprimiendo sus lábios en aquel seno que habia oido latir. No era asolutamente otra cosa, sino la espresion de su alegría: pero lector, imaginate à que grado debia subir aquella alegría, en una criatura abandonada de la naturaleza entera, sola, siempre sola, y que de pronto acaba de encontrar un ser jòven, hermoso con la luz del dia, un ser con quien pudiese hablar.

Muy amenudo repetia sus esperimentos: ya no hay duda!... aunque lentos y débiles, los latidos se succedian con frecuencia: sus ojos se empaparon de lágrimas. Impaciente por asegurar su dicha, aprocsimò el dorso de sus manos á la boca del mancebo, para sorprender su aliento: al hacer aquella nueva prueba, fuèrale preciso ecsaminar atentamente su rostro: se le figuraba que todavìa tuviera miedo; empero aquel semblante era tan bello, tan noble, tan seductor, á pesar de su palidez, que fuera bastante poderoso à desterrar de una vez el espanto que le quedaba, y que sin saberlo, sin pensar siquiera en ello, observó

con admiracion las facciones del jóven nàufrago, que no obstante su mortal palidez, le pareció tan hermoso y noble como un guerrero espartano, y tan blanco como una vìrgen de Athenas.

Sin embargo, aun no sentia el menor aliento sobre la palma de sus manos; perdiera el color mas no ya de miedo: acercò su mejilla á los descoloridos lábios del mancebo, tocándolos ligeramente como para aprocsimarse mas; muy bien se apercibia que estaban frias, mas no heladas por la muerte: finalmente se estremeciò, temblò de alegría al esperimentar sobre su mejilla el fugitivo contacto de un aliento apenas perceptible....

—Vive! vive! esclamó en griego, encontré por fin un hermano! que me salve!

Y repentinamente, en tanto que sus ojos derramaban copioso y tierno llanto, se arrodilló elevando al cielo sus miradas.

—Dios mio! Dios mio! Salvad á mi hermano!

Fuera preciso socorrerlo, y socorrerlo muy pronto. Pero ¿cómo? ¿Qué debia hacer? Para colmo de su desdicha nada sabia, y nada poseía en este mundo. Se estremeció y toda llorosa, limpiaba con sus cabellos el rostro del jòven mancebo, diciéndole en griego:

—Despiértate! Despiértate! hermano mio!

Intentó de reanimarlo, apoyando su seno contra su pecho, introduciéndole el aliento en su boca, en efecto, sintió à pocos momentos que su calòrico producia buenos resultados, y cobrò doble valor. Ah! acuèrdase de improviso, que el sol lo calentará mas aprisa todavía.

Os acordareis lector que al salir de las olas lo habia conducido á la sombra. Al momento se levantò para arrastrar aquel desfallecido cuerpo hácia la playa, donde el astro luminoso y vivificador lo heriria con sus rayos.

Empero como describir ahora la estraña y terrible situacion en la que de repente se hallàra la bella salvage? Hasta entonces, reclinada sobre el cuerpo del náufrago, su ropage, sus cabellos y aun su misma posicion lo habian ocultado casi enteramente à su vista, y sus miradas del mismo modo que sus manos, atentas, en medio de indecible turbacion, á espiar incesantemente, ya sea los latidos de su corazon, ya el aliento de su boca, tenian su alma absorta, todas sus ideas suspendidas: finalmente poseida del terror, entregada del todo á la esperanza, á la piedad, abandonada á rápidos combates de horrorosa incertidumbre; la jóven doncella de la roca,

olvidada totalmente que aquel cuerpo cuya cabeza sostenia, y abrigaba en su seno, desprovisto de todo género de vestido, estaba tan desnudo como el amor. Al levantarse lo vió....

El color de la grana sonroseó sus mejillas, ocultándose el rostro con sus manos: parecíale que velo ardiente cubria su cabeza, y permaneciera en pié, los ojos cerrados, inmóvil, y no sabiendo ya que hacer.

¿Huirà?... huir! cielos!... moriria si lo abandonasen! ¿Volverá todavia à lanzarle alguna mirada? ¿Se atreverá aun á tocarlo, à suspenderlo entre sus brazos?... Oh no!... ¿Què le sucederia si abriese sus ojos? Pero, gran Dios! que le sucederia tambien en caso de intentar la fuga? Encarnada como el carmin, agitada y con el corazon conmovido, entreabre un poquito sus dedos, arriesgando una media mirada.... Ah! eterno Dios! el gallardo mancebo, desnudo como los dioses mitològicos, estaba apoyado en una de sus manos, los ojos abiertos, y aquellos ojos la miraban.

¿Os acordais de haber visto alguna vez, la gazela, el venado, el gamo, el ciervo silvestre, arrojarse de un solo brinco á lo mas elevado de las peñas, desapareciendo en seguida en el fondo de un precipicio? Del mismo modo partió y desapareciò la hermosa cria-

tura de la roca salvage. Antes de tomar aliento, ya se hallára en lo mas oculto del solitario bosquecillo.

12.

La imaginacion es una hechicera; preciso le son crear maravillas; inventar prodigios; ecsigir milagros; y despues.... despues, el corazon se complace en creer semejantes sueños!..

Hector, apuesto à que principias á prestarme alguna atencion, y que sì, á pesar de mi deseo y mi impaciencia, por lo menos igual à la tuya, aun no he podido adivinar y decirte quien sea la bella y animosa hija de la desierta roca, consiste en que el estraño misterio que la rodea como un ser ideal y casi divino, es tan impenetrable à mi vista como á la tuya.

Mas en semejante secreto, no se halla envuelto el gallardo jóven que la seductora doncella, no se atreviera ya á mirar; porque en el momento en que la espumosa ola arrojó su cuerpo en la orilla ciertamente, los dos hemos abrigado el mismo pensamiento, las mismas sospechas; dijímos: es Isidoro.

Sì, era el mas jòven, el mas amable, el mas intrépido de los tres caballeros de la libertad: era el valiente aturdido salvado por el filósofo Ohwart, bajo los vestidos y el velo de una señorita inglesa.

Luego ya sabeis como este valeroso adolescente; pues apenas contaba diez y nueve primaveras, viendo acudir à los piratas, á las olas arrastrar la frágil embarcacion conductora de sus dos amigos, y conociendo que el buque ardía bajo sus piès, se despojó de sus vestidos para arrojarse al mar. Las olas lo pusieron á cubierto de la espantosa esplosion del navìo, cuyos inmensos despojos arrojados por el aire, en medio de torbellinos de fuego, podian muy bien aplastarlo al caer por todos lados: empero aquellos inflamados despojos en lugar de causarle su muerte, contribuyeron, por el contrario, á salvarlo.

El desgraciado jóven luchaba entre las encrespadas olas con tanto vigor y agilidad, co-

mo intrepidez y valor. Pero á cada instante revolviéndose sobre sí mismas como inmensas cataràtas, le sumergian en los negros abismos: estos multiplicados combates debian terminar con la muerte, cuando al resplandor de un relámpago y en el momento en que una enorme oleada lo suspendia bramando, distinguió en medio de la borbotante espuma, un fragmento del navío, arrojado por la esplosion. La misma ola que lo suspendia, conduciera tambien aquel despojo: viera entoces el jóven su salvacion si podia asegurarse de la tabla, y su inevitable ruina si la dejaba escapar. Felizmente, en esta ocasion que decidia de su suerte, el rayo surcaba por todas partes del firmamento, redoblándose los relámpagos y el mar aparecia como un combustible inflamado: aprestase á seguir aquellos humeantes despojos con la impetuosidad de la desesperacion; los toca, los agarra y se abraza de ellos con todas sus fuerzas, en el instante en que la onda se precipitaba en el abismo: dejòse conducir por ella á las tinieblas, mas pocos momentos despues, volvió á aparecer sin ningun esfurzo, recostado sobre el tablon al que fuertemente se mantenia asido; y un rayo de esperanza y alegrìa penetró en su corazon.

Con un brazo sujetaba el fragmento; con el otro, limitando todos sus esfuerzos á mantenerse encima de la plancha, se dejó arrastrar á merced de las olas, esperando, y no sin fundamento, que en medio de tanta multitud de islas y peñascos dispersos, el viento lo empujaría naturalmente hácia alguna orilla cercana.

Sin embargo, la noche era lóbrega, las olas monstruosas, el viento helado, y la lluvia y granizo caian à torrentes. Casi inmòvil sobre los despojos del navìo, Isidoro sintiera ya sus miembros entorpecidos; el frio le penetraba hasta su corazon, haciendo temblar todo su cuerpo. En vano agitára alternativamente sus brazos para atraer el calor con un contínuo movimiento, pues se encontraba yerto y pasmado, y sin el horror de su situacion, el temor que sostenia su valor, y el aspecto de la muerte, que lo hacia permanecer, digámoslo asì, suspendido sobre el abismo, puede que hubiera perdido la fuerza de conservar el equilibrio, sobre su frágil apoyo.

Así fuè como esperimentó durante tres horas, el furor de la tempestad. Al fin cesaron la lluvia y el granizo, el viento se aplacó; poco á poco las olas eran menos encrespadas; pero el frio que habia helado su cuerpo

no podia disiparse en medio de la noche y entre las olas; y mientras mas se prolongaba su horrorosa situacion, mayor fuera el espanto que se apoderára de su alma. Esperaba la venida del dia como su única esperanza; cada instante le parecia un siglo, y calculando el tiempo transcurrido por la duracion de su suplicio, creia que la naturaleza hubiera alterado sus leyes, y que aquella espantosa noche, se prolongaba prodigiosamente.

Por último, el cielo apareciò de un azul pálido, despejòse el horizonte, la Aurora se coloreò de púrpura, y á pesar del horroroso frio que envaraba todos sus miembros, la esperanza y el valor entraron todavía de nuevo en el corazon de Isidoro. El cielo estaba despejado, el sol radiante de esplendor; un calor benèfico embalsamaba la atmósfera, las mismas olas parecian resentirse de aquella dulce influencia, y los miembros del gallardo mancebo, reanimados con tan benéficos rayos, recibieran con el calor una nueva ecsistencia. Nuevamente pudo agitar sus brazos para dominar las olas; pudo enderezar su cabeza, para buscar sobre aquella inmensa superficie un punto cualquiera por mas imperceptible que fuese, una vela, un peñasco. Pero ah! durante una hora entera, no veia otra cosa

sino cielo y agua. Pero la brisa matutina y las olas mas apasiguadas, lo dirijian casi sin saberlo, hácia las rocas á flor de agua, que la mano caprichosa de la naturaleza ha sembrado sin órden y simetria entre la isla de Pathmos y la de Nicaria (1). De repente viera aparecer unos puntos brillando de mil colores sobre las olas. Fueran los escollos á flor de agua que el sol heria con sus oblicuos rayos, y á cuyos piés se bañára la jóven salvage, mientras que Isidoro estaba prócsimo à perecer. Enderezábase el mancebo para observar aquellas puntas resplandecientes que su ofuscada imaginacion le hace tomar por los mastiles de algun buque.

—Es una flota, esclamó, y su corazon late de alegría.

Redóbla sus esfuerzos; con piès y manos dirige la plancha que sostiene su vacilante cuerpo; acércase mas.... eran peñascos, una playa, una isla.... Ya se ha salvado!... Mas, ó fatal contratiempo! cruel destino! pérfida suerte! de improviso, arrastra la corriente aquella reliquia en direccion contraria: ya se ale-

---

[1] Llámanse á estos grupos de peñascos y escollos, las islas de las Hormigas. La mayor parte se hallan inhabitadas, y casi desconocidas.

jan las rocas pareciendo sumergirse en el abismo, y la fortuna inconstante, veleidosa, bàrbara no le señalára su salvacion y la vida, sino para hacerle mas espantosa y desesperada su ruina y su muerte.

El desafortunado mancebo, sintiera arrastrarse por las olas, rechazándolo en un mar anchuroso y profundo: hace esfuerzos prodigiosos para retener su frágil apoyo contra la impetuosa corriente. Todo fuera inútil: la plancha que hasta entonces le habia sido propicia, presenta al mar una superficie demasiado ancha; y lo que por tan largo tiempo le preservàra de una muerte inevitable, ahora ocasiona su ruina.

Bien lo vè, lo comprende y no vacila mas. Tan intrèpido como en el instante fatal en que puso fuego á la pòlvora, rechaza lejos de sì, la plancha que lo arrastra; el solo cortará la oleada: arròjase, nada y algo adelanta; bien pronto siente que la onda le resiste con menos vigor; bien pronto siente que en lugar de oponerle porfiada lucha, parece al contrario, ayudarlo y conducirlo hácia los peñascos: reanìmase su abatida esperanza: mas es preciso atravesar un largo espacio, y todas sus fuerzas se han aniquilado cuando quiso cortar la corriente fatal; sus miembros han

perdido la articulacion ; sus brazos y piernas no ciñen ya las olas ; no se abalanza , abandònale su respiracion , y adelanta ó atrasa , à merced de las olas: viera sin embargo muy de cerca la deseada orilla , toca cuasi sus arenas; un solo esfuerzo.... y lo hace , toma pié , corre , sale del agua en el momento en que , la ola se revolvia, y cae desmayado sobre la hùmeda y arenosa orilla.

Pero hacia ya algunos minutos que un ave de rapiña , un buitre carnìvoro , lo perseguia desde las encumbradas nubes dando gritos de ràbia , tomándolo por un cadáver que el mar arrojára à la playa ; abalánzase sobre él para devorarlo: en aquel momento la ola vuelve y lo oculta. El ave , furiosa , toma su vuelo, mas al distinguir su presa bajo la onda espumosa , se explana por el aire para dejarse caer de nuevo y devorarla. Entonces la flecha mortal , lanzada por la ninfa de la roca, hendiendo el aire , atravesò al monstruo , derribándolo moribundo en el mar ; y asi fuera como por dos veces , sustrajo de las garras de una muerte horrorosa , al jòven náufrago.

Gracias al valor de la desconocida doncella que lo arrebatára de la orilla al tiempo que la ola volviera á sumergirlo , Isidoro tragára apenas algunos buches de agua salada: mas

no fuera esta la causa de su desmayo. Debiera solamente atribuirse á su debilidad, à su estenuacion, à su cansancio, y al frio glacial de la noche y de las olas que habian aniquilado totalmente sus fuerzas. Recostado sobre el musgo, y en completo reposo, bien pronto la naturaleza le devolviera sus fuerzas; el seno de la jòven salvage que ella misma apoyára contra su pecho para reanimar su corazon recibia una impresion benéfica de dulce y suave calor, y su puro aliento derramàndolo sobre sus làblos, lo llamaba nuevamente á la vida. Abrió los ojos, se apoyò en uno de sus brazos.... mas entonces con su atractiva viveza, levantárase la tierna doncella.... su pudor ocultàra sus miradas bajo dos manos temblorosas.... Sin embargo.... sin embargo apartó un poco sus dedos.... y al entreabrirlos.... Isidoro la contemplaba de un modo.... No bien se apercibiera de ello, cuando la vírgen salvage partiò con tanta rapidez como la flecha que derribó al buitre.

Luego, al despertar de su profundo letargo, agitado todavía su espìritu por el horroroso movimiento de las olas y el bramido de la tempestad; con sus ideas fugitivas, inciertas, su vista turbada, y no distinguiendo los objetos sino al través de espesa neblina,

teniendo ante sí, pero como envuelta en una nube, una figura encantadora, pura, blanca, y medio cubierta con un velo azul de cielo salpicado de estrellitas de oro, creyera desde luego que se le aparecia un ángel; en seguida desvaneciéndose aquella vision celeste, se estregò los ojos, mirò á su al rededor, alzó la vista hácia las rocas, por el aire, y se convenciò que habia soñado, que era el juguete de una ilusion causada por su debilidad, su desmayo y el desórden de sus ideas.

Pasados algunos minutos de una especie de atolondramiento de cabeza, probó á levantarse, y su sorpresa igualó à su alegrìa, al encontrarse con todo su vigor y fuerza. Pero se hallaba à doscientos pasos del mar, cuyas olas distinguia perfectamente oyéndolas bramar: encontrárase al pié de un peñasco sobre un sitio elevado, cuya sombra lo resguardaba de los rayos del sol, cubierto de una capa de musgo sobre la que blandamente se recostára.... Còmo habia llegado hasta allì? Muy bien se acordàra de haber alcanzado por un último esfuerzo la arenosa playa; empero allí, todo habia desaparecido á su vista; la ola que lo perseguia lo habia sumergido, y creyò efectivamente perecer. ¿Còmo pues, se encontràra tan lejos de la orilla, supuesto que hubiérase

desfallecido sobre la arena? y còmo habia llegado hasta allì, puesto que perdiera el conocimiento, aun antes de hallarse totalmente fuera del alcance de las olas?

Cada vez mas admirado de semejante prodigio, y tratando de recordar sus menores acciones, buscaba en su imaginacion alguna señal fugitiva de las vagas impresiones que tanto lo habian conmovido: se afirmaba en el pasado contacto de alguna cosa: se sintiera penetrado del benéfico calor que lo habia despertado: y aquellos débiles recuerdos que aun todavìa no acabáran de desengañarlo, guiàbanlo siempre ante la imágen vaporosa de un ser celeste, cuya ondeante cabellera se asemejaba en un todo á la de Iris, pero cuyas formas precisas y materiales se evadian á los esfuerzos de su memoria.

En su admiracion, su incertidumbre, y la turbacion que le resultára, echó maquinalmente la vista sobre la menuda yerba que aun no habia abandonado, y se estremeció viendo brillar á sus piés una borla de oro salpicada de ribetes de seda azul celeste. Apoderose de aquel objeto, lo ecsaminó y su corazon latía con mayor violencia que al acercarse el terrible combate que acababa de tener con los corsarios.

Sus sentidos no estaban ya ofuscados; no le quedára ningun gènero de duda sobre aquel hecho material; no se tratàra ya de una quimera, de fugitivo sueño; sí, aquel ser divino, encantador, halagüeño, que lo sumergiera en una especie de éstasis, este ser, fuera real y efectivo. ¿Seria èl quizá, quien lo arrebatàra á las olas? Seria él quien habia puesto la mano sobre su corazon, aquel que hubiera reanimado sus helados làbios? Mas supuesto que era tan generoso, tan compasivo, tan tierno y afectuoso; ¿por qué lo abandonàra en seguida? qué se habia hecho de él? donde se ocultaba? por qué habia huido? A qué secso pertenecia?... Dios mio! ¿á qué secso?...

Dirigièndose así mismo esta última pregunta, Isidoro, cuya vista la tenia inclinada para mirar la borla de oro, se apercibiò de su entera desnudez. Se puso tan colorado como una doncella, retiròse hácia el ángulo de la peña, y echó sobre toda la playa una mirada tan rápida como el latido de su corazon.

Parecióle totalmente aclararo el misterio: era una muger, una muger jòven, bella, vestida de azul y oro, como las ninfas de Citéra, quien lo habia socorrido, quien lo habia trasportado sobre el blando musgo, quien lo

hubiera reanimado quizá con el calor de su seno.... para alejarse en seguida.... Cielos! ¿no la volveré à ver mas?

Su imaginacion reune las facciones que mas impresion le han hecho: de nuevo halla la imàgen cuya rara belleza parecíale la creacion de un sueño; pero este ser encantador, aquella divina doncella, ¿era acaso un ángel, alguna ninfa? No viò muy bien sus facciones; mas cuàn ligero y esbelto fuera su talle! ¡que semejanza tan perfecta tuvieran sus brazos y piernas con la blancura del mármol!... y en que pais del mundo se han vestido jamás como la diosa Diana? Aquel adorno de oro y sederias, allì como en todas partes, ¿no anuncian un estado opulento? Luego, si es acaso la hija de algun prìncipe, ¿cómo se halla apenas vestida? y si la miseria la obliga à andar con los piès descalzos, à descuidar sus atractivos, esponiendo al viento su rizada cabellera, ¿como es que su único ropage fuera de azul y oro?

Cierto, que para un náufrago, que estaba desnudo en el rincon de una peña, Isidoro raciocinaba con mucha esactitud y precision; y tú mismo, lector, si por un momento gustas ponerte en su lugar, reflecsionarias del mismo modo, añadiendo quizá como él lo hizo, mirando con sorpresa la hermosa borla de oro:

—Mas sin embargo, y voto á brios! ¿à qué playa he abordado? Es este el pais de las visiones ó de alguna divinidad? ¿He sido, como Telémaco, arrojado por las olas à la isla de Calipso? ¿He visto acaso à Eucharis? ¿Es una de las hijas de Diana? O bien esta playa se halla habitada por ninfas, génios ò silfides?

Mientras que la imaginacion del mancebo, vivamente escitada, se esforzaba de aquella manera, su juventud y robustez, tornàra à egercer su imperio. Por espacio de algunas horas, sostuvo contra los corsarios argelinos un horroroso combate: luchára en seguida durante tres horas contra el furor de las olas, entre un tempestuoso huracan; despues, durante dos horas todavía, nadàra con todas sus fuerzas en un mar agitado, y para hacer frente à tantas fatigas, á tantos esfuerzos inauditos, no se habia alimentado sino con algunos buches de agua salada que de ningun modo lo hubieran restaurado. Luego, al volver enteramente à la vida, por el saludable efecto del reposo, la calma y la alegrìa de haberse salvado, juntamente con el calor del sol, Isidoro conociò bien pronto que no habia comido ni cenado desde la víspera, y que por consecuencia fuera indispensable que se desayunase: y no solo sintiera con todo el vigor

de su edad, el tormento del hambre, mas tambien era presa de la imperiosa y cruel necesidad de apagar una sed devoradora, que el agua del mar, no habia hecho mas que irritar.

¿Qué iba á hacer? Por un lado echaba de ver como cosa fácil, la posibilidad de encontrar algun socorro, puesto que un ser viviente, natural ó maravilloso, (esto hace muy poco al caso) lo habia ya protejido; por otro, parecia evidente que aquellas costas estaban habitadas, y la consecuencia fuera muy justa. No se trataba mas sino de internarse en la isla, en caso de que lo fuese, buscando en seguida alguna senda que el paso de los hombres ó de las ninfas hubiesen marcado.

Mas por otra parte, la completa desnudez en que se hallaba, lo sumerjia en un piélago de reflecsiones imposibles de esplicar; por que al fin dígase cuanto quiera, la juventud por mas bella y hermosa que sea, reune à estos atractivos la modestia y el pudor. La educacion influye mucho tambien en semejantes casos; è Isidoro poseia tanta delicadeza y decencia en sus costumbres, como valor y osadía abrigaba en su intrépido corazon: y como quiera que jamás se separase de su imaginacion la idea de que una doncella, fuese divina ò humana, lo habia socorrido, y que no

debia estar muy lejos de allì, esperimentaba una timidez y repugnacia bastante puesta en razon, al considerar que si la suerte queria que se encontrase con ella cara á cara, el decoro ecsige una pronta fuga, gracias al estado *demasiado natural* en que su adversa fortuna lo habia colocado.

Sin embargo, como dice el proverbio: *á buen hambre no hay pan duro*, procurò desde luego descubrir alguna cosa: para conseguirlo, dijo, subàmos primeramente á la cima de estas áridas rocas: desde allí, distinguirè sin duda, alguna cabaña, alguna casa, palacio ó templo: despues de cuanto me ha acontecido, nada espero hallar de seguro para mí. Desde luego, poco me importa que en este momento sean griegos ó turcos; si preciso fuere, me atarè algunas hojas silvestres á la cintura, yendo à pedir un albergue, pan y vestidos. Pero, pardiez! guardaré como un verdadero talisman, esta linda borla de oro, buscando por todas partes, así que me halle vestido, aquel ser divino, aquel ser celestial que me calentò en su seno, y que reconoceré á pesar de no haberla visto sino en sueños, por su bizarro trage, su hermosa cabellera, y quizá por alguna otra borla semejante á la que yo poseo. Y despues, quien sabe si por otra parte,

este ser, este ángel, este génio, esta hechicera doncella, no dejó espresamente esta prenda á mis piés?

Pronunciando estas palabras, subia tan agilmente por la roca como si fuera un indio salvage: era la mas alta de cuantas apercibia, terminándose por una pequeña plataforma, desde la que se dominaba un inmenso horizonte. Fuérale preciso diez minutos y una maña consumada para llegar hasta allí sin esponerse antes á romperse veinte veces la cabeza. Por último lo consiguió felizmente, y en ella, puesto en pié sobre aquella aguzada punta, entre la esperanza, la admiracion y el espanto, esparció sus miradas en rededor de aquellos sitios asombrosos.

Gran Dios! cual fué su sorpresa! Desde la roca sobre la cual parecia un ave aplanando su vuelo, ó mas bien, como Icaro pronto á lanzarse en los aires, en vano buscára la playa protectora en la que creia haber abordado. A su al rededor no viera sino una inmensidad de agua, salpicada acá y acullà, y masas de negruzcas peñas: bajo sus piés, un monton bizarro, caprichoso, irregular, diforme, erizado de puntas peligrosas que, saliendo de las aguas como espectros parecian amenazarlo. Semejante espectáculo estraño, inesperado, es-

pantoso, le causó tan profunda impresion, que su corazon se oprimió, y si no hubiese cerrado en aquel momento sus ojos, desde luego se hubiera precipitado involuntariamente en aquel abismo.

Al cabo de algunos minutos durante los cuales se mantuvo firme sobre sus piés, coordinò sus ideas, reanimò su valor abatido, abrió los ojos persuadido que se habia engañado, que aun permanecia bajo el fatal encanto de alguna ilusion, y que por último descubriria la estension de alguna tierra.... Pero no; era la espantosa verdad: por todas partes el anchuroso mar, y, en medio de este abismo que no ofrece límite alguno, solo peñascos agrupados desprovistos de toda base, desnudos, áridos, ardientes, y él, solo en medio de aquella inmensa soledad colocado sobre la cima de aquellas flechas de mármol, y suspendido, por decirlo así, entre las olas y el cielo.

El terror que se apoderó de Isidoro no tuvo límites: así debia ser. Calculó que semejante mansion no podia ser habitada por hombres; y lo que confirmaba aquella dolorosa idea, era que efectivamente, por ningun lado descubria, ni barquillas, ni vestigio de habitaciones, ni rastros de ecsistencia humana.

Qué vislumbre de esperanza podia conservar? Sintió amargamente no haber perecido bajo el acero de los argelinos, ó que durante la tempestad, las olas no lo hubieran sumerjido; finalmente su imaginacion se trastornó: esperimentando aquella especie de delirio que se apodera de un corazon á quien abandona toda esperanza, y que avasalla el dolor. Pero, ¡oh prodigio! en aquel mismo instante, un objeto relumbrante, de un rojo amoratado, y como salpicado de brillantes estrellas, atrajo sus miradas al piè de aquellos escollos. El mar parecia complacerse en arrojar sucesivamente aquel objeto al rededor de las rocas. Isidoro, desde la punta elevada en que se encontraba, no pudo reconocer ni adivinar lo que pudiera ser, sospechando, no sin secreto alborozo, algun nuevo prodigio, algun nuevo encanto.

En su espantosa situacion, conociendo que su vida debia depender de las mas pequeñas circunstancias, de los menores accidentes, no titubeó en bajar del puesto peligroso en que se hallaba, á las inabordables rocas à cuya base parecia fijarse aquel nuevo é indefinible objeto. Forzado por la desesperacion, y no temiendo esponer una vida tan frágil, resolvió alcanzar la base de aquellos escollos, aun-

que para ello debiese destrozar sus miembros contra las aguzadas puntas de las peñas.

—Vamos, decia, ánimo! la ninfa azul se me escapó de entre las manos; procurèmos apoderarnos de aquel objeto encarnado.

13.

Cuando todo se ha perdido, la casualidad nos queda por patrimonio, y la naturaleza viene en nuestra ayuda.

Cuando el alma se halla violentamente agitada, cuando las ideas se dirigen á un solo y esclusivo objeto, las necesidades mas urgentes, el dolor mismo, todo enmudece, y el hombre físico desaparece ante el ser moral. Isidoro no se acordò mas del hambre y de la sed, porque todos sus pensamientos no se apartaban del objeto encarnado.

Principió por volver sus pasos atràs, y no sin correr mil veces el riesgo de rodar de

arriba abajo por aquellas rocas, logró hallarse nuevamente en la playa circular en la que habia abordado. Allí, un nuevo indicio lo hizo estremecer; sobre la menuda arena de la ribera distinguió clara y perfectamente señalados una série de pasos que parecian conducir á una especie de bóveda ó caverna entre las rocas; pero estas señales estaban marcadas únicamente por la estremidad de los piés de la doncella al tomar prontamente la fuga, pareciendo indicar mas bien el tránsito de algun animal cuya planta fuese pequeña y redonda, que el de una criatura humana.

—Sin embargo, decia Isidoro, he visto una muger: esto es tan cierto, como real y efectiva mi asombrosa aventura, y tan cierto como el tener yo ahora una borla de oro en la mano: la veo, la toco, aquí no hay ilusion.... Sigamos un poco mas lejos.

Bien tenia marcado el sitio donde las olas mecian el encarnado y brillante objeto, cuya naturaleza le fuera importante conocer; pero aun le faltaba por saber si podria circular al rededor de las rocas que no ofrecian ninguna salida en lo interior, sumergiendo en el mar, mas de la mitad de sus enormes masas.

Era el sitio mas escarpado, el mas peligroso da los escollos: fuera menester reunir la

agilidad á la fuerza; y tanto una como otra á la intrepidez, para mantener el equilibrio sobre aquellas aguzadas puntas, y resbalarse por aquellas peñas casi perpendiculares, teniendo bajo sus piés una mar bravia, y sobre su cabeza un sol ardiente y abrasador. Pero iba en ello la vida; aun mas todavìa; tratàbase de escapar à una muerte cuya idea le hacia estremecer: en semejantes momentos, el valor y las fuerzas de un hombre son incalculables.

Isidoro abanzaba lentamente y con sumo trabajo. Sin embargo, en medio de esta marcha peligrosa; ofrécese de repente á su vista un manantial de agua pura y trasparente como el cristal, filtrando con suave murmullo entre dos masas de peñascos. Detúvose contemplàndole durante cortos momentos; precipitóse á él como un insensato y allì, puesto boca abajo, llorando de alegría, arrimò sus ardientes y secos làbios para apagar la sed devoradora que lo consumia: y nunca los vinos mas esquisitos, aun aquellos mismos de lord Ohwart, le parecieron tan deliciosos.

Desde lo alto de la roca, donde habia reconocido con tanto asombro su deplorable situacion, habia marcado bien el sitio donde se hallaba el objeto colorado y relumbrante

á cuya posesion se encaminaba presuroso. Juzgò, segun la disposicion en que se encontraban las puntas de los escollos, que debia hallarse muy pròcsimo; y como en aquel sitio, las peñas menos escarpadas descendian por escalones en el mar, Isidoro se adelantò sin gran trabajo, y esento de mayores peligros, hasta el bordo de las olas.

Apenas hubo bajado, cuando el desconocido objeto, sobre el que habia formado mil caprichosas conjeturas, se ofreciò á su vista cual en sì era. Su asombro creció de punto al reparar el cadáver de un hombre: era alto y bien formado: en lo intacto de sus ropas, en el color blanco de su rostro y manos, cualesquiera diria que acababa de ahogarse en aquel instante; hallàbase asì mismo cubierto de armas magnificas, y ricamente vestido al estilo de los árabes. Tal era el inesperado y estraño objeto que el jòven mancebo distinguiera de lejos, cuyos hombros cubiertos con una chaqueta de paño color grana, estaban atravesados por un tahalì guarnecido de piedras preciosas, y del que pendia una ancha cimitarra. Así que, heridos por los rayos del sol, tanto el color del paño, como el fuego que despedian los rubíes y el pulido acero, despedian en efecto un brillante resplandor.

Isidoro se lo aguardaba todo, escepto semejante encuentro: mirò mucho tiempo el cadáver, buscando el hilo á algunas conjeturas sobre tan estraño incidente, y queriendo absolutamente que en ello tuviese alguna relacion con el misterio de la ninfa fugitiva y la borla de oro. Pero todos sus pensamientos divagaban y ninguna idea se fijaba en un resultado que la buena lògica pudiese admitir.

Una idea luminosa viene de repente à herir su imaginacion. El se hallaba lo que se llama completamente desnudo: y el cadàver estaba soberbiamente vestido. Agárralo por una pierna arrastrándolo hàcia la roca. En cualquiera otra circunstancia, ni siquiera lo hubiera tocado; y en aquel lance no pudo verificarlo sin estremecerse; mas la imperiosa necesidad hizo enmudecer á su natural repugnancia.

Pero júzguese cual seria su sorpresa, cuando al dar vueltas y mas vueltas al cadàver, lo reconoció, por ser el gefe de uno de los corsarios argelinos, al que con su propia mano habia herido gravemente, y á quien Pablo y Roberto, precipitaron en seguida á las olas. Retrocedió horrorizado, oprimiósele el corazon, sus ojos se bañaron en làgrimas, al pensar que aquel facineroso era la causa del desastre so-

brevenido al buque, de la mortífera carniceria del pequeño, pero valeroso ejército, y, de lo que aun era mas insufrible y horroroso, de hallarse separado, quizá para siempre, de sus dos amigos, de sus dos hermanos.

—¡Bárbaro! esclamaba, arrancàndose los cabellos con desesperacion, tu feroz avaricia nos ha perdido á todos, porque mis hermanos no habrán podido resistir al furor de la tempestad, y en cuanto á mì, mi suerte es la de perecer en estas espantosas peñas. Y puesto que me veo forzado por el derecho cruel que dan el infortunio y la guerra, me arrojaré sobre tu cuerpo insensible y cogerè tus vestidos.

Este razonamiento no admitia replica alguna, y en su consecuencia se puso á desnudarlo prontamente, así que hubo concluido, pensó que valia mas devolver al mar al cadáver, sepultura ordinaria de los marinos, que dejarlo espuesto en la playa para que su cuerpo fuera presa de las aves de rapiña. Despues que hubo escurrido los vestidos, los puso á secar al sol estendiéndolos sobre las rocas, y al propio tiempo que limpiaba y admiraba la magnìfica cimitarra suspendida del tahalì de tafilete incrustado en perlas, rubís, esmeraldas y amatistas el gallardo jòven se puso à raciocinar de nuevo sobre aquel estraño en-

cuentro: mas por esta vez, nada viera en ello de maravilloso.

Sea de esto lo que fuere, vistióse con una interior alegría que le daba nuevas fuerzas, el pantalon á lo mameluco, blanco como la nieve; el chaleco verde bordado de trencillas de oro y alamares de seda; la chaquetilla morada, la faja encarnada y babuchas amarillas. Además de su ancha cimitarra que colgaba de aquel magnífico tahalí cuyo valor debia ser de un precio inmenso, armóse de los dos puñales cuyos mangos estaban resplandecientes de piedras preciosas; y bajo el trage de un jòven àrabe y la armadura de un tártaro, Isidoro aparecia ser á la par que un hombre hermoso, el mas lindo muchacho.

—Ahora, esclamó, penetrémos en lo interior de estas rocas; si encuentro algun monstruo, á bien que estoy armado, lo matarè y me lo comerè; si vuelvo á ver á mi bella jóven, mi ninfa azul, mi linda diosa, correré tras de ella, la atraparé y puede que no la asuste: si nada encuentro, si á nadie veo, si estoy solo y abandonado sobre estos tristes escollos; á bien que el mar me suministrará algunos mariscos, alguna planta silvestre que procuraré descubrir. Ya poseo un manantial de agua pura, todo esto me bastarà para vi-

vir algunos dias: enarbolarè en la punta mas alta de estas peñas una bandera en señal de pedir aucsilio y el primer buque que pase por estas aguas la distinguirá y me prestarà aucsilio.... Vamos, vamos, busquémos la linda jòven! porque al fin no hay duda que la he visto, sí, la he visto! y no era un sueño, era una realidad, puesto que conservo su borla de oro.

Por último, continuando su camino y al doblar la punta de una roca algo distante, descubre un bosquecillo encantador y risueño; atravièsalo y cual no fuè su admiracion al contemplar un reducido pero hermoso valle, donde á porfia crecian las uvas, datiles, aceitunas, higos y melocotones. Acosado por el hambre prepárase para saciar su apetito, y apenas hubo acabado de comer aquellas sabrosas y deliciosas frutas, cuando del centro de aquel espeso follage, una flecha parte, silva hendiendo los aires y viene à clavarse en su pecho, y lo hubiera atravesado, si la coraza cubierta de perlas y pedrerias no hubiese amortiguado el golpe fatal. La acerada punta del dardo quedò fija en el acero. Isidoro, mudo de sorpresa, dió un paso atrás, y en el mismo instante un grito plañitivo saliendo de un vallado prócsimo le dió à conocer que la

persona que le asestò el tiro, acababa de caer por tierra entre las espesas ramas. Precipitóse á su encuentro.

14.

Los efectos son estraños;
y la causa desconocida.

Isidoro estaba armado de valor; además se indignó que hubiesen tratado de asesinarlo, dàndole muerte alevosamente; y con sable y puñal en mano, internóse por el bosque á fin de descubrir al asesino, bien fuese mortal, génio, demonio, serpiente ò bestia feroz.

Entre la elevada yerba de que estaba rodeado distinguió un objeto de un azul celeste: se estremeciò y su sangre no circulaba ya por

sus venas; su corazon latía con violencia obligándole á permanecer inmóvil durante algun tiempo. Con temblorosa mano, no de miedo mas sì de alegría, pero con una emocion, un estremecimiento difícil de esplicar, puso de nuevo el puñal en su cintura, y envainó su cimitarra: despues antes de atreverse á hacer otro movimiento, esclamò:

—¿Sería ella? Sería mi jòven ninfa, mi hada, mi divinidad?

Y de repente, con la misma prontitud, se puso de rodillas, apartó la yerba, descubrió el objeto todo entero, y vió à la jòven salvage desmayada.

Ah! si pudiese hablarle! si pudiese entenderlo!... La mira.... cuan linda es!...

—Oh gran Dios! prorrumpe con toda la ecsaltacion de su carácter y de sus diez y nueve años, gran Dios! tomad mi vida ahora mismo, si este ser angelical no puedo nunca llamarlo mio!

Estas palabras las pronunció en alta voz: eran las primeras que se escapaban de sus lábios, y la bella salvage estaba entonces en sus brazos. Apenas las hubo pronunciado cuando la siente estremecerse: alza la cabeza, aparta sus cabellos, vuelve la cara hácia su lado: su rostro está inundado en llanto, pero radiante

de alegria , y sus espresivos ojos brillan de un gozo celestial.

—Oh! tu hablas francés! esclamò ella en este idioma y con el mas puro acento.

Isidoro quedó hecho una estátua y se hubiera caido cuan largo era si la bella y encantadora jóven no hubiese estado en sus brazos.

—¿Donde estoy? ¡oh cielos! ¿qué prodigio es este? esclamó à su vez sin responderla , y dejándose caer de rodillas ante su presencia, besó sus piés tan blancos como el alabastro y mirándola en seguida con un aire franético continuó: ¡Ah! no eres acaso una jóven doncella? Serias por ventura alguna hada? Oh! no me abandones , háblame , yo te lo suplico!

La jòven salvage se puso encarnada como la grana , y su loca alegría rompiò con toda la viveza infantil de la sencilla naturaleza.

—Escucha , escucha! esclamò brincando de impaciencia , y apoderándose de sus dos manos: yo soy griega , soy Theléna , me hallo sola , estoy aquì perdida , estraviada.... ¿y tú , tú quien eres?

—Theléna!... Theléna! repetía Isidoro con una especie de éstasis.

—Sì; sí.... pero tú?...

—Yo soy francés de nacion.

—Ah! tu eres mi hermano, mi amigo, mi libertador!

Arrojòse en sus brazos; no esperò sus caricias: sus làbios estrecháron los de Isidoro con el abandono y la viveza de la mas tierna inocencia: de repente agarrando con sus dos manos la chaquetilla árabe y sacudiéndola con todas sus fuerzas y con una cólera infantil, esclamò:

—Odiosos, aborrecidos vestidos, me han causado un miedo y espanto mortal.... pero eras tù.... te he reconocido.... Ah! cuanto he padecido!

Los sollozos oprimieron su pecho de tal modo, que Isidoro la acompañó en su llanto sin saber porqué; pero al ocultar sus lágrimas, aquella hechicera criatura ocultaba tambien su cabeza en el seno de su nuevo amigo, y él cubriendo de besos sus bellas manos, sus hermosos cabellos.... se complacia en prodigarle nuevas caricias prorrumpiendo en alta voz:

—¡Oh prodigio! ¡oh fortuna! ¡oh jóven encantadora! ¿quien eres pues?

Ciertamente, mi querido lector, que debes ser muy diestro si has podido comprender la menor cosa de cuanto acaba de pasar en las rocas y en el desconocido islote.

Luego habeis de saber que ahora ya esta-

ba convencido que aquella hechicera criatura era un ser viviente, sin mezcla alguna de mágia ó encanto, y no os diré por cuan feliz se tenia al considerar que la estrechaba en sus brazos, al propio tiempo que en un abrir y cerrar de ojos habia pasado de las agonías de la muerte á las mas dulces y gratas emociones.

Aquellos cuidados, aquellas tiernas caricias que constantemente le prodigaba y que ella recibia con todas las señales de una alegría tan viva como inocente, disiparon poco á poco la terrible emocion que la oprimìa. Por último se atreviò á decirle estas cuatro palabras entrecortadas por los sollozos:

—Oh! díme, dìme, ¿cual es tu nombre?

—Isidoro, le contestò el jòven, ¿lo olvidaràs alguna vez?

Ella meneò suavemente la cabeza, levantó las manos al cielo, apoderóse de su mano, la abrió cuan grande era, y con la punta de su lindo dedo, trazó una por una, todas las letras de su nombre.

—¿Está bien asì? añadió.

Isidoro quedò confundido: luego tambien escribia en el idioma francés?

Con aire sumiso, temeroso y bajando la cabeza, cogió suavemente una de sus manos, la besó con respeto, tocàndola apenas; en se-

guida la arrimó á su corazon y le dijo con tierno acento:

—Oh Theléna! no te enfades, no te vayas, no me causes mas temores: jamàs te ofenderé en lo mas mínimo, yo te lo juro! déjame solamente mirarte, seguirte, hablarte.... permíteme que te ame.

Temblaba como un azogado al pronunciar estas últimas palabras.

—He aquí, añadiò para sí, que acabo de cometer una gran imprudencia: eché á perder mis negocios, y esto acabará mal....

Su sorpresa igualò á su alegrìa; pues los hermosos ojos de Theléna se alzaron vivamente, sus risueños làbios desplegáronse como una rosa, y le dijo con tierna emocion algo sonrosada por el pudor:

—Tu me encuentras hermosa, y me amas: oh! te he entendido bien por esta vez: ¿no es cierto que asì lo has pronunciado?

—Sí, sì, te amo, te idolatro, te lo juro delante de Dios.

—Delante de Dios? replicò con solemne acento, y cruzando sus dos manos sobre el pecho: ¿tu me amas Isidoro? ¿con amor verdadero?

—Oh! sì, Theléna mia, sì, con un amor de fuego.

—¿Me quieres, pues, por esposa? añadiò tendiéndole los brazos.

Isidoro estaba ya postrado à sus plantas: la rodeaba con sus brazos, aun temblaba y no se atreviò á responderla; pero besaba su vestido y su mirar ardiente y apasionado esplicaba bastante su respuesta.

—Respònde, respòndeme, pues, esclamó la jòven viva é impaciente, teniendo alzadas sobre él sus dos manos, como si no se atreviese à tocarlo: ¿consientes en recibir por esposa á Theléna? no has dicho esto? ¿acaso no te he comprendido bien?

—Sì, sí, Thélena, te escojo para esposa mia, con tal que tu lo quieras; pero no te enfades.... no te vayas.

Arrojóse presurosa à su cuello y le contestò:

—Tómame; te entrego mi corazon y mi fé: es todo cuanto Dios me permite empeñar, Ahora, guàrdame, protéjeme como el único dueño de Theléna; asì que llegue mi padre, le confesaré nuestro recìproco amor, y consentirà en nuestra union.

—Tu padre?... tu padre? esclamò el jóven abriendo unos ojos tamaños.

En aquel mismo instante iba á dirijirle cuando menos mas de diez preguntas, pero ella se apresuró à decirle:

—Quien eres? de donde vienes? qué haces? amenazàndolo con una pronta huida y con no volver jamàs à hallarla, si al momento, lo primero de todo, no le referia cuanto deseaba saber.

El jóven y gallardo mancebo satisfizò su curiosidad, contàndole fielmente, punto por punto, y con la energía, el fuego, la ecsaltacion de su imaginacion, su noble y valeroso proyecto; todos los obstàculos que habia atropellado para cumplirlo: de qué modo la suerte adversa habia destruido sus mas caras esperanzas á la vista misma de la flota griega; y de què manera conducido en seguida de desgracia en desgracia, habia por ùltimo abordado á la peña desierta donde habia caido sin sentido.

Escuchàralo la doncella con un asombro, una emocion, un placer que se manifestaba ya en su sonrisa ya en sus movimientos de muda sorpresa, y ya en las làgrimas que corrian por sus mejillas. Viva, síncera, ingènua, se arrojó casi à su cuello cuando le dijo que venia á combatir por la libertad de sus hermanos; pero en el momento en que Isidoro, puesto en el navío pronto à sumerjirse, colocado entre la muerte y la esclavitud, intrépido como Juan Bart, arrimó la mecha à la pólvo-

ra precipitándose en seguida en las encrespadas olas, la encantadora criatura se trasformó súbitamente en candorosa y tierna amante: arrojó un grito agudo como si lo estuviera viendo perecer:

—Oh! nó, nó, esclamó, al fin no perecistes! te arranqué del poder de las olas, y te puse sobre la arenosa playa para calentarte contra mi corazon. Ah! cuando por último respirastes, cuan contenta estaba!... pero.... pero.... pero.... repitiò tres veces, ponièndose muy colorada, tu no estabas.... tu no tenias.... no te vì semejantes vestidos.

Isidoro acabó de esclarecer este misterio con tada la prudencia y reserva que imperiosamente ecsigia la inocencia de su candorosa amiga. Escuchó el fin de este relato con estremada turbacion, y no pudiendo impedir el ponerse muy sonrojada al contarle Isidoro el modo como la halló desmayada sobre la yerba, contemplándola durante mucho tiempo, no atreviéndose à creer fuese una sencilla muger:

—Pero què te habia hecho yo para que me lanzases una flecha, que á no ser por una gran casualidad, pudiera haberme causado instantánea muerte?

En lugar de contestarle la bella jóven se

estremeció: el carmin de sus mejillas palideció de nuevo, y arrojándose al seno de su amigo le dijo con una especie de espanto:

—Oh! no me guardes rencor.... ¿me castigarás por esto? ¿no me llamarás ya mas tu hermana, tu bien amada, tu esposa?

Bien se deja comprender la respuesta de Isidoro.

Oh amor! tu posees la gracia de los ángeles, la malicia de los monos y la fuerza de los leones; pero jamás has tenido la prudencia de las serpientes.

Isidoro aun no sabia una palabra de quien pudiera ser su bella salvage, y ya, sinceramente de buena fé, con todo el impetuoso ardor de su alma, le habia mil veces jurado de no tener jamás otra amante, otra esposa, y de morir mejor que renunciar, aunque le ofreciesen una corona, al amor que tan singular y prontamente habia abrasado su alma.

Ciertamente que hubiera sido mas prudente de su parte, y sobre todo mas metódico, antes de contraer un empeño irrivocable, de asegurarse primero si aquella encantadora criatura podia llegar à ser su esposa; aunque dejase de poseer al efecto todos los atractivos imaginables y la mejor voluntad; no es asì como debe entenderse; pero bien

pudieran sobrevenir en este himeneo ciertos obstáculos de distinta naturaleza, y finalmente que aquel padre desconocido le acomodaria quizá llegar á tiempo oportuno para impedir el logro de sus deseos.

Erase la mitad del dia; el sol reflejaba sus rayos sobre las rocas, y el calor era sofocante; pero en el sitio donde se hallaban sentados, reinaba una suave y fresca brisa, Isidoro, siempre un poco temeroso, atrajo dulcemente su bella salvage hácia este sitio perfumado; ella se colocó muy inmediata à su lado, y al notar que Isidoro la contemplaba estasiado, tomò un aspecto sério para dar principio á su relacion.

Ahora, volved la hoja, y mudemos de propósito.

15.

Si amais la gloria, vuestra alma debe ser generosa, manifestandoos sensible á los encantos del amor.

Antes de todo, mi querido lector, debeis saber que el príncipe legítimo de la sublime Puerta, á quien prodigan el fastuoso nombre de serenísima y clementísima alteza, consentia que en su augusto imperio se tratase á los infelices griegos, sus fieles vasallos, sobre los cuales reinaba, aun no hace tres años, por la gracia de Dios y la ley de Mahoma, del modo mas inhumano y despótico. Se les cortaba la cabeza.... no

todas las veces, pero bastante amenudo. Por ejemplo:

Cuando un griego tenia la desgracia de ser rico, y querian apoderarse de sus bienes; se le cortaban la cabeza, en nombre del gran señor.

Si tenia una esposa bella, se la pedian prestada por corto tiempo, y si trataba de rescatarla con polìtica, le cortaban la cabeza en nombre del gran señor.

Si poseia una hija, jòven, linda, dotada de gracias y atractivos que la hicieran mas interesante, la arrancaban de los brazos de su desconsolada madre entregàndola à los licenciosos deseos de un Agà ó de un Pachá; en seguida, cuando sus viles raptores habian ya marchitado sus tiernos y nacientes atractivos, se la devolvian.... deshonrada; y si su padre se deshacia en amargas quejas producidas por su justa desesperacion, le cortaban la cabeza en nombre del gran señor.

Dos ó tres veces al año, cada provincia mudaba de gobernador; cada uno de ellos la tomaba en arriendo pagando un cánon mas ó menos subido segun su riqueza, imponiendo á su vez tantas onerosas contribuciones cuantas le diera la gana, y escogiendo á su libre albedrìo, ya mugeres jóvenes y bellas, ya

viudas y doncellas. Tras él, sin escrúpulo de conciencia cojian sus desperdicios de capitan Pachá: eran sus inmediatos succesores, los criados del amo principal, y la canalla de lacayos, se disputaban el resto. Si acontecia manifestar el mas mìnimo gesto de desagrado por parte del paciente, le administraban una buena dósis de *bambú*; si murmuraban muy quedito, le cortaban la cabeza en nombre del gran señor, clementísima alteza; y tres meses despues, se principiaba la misma faena.

Cierto, que era aquel el pais de las gangas, un gobierno del todo paternal, la verdadera monarquìa segun la *gaceta*; en una palabra el poder absoluto y despòtico segun el bello ideal: en vista de esto, nuestros ministros de hogaño, son unos foribundos liberales.

Entre estos desgraciados, encorvados bajo el yugo mas duro y cruel, Palamos, descendiente de noble alcurnia, favorecido por los bienes de fortuna y dotado de una alma fiera, independiente y atrevida, fué uno de los primeros que sintieron interiormente y comunicaron à sus infelices compatriotas la necesidad, el deseo, la voluntad de emanciparse de aquella odiosa esclavitud, apoderándose por la fuerza y el valor que inspira la desesperacion

de los sagrados derechos que el hombre contrae al nacer, y de los que no se despoja sino por la mas crasa é ignominiosa ignorancia ò la corrupcion de sus vicios.

Desde la edad de veinte años concibiò tan grandioso y noble proyecto: sintió en su corazon el suficiente ánimo para emprender la grande obra de la libertad de su patria: para conseguirlo no le pareció lejana la época favorable; pues que la revolucion francesa contaimnando los espíritus sobre toda la superficie de la Europa, hacia estremecer à un pueblo que gemía en el polvo de las ruinas de su antiguo esplendor. Mas tambien comprendió que para dar cima à semejantes proyectos, la audacia de un soldado que desprecia cualquier peligro, no le es suficiente al gefe, y que fuera preciso unir á la intrepidez los talentos necesarios, al general que quiere conducir sus hermanos á la victoria, y no tan solo à una muerte gloriosa. Imbuido con aquesta idea justa y profunda, resolvióse á dedicar esclusivamente algunos años al estudio del arte militar, no en los libros ni en las escuelas, sino sobre los campos de batalla, en medio de los peligros, de las derrotas y de las victorias.

Hallábase instruido en las historias de to-

dos los grandes capitanes: mas sus frias cenizas no podian responder é su belicoso ardor. Echó una ojeada por toda la estension del globo para buscar el modelo que se proponia imitar.

Un solo hombre se habia aparecido: la Italia yacia postrada à sus piès: el Egipto y la Arabia proclamaban su esclarecido nombre: tres continentes ostentaban sus trofeos: la Francia acababa de confiarle su libertad conquistada, pero agonizante en medio de lágrimas y sangre: finalmente ante su gloria se eclipsaba la gloria de toda una antigüedad, y sin embargo este hombre principiaba su carrera.... Pero ah! bajo la púrpura real debia estinguirse el corazon de un grande hombre, poderoso, colosal, eminente.... quiso reinar y reinó.

No es dado leer en el porvenir: Palamos participò de la admiracion universal: cumplia entonces con su deber, y quedó hecha su eleccion. Ocupado únicamente de esta varonil y generosa resolucion, redoblò el zelo y el ardor: trabajó noche y dia, dirijiendo sus afanes y tareas hàcia el objeto que lo ocupaba sin cesar; y en menos de un año aprendiò el francès que muy pronto hablára con la misma facilidad que su propio idioma: y en medio de

*

aquellos trabajos preparatorios de que sus parientes y amigos estaban muy distantes de sospechar el objeto, hacia secretamente todos los preparativos de un largo viage, como así mismo del vasto y atrevido proyecto que continuamente meditaba.

Pero, en el momento de efectuar su partida, un cruel è inesperado acontecimiento trabò sus resoluciones, retardando su ejecucion dos años cuando menos. Cayò su padre gravemente enfermo, y los sìntomas fueron declarados mortales. Sin embargo, la estremada asistencia de que fué rodeado, prolongaron su vida mas allá de los límites prescriptos por los hombres del arte. Ignoraba los designios de su hijo; mas bien conociera el fondo de su alma. Prócsimo á ecsalar el postrer aliento, le dió su bendicion, recomendándole eficazmente su desgraciada patria:

«Yo he gemido bajo sus hierros, le dijo: sé tú mas feliz, rómpelos.»

Al cabo de un año de crueles martirios, espirò aquel pobre anciano.

El jóven Palamos, no menos tierno y afectuoso que valiente, consagró todavía un año para consolar á su afligida madre; por último, cuando el tiempo calmó algun tanto su dolor enjugando sus lágrimas, y que una

honrosa tumba cubría las cenizas de su padre, un dia, sin que nadie lo supiese, ni siquiera su misma madre cuya debilidad temia, embarcòse para Francia, bajo un nombre supuesto.

La muerte de su padre lo habia puesto en posesion de una parte de su fortuna: hizo uso de ella para hacer pasar á Francia, únicamente por prudencia, por precaucion, una cantidad que sobrepujaba en mucho los gastos que presumia ocasionar; porque su intencion era la de ocultar cuidadosamente su clase y rango, y de abstenerse con rigidez de todo cuanto pudiera alejarlo de la severa ejecucion de sus designios. Pero bien pudiera sobrevenirle varios accidentes imprevistos, contra los cuales fuera prudente mantenerse en guardia, sobre todo, hallándose à una tan gran distancia de su patria: todo cuanto le aconteciò despues, justificó su prevision.

Su proyecto, reflecsionado con meditacion, irrevocablemente decidido, era de alistarse por algunos años en el ejército francès, como sìmple voluntario, como soldado raso; de conseguir por su valor, sus talentos, su conducta, en medio de una vida dura, activa, laboriosa, y sobre todo pasando por los grados inferiores, el arte de mandar hombres, y el secreto de hacer guerreros.

«Verè de cerca, se decia así mismo palpitando de impaciencia, yo veré à este gefe invencible que, con una sola palabra, con una mirada, sabe hacer que los hombres se transformen en héroes: estudiaré sus planes de batalla; me hallaré en ellas presente procurando penetrar la profundidad de su génio. ¡Oh griegos! ¡Oh hermanos mios! bien sabemos combatir; aprendamos à vencer, y conseguirémos ser libres para siempre.»

Desembarcó en Tolon y llegò á Paris. Todas las tropas estaban en marcha: acababa de encenderse la guerra: la política artificiosa y pèrfida de la Inglaterra, pero astuta y previsora, habia encendido la fatal antorcha que nuevamente debia abrasar á toda la Europa.

Creyóse generalmente desde luego que, segun tenia de costumbre, el general de la repùblica, primer consul en aquel entonces, se pondria á la cabeza del ejército y decidiria por su sola presencia la invasion del Hannóver. Mas esta espedicion no ofrecia en sí misma bastante dificultad ni bastante gloria para aquel que estaba acostumbrado à vencer masas formidables. Por otra parte, proyectos de una mas alta importancia retenian al cònsul en las Tullerías: la guerra no era en aquel momento el objeto de sus mas profundas medi-

taciones. Rodeado del amor y entusiasta admiracion del pueblo, atrevió á lisonjearse que en recompensa de haber salvado la libertad de la Francia, ella se entregaba como esclava, y apresuròse á encadenarla. Ejemplo odioso, cuyo terrible resultado será sin duda alguna para lo venidero una leccion terrible.

Sin embargo, sea que el cònsul, de quien la multitud estaba lejos de sospechar el ambicioso designio, debiese tomar el mando supremo en gefe, sea que quisiese confiarlo à otras manos, como fuera necesario al menos quince ó veinte dias antes que los diferentes cuerpos de ejèrcito estuviesen reunidos y dispuestos en el sitio donde iban á combatir, el jòven prìncipe griego que no tenia necesidad de estudio alguno para constituirse en buen soldado, resolvió dedicar este corto intèrvalo à observar las costumbres, los usos y el carácter de aquella nacion de cuyas glorias y peligros iba á participar.

A la estremidad de la calle del Baño, tomò un alojamiento modesto en una casa de pupilos: hìzose llamar Leon; los documentos que se habia procurado con suma destreza no contenian mas nombre y apellido que aquel; pasò por huèrfano, y sus modales llenos de nobleza, dignidad y cortesía, su conducta

prudente, modesta y arreglada, lo pusieron al abrigo de cualquier sospecha.

Libre, independiente, solitario, en medio de una ciudad inmensa, apenas de edad de veinte y cinco años, dotado de un semblante tan noble como espresivo y de una imaginacion ardiente, este jòven aunque todos sus pensamientos fuesen gráves, sérios, profundos, estaba acaso por eso, segun presumia al abrigo de todas las seducciones, de todos los peligros, de cualquier tropiezo! Ah! sucede con frecuencia de bastar un dia, un instante, un minuto para trastornar de raiz los mas nobles designios de un corazon heròico! Sin duda que una hermosa llama abrasaba su alma, para que los vergonzosos placeres que tanto se evitan en París, pudiesen enervar ó corromper un corazon como el suyo. Los viò y los despreciò. Pero el amor tiene armas mas seguras y los dardos que lanza de repente son algunas veces inevitables.

Habia ya quince dias que el jóven griego se hallaba en París, alternando poco en la sociedad, viviendo como observador filòsofo, meditando constantemente sobre los acontecimientos y los hombres de aquella època, tomando notas y apuntes para lo venidero, y estando siempre listo á partir tan luego como

las primeras hostilidades lo llamasen á sus banderas, cuando una noche, serian las doce, al tiempo de atravesar el puente de las Tullerias para retirarse á su alojamiento, oyò unos gritos ahogados, y en el mismo instante la caida de un cuerpo en el rio: pasados algunos segundos distinguió los pasos de un hombre que en la obscuridad, pasó à su lado, huyendo hácia lo largo de la ribera y corriendo cuanto lo permitian sus fuerzas.

El dia habia sido horroroso, lloviendo à càntaros; el cielo estaba opaco, sombría la atmósfera fria y húmeda, y nadie á semejante hora acertaba á pasar por el puente, muy poco frecuentado por el pueblo. El jóven principe poseido de un justo terror, corriò y mirò estremeciéndose por encima de los parapetos. A primera vista no distinguiò nada; el agua parecia solo estar agitada; pero el rio era ancho y profundo y el ruido que hacia, pudiera ocasionarlo el obstáculo que los arcos le oponian à su corriente. Doblò su atencion, avanzò un poco mas inclinándose en el parapeto, y en semejante postura, viò un espectáculo que lo heló de terror y de compasion. Una muger vestida de negro, teniendo la cabeza y brazos desnudos, se agarraba con desesperacion à uno de los pilares del puente,

haciendo los mayores esfuerzos para sustraerse á una muerte tan espantosa; pero sus fuerzas debilitabánse, y hallábase ya muy próxima á ser arrastrada por la corriente impetuosa, cuando el jóven príncipe, arrojando prontamente sus vestidos para tirase al agua, esclamó:

—Animo, valor por un instante, no desmayeis, vuelo en vuestro socorro.

Y lanzóse desde lo alto del puente al rio.

Era buen nadador: zambulló, tornó á parecer sobre la superficie del agua, y vió á la infortunada, que aun permanecia en la misma actitud, luchando contra la muerte con el valor que presta la desesperacion. No se hallaba mas que á seis pies de distancia de ella; alargando los brazos casi podia tocar sus vestidos: pero la corriente, bajo los arcos, era tan rápida é impetuosa, que toda su fuerza y maña apenas bastaban para que se mantuviese firme en el mismo sitio, siéndole del todo imposible poder llegar hasta aquella infeliz, quien, oyendo que venian en su auxilio, se agarraba con mas fuerza y ahinco al pilar, gritando con desfallecida voz:

—Venid, apresuraos pronto! Dios mio! venid, que fallezco.

Pero en vano lo intentára el príncipe, gritándole sin cesar:

¡Valor! valor!

Despues de haber luchado inútilmente por espacio de dos minutos en aquella horrorosa agonia, conoció la imposibilidad de poderse llegar hasta la desgraciada, cuyos gritos y lamentos desgarraban su compasivo corazon; y aunque se hubo precipitado al rio, sin inquietarse por saber qué clase de muger seria la que reclamaba su aucsilio, su generosa piedad habia tomado de repente el carácter del mas vivo, del mas ardiente interés; porque, à pesar del horror y de la tenebrosa noche que los rodeaban, habia no obstante conocido que la infeliz que se ahogaba á su propia vista era jóven y hermosa.

Felizmente que á su intrepidez reunia la mayor sangre fria: al momento tomò una nueva resolucion, gritando con todas sus fuerzas à la jóven señora, que se dejase llevar sin temor por la corriente, que él respondia de su vida. Tenia en ello muchísima razon, pues si así lo hubiese efectuado, no hay duda que se salvaba: mas esto era contrario á las leyes de la naturaleza: una persona que se está ahogando se agarra de lo primero que encuentra, y no suelta jamás la presa. Bien lo oyó aquella infeliz, mas no quiso obedecer, redoblando por el contrario sus esfuerzos para subirse por el

pilar: cosa imposible y que no hubiera hecho sino acelerar su pérdida, caso de haberlo conseguido.

El jóven príncipe se desesperaba; aquella escena lúgubre espantosa, duraba ya hacia diez minutos; sentia desfallecer sus fuerzas, á pesar de su valor que se tornaba en una especie de furor; la corriente lo habia hecho retroceder algunos pasos, y la jòven señora se sumergía cada vez mas en el agua. Ya no tenia fuera sino la cabeza y los brazos. Palamos, observó estremeciéndose los prodigiosos esfuerzos que hacia, y calculó que sus manos debian hallarse destrozadas, y ningun socorro, ningun testigo, ninguna esperanza restaba!

En aquel momento, fuera una feliz casualidad que la infeliz que se ahogaba sintiera resbalarse sus manos por las piedras: ecsalò un gemido doloroso, se desmayó, cayóse de espaldas desapareciendo bajo del agua.

—La salvaré, esclamò al instante mismo el príncipe griego.

En efecto, casi al propio tiempo aquella desventurada volviò de nuevo à aparecer, pero sin movimiento, mecida por las olas y arrojada por la corriente hàcia Palamos. Zambullò, porque desapareció ella nuevamente; siguiò sus huellas, la alcanzó, se apoderò de

sus cabellos, y nadando con un vigor y esfuerzo prodigioso, consiguió llegar, muy lejos de allí, hasta las barquillas que se hallan estacionadas por los muelles contiguos: llamó á los marineros que estaban de guardia: acudieron dos: eran hombres membrudos, llenos de fuerza y vigor, y con su auxilio, pudo salir del rio, así como la jóven señora desmayada que entonces estrechaba contra su corazon, rodeando con uno de sus brazos, aquel cuerpo inanimado.

Casi todos los barqueros saben administrar los socorros que ecsigia el horroroso estado en que se hallaba. Al cabo de algunos minutos, se obtuvo la certeza de poder salvar su ecsistencia, y en menos de media hora volvió en sí; pero estaba tan abatida, tan postrada que, sin el débil movimiento de su respiracion, quizá hubiera podido dudarse de que realmente vivia.

Por decencia, por respeto, ni el príncipe ni los barqueros habian tocado ligeramente los vestidos que la cubrian. Estos consistian en un trage de seda negro, de una hechura y corte gracioso y elegante, que anunciaba por sí mismo un elevado rango: la ropa blanca interior que únicamente habia podido entrever, confirmaban sus sospechas por la finura y be-

lleza del lienzo. Llevaba pendientes de perlas finas ; de su cuello colgaba un hermoso collar del mas primoroso trabajo , y en una de sus manos una sortija de inmenso valor. Por lo demás, habia perdido al parecer su chal , su sombrero , y la peineta que sugetara sus cabellos , bien fuese en el momento de su caida ó ya forcejeando en el rio.

Todas estas observaciones eran interesantes , y el príncipe las hizo de una ràpida ojeada. Pero otro diverso ecsámen , que al propio tiempo hacia y en un profundo silencio , escitaban en su corazon emociones mas profundas. Sentado sobre las tablas del barquichuelo , forzado à tener en sus brazos el cuerpo de la desventurada que permanecia tendida sin movimiento , no pudo menos que admirarse de la elegancia de su talle , cuyos graciosos contornos , anunciaban una jóven distinguida ; de la belleza de sus brazos que ningun velo ocultaba , y de la delicadeza de sus manos , aunque estaban desgarradas y ensangrentadas: sintióse conmovido al punto de temblar cuando la tocaba ; pero cuando al resplandor del farol que los barqueros , al tiempo de socorrerla , arrimaron á su rostro, viera la mas linda , la mas dulce , la mas interesante cara y unas facciones finas y delica-

das que apenas anunciaban diez y seis años; el interès, la piedad profunda que, hasta entonces, lo habia animado, se mudaron de repente en un sentimiento confuso, pero tierno y cruel á la vez, de tal modo que su corazon palpitó, sus ojos se llenaron de lágrimas, pareciéndole que su vida iba á depender de la de aquella hermosa criatura.

Testigos silenciosos de la turbacion, de las làgrimas, de la desesperacion del jóven, y sobre todo del valor, de la intrepidez que habia manifestado en salvar los dias de aquella infeliz señorita, los barqueros no dudaron que no fuese acaso su hermana, su querida, ó su esposa; por último que le perteneciese por los lazos mas caros ó sagrados; y, en esta persuasion, felizmente no le hicieron sobre semejante particular la menor pregunta que pudiese embarazarle.

Pero casi al mismo instante, que hubo vuelto en sí, lo que únicamente pudieron juzgar por los latidos de su corazan, preguntaron donde vivìa, y á que parte fuera preciso trasportarla; y esta pregunta tan sencilla, tan natural, tan indispensable, puso al príncipe griego en el mas raro embarazo. Sin embargo, como no carecia de presencia de espíritu, respondió inmeditamente:

—A su casa.

Y al propio tiempo, sacando de un bolsillo una moneda de oro, les suplicó fuesen juntos á buscar un coche de alquiler, y de traerlo al instante á cualquier precio. Los dos barqueros se marcharon; esto era precisamente lo que Palamos deseaba.

Habia ciertamente una causa estraña, sin duda horrorosa, en el espantoso accidente que acababa de poner en los brazos del príncipe, aquella bella señora, entregándosela á discrecion. ¿Quien fuera capaz de saber, si su honor, su vida, no dependian quizá del mas profundo secreto? Pudiera, debia acaso esponer aquella jóven y encantadora criatura á que fuese conducida, en tan deplorable estado, à un cuerpo de guardia, ante un comisario de barrio, ó ante un tribunal de policía?

Se hallaba seguro que habia vuelto en sí; aunque débiles y lánguidas, sus miradas, sus suspiros bien lo decian. Palamos, sosteniéndola contra su pecho, viéndose solo con ella, le preguntó si podia indicarle su morada. Hizo una señal con la cabeza que nó.

—¿Teneis, continuó, parientes ó amigos que puedan socorreros?

Ella repitió el mismo signo negativo.... el mismo silencio.

—Oh cielos! á quien pues debo devolveros? donde debo conduciros?

Aguardaba su respuesta con una turbacion inesplicable. Abrió por fin los ojos para mirarlo por primera vez.

—Tranquilizaos, le dijo al momento; soy yo quien os ha salvado; en nombre del cielo, indicadme lo que debo hacer, al momento sereis obedecida, señora.

Ella tomò su mano y la besò; despues apretándola contra su corazon, le dijo volviendo à caer en sus brazos.

—Oh! no me entregueis mas en su poder.... prefiero mejor la muerte.

Cerráronse de nuevo sus hermosos ojos, permaneciendo inmóvil; pero tenia fuertemente estrechada la mano del príncipe griego, temerosa de que la hubiesen separado de su lado.

Dejòse percibir el lejano ruido de un carruaje: era el coche de alquiler que conducian los dos barqueros. Palamos recompensò liberalmente sus auxilios; seguidamente, sin pronunciar ni una sola palabra, cogió á la jóven en sus brazos, la llevó al carruage, colocóse à su lado, y dijo al cochero:

—Pasad el puente.

El coche de alquiler partió con rapidez, y

los dos barqueros no supieron una palabra mas de aquellos personages.

Luego, concibes tú, mi querido lector, el embarazo, la duda, la perplejidad en que deberia hallarse sumergido el príncipe Palamos? Te atreves à adivinar, à presumir, á sospechar, lo que vaya á hacer?

Sì, sin duda alguna, dirás: atraviesa el puente, luego se và directamente á su casa, y como ha dado ya la una de la madrugada, claro está que es tiempo de que se acueste.

No te digo que nó: pero he aquì lo que me inquieta, lo que me embaraza, lo que me atormenta; porque es mi voluntad revelarte, que teniendo en sus brazos aquella muger hermosa, pero empapada en agua, la estrecha algo mas de que fuera menester para sostenerla simplemente, y que su corazon late con violencia; que á cada reverbero que despide un pálido rayo de luz sobre el rostro de la desconocida, repara en sus facciones dulces, amables, tiernas, cariñosas, y que se turba y suspira, que al ver sus blancas manos ensangrentadas, su alma se desgarra, y su llanto corre en abundancia.... ¿y si fuese la amante ò esposa de alguno?... y si no fuese ni la amante ni la esposa de nadie?... Todo esto es escabroso. El griego, por fortuna, es

prudente, virtuoso, y de un bello y candoroso carácter. Pero el amor.... oh! el amor!... ya lo conoces sin duda?... y yo tambien, algo recuerdo de esto.

16.

Ya es mia!... divinidades del Olimpo: con vuestros laureles ceñid mi frente vencedora.

Hector, yo desconfio mucho de aquellas almas de estuco que se creen animosas, cuando no son sino insensibles; que toman por virtud lo que no fuera sino estóica dureza, y sin derramar una lágrima siquiera, piesan poseer todo un corazon. Convertid pues esos héroes en frailes, ministros ò inquisidores.

El carruage marchaba rápidamente, por que el cochero estaba tambien enamorado, y

su querida, aunque no tuviese un rostro celestial, rubia cabellera y pulidas manos, lo esperaba no obstante en su humilde boardilla, en el quinto piso de una casa de fea y antigua apariencia, muy próxima á las cuadras y cocheras de su amo: el amor se acomoda fácilmente en cualquier parte. ¿Y creeis que este punto se halle esento de importancia? os engañais; todo se encadena en este mundo. Al cabo de siete minutos, paróse el carruaje à la puerta de la casa donde vivia Palamos, bajo el nombre de *Mr. Leon*, mancebo de una casa de comercio.

Todo el mundo estaba en siete sueños; una tranquilidad inalterable reinaba por todas partes. Baja él el primero dejando la jóven en el coche, no ya desmayada, pero siempre muda, arrecida de frio. Llama, tira del cordon de la campanilla; pásase un cuarto de hora antes que nadie acuda, y el cochero entretanto, blasféma como un renegado. En fin, ábrese la puerta, aparece el dueño de la casa con un farol en la mano, y seguido por un criado.

—Quien está ahí? ¿que se ofrece?

—Yo soy, yo, Leon, vuestro huesped.

—Ah! ah! ya es muy tarde, el reglamento de la casa prohibe....

—Bien lo sé: corred á despertar á vuestra muger, preparad una habitacion, una cama, un brasero, ropa blanca interior, y mandad llamar à un médico: en el coche se halla una señora, una muger jóven, bella, desgraciada, moribunda: aprocsimad la luz, ayudadme, es preciso trasportarla á vuestra casa.

—Esperad un momento; veamos primero.... Oh! oh! esta señorita parece acabada de salir del agua: ¿donde habeis pescado esta jòven?

Palamos levantó la mano como para aplicarle un bofeton del que se hubiera acordado para siempre, pero la prudencia lo contuvo.

—No se trata de saber el sitio donde la he encontrado, sino de socorrerla: despachad pronto.

—Hola! hola! de verdad, eh! ¿Creeis que mi casa pueda convertirse en un hospital? Tiene acaso la señorita sus papeles en regla?

—Cuan imbècil sois, no veis que estoy casi desnudo, empapado como ella, y que acabo de sacarla del rio?

—Diantre! un homicidio, un asesinato acaso, una muchacha que queria matarse: no recibo semejante mercancía en mi casa; mala peste! esto pudiera acarrearme graves compromisos: es tan severa la policía!

—Miserable!

—Caballerito, no alceis tanto el pico. ¿Conoceis à esta señorita?

—Nó.

—¿Cual es su nombre, donde vive, á què familia pertenece?

—Si lo supiese, creeis que la traeria aquì á tales horas?

—Ah! ah! vaya un lindo chasco! sacais á una muchacha del agua, no sabeis quien es, no la conoceis sino por hija de Eva y de Adan, me la traeis á mi casa para que la aloje y le facilite cama? Pues qué, no estais instruido de lo que manda la ley? Ignorais acaso, que me impondrian una multa ecsorbitante, y lo que es mas aun, cerrarian mi establecimiento?

—Traidor, embustero, vil, infame! tù calumnias las leyes, à tu pais, à tu conciencia! Si ecsistiese una nacion que prohibiese socorrer á un desgraciado moribundo, á semejante nacion debieran destruirla las demás.

—Sea, pues asì lo quereis; entretanto os vuelvo á repetir que nadie duerme en mi casa, sin que tenga en regla sus papeles, sin pasaporte; la policìa lo prohibe: id á la comisarìa, ó bien al cuerpo de guardia inmediato: buenas noches.

Cerró su puerta: ya era tiempo porque el

príncipe griego se preparaba à darle una senda paliza.

—Raza de tigres, murmurò muy bajito, he aquì á que esceso de egoismo, de dureza y de barbarie conduce la civilizacion! Que haré, Dios mio! que haré?

Subiò de nuevo al coche, tomó en sus brazos á la infeliz jóven que temblaba de frio y una fiebre abrasadora la impedia aun de apoyarse en los hombros del príncipe. Lo que èl mismo sufria interiormente, es dificil de esplicar. En un ecceso de furor quiso echar abajo la puerta de la casa, ahogar con sus manos al dueño de ella, su muger, à todo el mundo. Tanta inhumanidad confundia su razon; pero la piedad, el amor, dominaban su còlera.

—Vamos! vamos! esclamó, pobre jòven! te llevaré en mis brazos, irè de puerta en puerta, á pedir para tì un asilo; nò, es imposible, que en una ciudad tan grande, cualquier persona se vea reducida á morirse en la calle! Ven, ven, yo, al menos, te he salvado, tu vida es obra mia, y jamás te abandonarè.

Aprestábase á bajar con ella: detúvole el cochero.

—A donde vamos, pues, nuestro amo?

—No lo sé.... mira.... sufre mucho.... se

muere.... Voy á llamar por ahí, en cualquier parte, à la casualidad.

—No vale la pena, caballero, en ninguna parte os recibirian.

—Romperé los vidrios de las ventanas.

—Os llevarán preso.

—Que! en ninguna parte tendrán piedad y compasion de ella?

—Oh! Dios mio, no señor, aunque nos matasen ahora mismo á todos tres juntos en medio de la calle, nadie acudiria; y no creais que fuera por abrigar mal corazon, sino por que todo el mundo tiene miedo; y despues, por encima de esto vendria la guardia para asistir únicamente á nuestro entierro. Pobre señorita, que hermosa es? y cuanto la compadezco.

El príncipe y el cochero, la miraron ambos en silencio. De repente este último, cierra bruscamente la portezuela del coche, sube á ocupar el pescante, atiza un latigazo, y parte à galope.

—Segun parece, pensò Palamos, me lleva hácia algun lugar fijo.

Al propio tiempo, cubrió lo mejor que pudo à la señorita con sus brazos à fin de calentarla un poco, y le dijo estrechándola fuertemente:

—Animo, señorita; nunca os abandonarè.

Sintiò que trataba de arrimarse mas á él, y aunque sus lábios temblaban, le contestó:

—Oh! sí, salvadme, no me lleveis mas á su casa! él es un infame.

Que pudieran significar aquellas palabras? cual pudiera ser el hombre á quien llamaba *él*? Seria acaso un padre, un hermano, un marido, algun vil raptor? Habria pues resuelto, quitarle la vida? Seria ella misma quizá la que, en un acto de amorosa desesperacion.... Esta idea hizo en el príncipe una impresion terrible, sintiendose estremecer.

—Nó, nó, decia, desechando semejante idea, ahora creo, que si tal fuera, moriria de pesar.

Entretanto, el coche desfilaba por la calle del Sena: detúvose ante una puerta: al momento ábrese una ventana del último piso: aparece una luz como si fuese una estrella, y una voz de muger bastante dulce gritó:

—¿Eres tù, Santiago?

—Sí, baja pronto.

—Bah! por què? entra primero el coche.

—Nò, nó, acude pronto, Angela, despacha pronto.

La muger baja, mas fuera preciso algun tiempo para acudir del quinto piso; gracias á

que era una muchachona muy àgil. Santiago àbre la portezuela, y Angela tiene un farol en la mano.

—Ah! Dios mio! que es esto?

—Silencio, no hagas ruido. Ayuda à este caballero á subir à la señorita à tu cuarto: colòcala en tu misma cama, dàle alguna cosa para que reanime sus fuerzas, en fin todo lo que necesite; despues te diré lo demás.... mas tarde.... así que lo sepa:

—Valgame mi santo patron: pobre señora! que jóven y linda es! cuanto debe sufrir en semejante estado! què es lo que tiene! Subid! subid!

El prìncipe arrojóse fuera del coche, corre presuroso à dar un fuerte abrazo á Santiago, coje à la desconocida en sus brazos, sube por una escalera oscura y tortuosa, siguiendo los pasos de Angela, y durante este tiempo, Santiago conduce el coche á la cuadra.

La boardilla era bastante capaz y espaciosa, muy aseada, y la cama ancha y no muy duros los colchones. Angela echa leña nueva en la chimenea y à poco una brillante llamarada esparce un suave calor por el cuarto. Palamos, llorando de alegrìa, siente renacer, volver à la vida à su jòven protejida. En un abrir y cerrar de ojos, se mudan las sàbanas

de la cama, y la buena Angela lleva su esmero y atencion hasta el punto de sahumarlas y calentarlas.

—Vamos, caballero, vamos, ayudadme à desnudar à vuestra esposa á fin de que se meta pronto en la cama.

La jóven desconocida, se incorporò con un movimiento de asombro:

—Señora!... cielos! yo no soy....

Palamos le estrechò su mano, haciéndole una seña para que se callase, y bajo el pretesto de ir prontamente á buscar à un médico, saliò de la habitacion, y se fué á esperar á Santiago en la calle.

Mientras que éste llegaba, y que los dos juntos iban efectivamente à llamar al doctor, trayéndolo consigo mismo, Angela logrò poner en la cama á la señorita, lavando y curando sus heridas y ensangrentadas manos, y envolviéndolas en lienzo blanco y limpio mojado un poco en aceite.

Se le contó brevemente al médico, hombre hábil y prudente, la ocurrencia sobrevenida, atribuyéndola al motivo ò pretesto menos absurdo que pudieron inventar. Bien notó que allì se encerraba algun misterio: cayóse, visitó à la enferma, recetó un calmante que al momento le administraron, y respondió que

al dia siguiente emitiria su opinion respecto á la gravedad del mal.

Angela y el cochero pasaron el resto de la noche en jugar á los náipes junto al fuego de la chimenea, y Palamos velando à la cabecera de la cama, contemplando alternativamente las deliciosas facciones de la jòven desconocida, tocando su frente y sus mejillas como para asegurarse que ya no quemaban, y divagando al través de una infinidad de conjeturas que, todas se dirijian à esta ùnica idea:

—Su vida es mi obra: nunca la abandonarè.

La desventurada reposaba, y de hora en hora, su respiracion se hacia mas igual, sus facciones menos contraidas y mas calmadas, su tez mas fresca y hermosa, su rostro mas amable: al despuntar el dia se hallaba profundamente dormida.

Santiago saliò á eso de las cinco de la mañana, yendo á enganchar el coche, y Angela se dirijió á trabajar en su tarea. Era lavandera. El príncipe, tranquilizado, al menos por el momento, sobre la suerte de la desconocida, habia prevenido á Santiago que lo llamase cuando el carruaje estuviera listo. Subiò pues en él, porque no podia salir á pié, en atencion á que estaba sin vestido, corriò á su alojamiento, para asearse y vestirse de limpio,

En seguida le trasportaron su equipaje à una casa que le indicó Santiago, alquiló en ella una habitacion: volvióse en seguida á casa de Angela, no pudiendo fijarse todavìa en el partido que tomaria respecto á la hermosa desventurada que habia dejado sumergida en tan profundo letargo, pero lisonjeándose saber de su propia boca los pormenores de su estraña aventura para arreglar definitivamente su plan de conducta ulterior.

Durante su ausencia, que duró un par de horas, habia venido el médico. El doctor era un hombre de sesenta años, grave, sério, y sobre todo muy indulgente, por la larga esperiencia que tenia de los hombres. Cuando Palamos entrò, reparó en aquel sujeto respetable, sentado à la cabecera de la paciente: ésta le estrechaba una de sus manos, y su rostro estaba inundado en copioso llanto. Angela habia salido. Asi que el príncipe se hubo presentado en la habitacion, aquella jóven esclamó, con un movimiento de alegría que reanimó sus abatidas fuerzas:

—Ah! hélo aquí! caballero, hèlo aquí!

Y su mirada, su sonrisa, sus ademanes, indicaban claramente que si el pudor no la hubiese contenido se hubiera postrado à las plantas de Palamos.

El príncipe, enagenado de gozo al verla fuera de peligro la contemplaba admirado de encontrarla mas hermosa, mas encantadora, y al mirarla y remirarla guardaba silencio.

—Ah! pensaba, ¿quien eres? puedo amarte? me atreveré à decirtelo? he labrado mi propia desdicha, al arrancarte de los brazos de la muerte?

Por su parte, el doctor observaba al jóven príncipe. Su trage, sus modales, su aire de nobleza, inspiraban la mayor consideracion. Le tendiò una mano, suplicándole que se sentase:

—Caballero, le dijo, esta jóven os debe la vida; su gratitud será eterna, y su confianza sin límites. Pero su desgracia, su actual situacion, ecsigen por el momento cierta clase de servicios que vos no le podeis prestar. Como médico mi asistencia no le es ya necesaria: el descanso le ha bastado para que recuperase sus juveniles fuerzas. Ahora caballero, le es menester un amigo, un protector, un padre, y reclamo de esta señorita el derecho de servirle de tal; he obtenido ya su consentimiento; espero me dispenseis el vuestro.

Palamos guardó silencio por un momento; esperimentaba una secreta alegría, un profundo alborozo, al ver un hombre tan respetable,

declararse en el acto, el protector de su cara desconocida; pero al propio tiempo sentía una penosa conmocion, porque su mirada, que la jòven comprendiera, aunque bajò los ojos sonrojada, su mirada le decia:

—Vas à abandonarme, te perderé, ya no eres mia!

Volviéndose precipitadamente hácia el doctor le preguntó:

—¿Conoceis pues á esta señorita?

—Sì, señor; la señorita se llama Amèlia: debe la luz del dia al marqués de Almaviva: al nacer, perdió á su madre: y su padre pereciò en la emigracion, tal lo creo al menos: jamás ha conocido à su familia: se halla sola en el mundo, abandonada, perdida, vìctima de la mas negra traicion: y el horroroso acontecimiento que sin vos, sin vuestro valor hubiera causado su muerte, fué el resultado de un acto atroz que por sí solo mereceria el patìbulo.

—¡Gran Dios! ¿Seria acaso un asesinato?...

—No, caballero, era un crímen mucho mas horroroso!... y la señorita ha dado el mas sublìme ejemplo que pueda ofrecer una jòven de su edad: prefiriò la muerte á la deshonra.

A estas palabras, Amélia volvió la cara con una espresion de pudor. Palamos, que era

ardiente é impetuoso, cayò à sus plantas, se apoderò de su mano, y la besò mil y mil veces, enagenado en gozo.

—Yo tambien, señorita, soy independiente, libre, y pronto á sacrificar mi vida en obsequio del honor y la virtud; aceptad el amigo, el padre, el protector que el cielo os envia; pero yo he salvado vuestra ecsistencia, mi corazon me predice que algun dia sereis mia: ah! concededme la esperanza de que pueda merecer vuestro amor, no arrebateis de mi alma la cara conviccion que, el cielo me ha destinado por esposa á la que mis brazos arrancaron de una tumba funesta.

La ecsaltacion del prìncipe era tan grande que se comunicó como una chispa eléctrica. Amélia, á quien su juventud, su pudor, su situacion la hacian tìmida y temblorosa, y, por decirlo asì, casi fuera de sì, esclamò sin apercibirse de ello:

—Sí, sì, mi vida es toda vuestra.

Estas únicas palabras, fueron el empeño solemne que decidió de la suerte de ambos.

—Caballero, dijo Palamos, levantàndose con altivez y noble orgullo; bien lo habeis oido, el cielo ha decidido. Un hombre que abandonò su patria para venir á aprender de vosotros de que modo se rompen los hierros

de la esclavitud; un descendiente de los héroes cuya gloria resonará hasta el fin del mundo, el príncipe Palamos, en fin, os confia la guarda de su esposa; toda vez que se halla libre, la acepto por mia.

El doctor no esperaba tan asombroso discurso. Angela entrò de nuevo, Palamos hizo seña al mèdico para que guardase silencio. Entregó en secreto, como si fuese de parte del doctor á la bondadosa y discreta lavandera que se habia portado en aquella ocasion con tanta humanidad y delicadeza, un billete de banco de quinientos francos, á fin de comprar en el acto toda clase de vestidos y cuanto fuera necesario para conducirla decentemente en aquel mismo dia á casa de sus nuevos amigos; en seguida, dejàndola bien encomendada á los generosos cuidados de aquella buena muchacha, saliò con el médico, anhelando tener con él una esplicacion indispensable.

Ya os he dicho que la víspera, el respetable anciano, al propio tiempo que tomaba el pulsa á la jóven y bella enferma, viendo al rededor de su cama, y en una boardilla, à un cochero, una lavandera, un jóven de hermoso aspecto, pero sin vestido y en el desórden natural que ocasiona la salida del agua, sin poder formarse una idea de cuanto hubiese pa-

sado, no dejára por esto de concebir estrañas sospechas: es el efecto ordinario que causa la belleza, sobre todo cuando à ella se agrega una tierna espresion de inocencia y candor. Hizo como que nada reparaba, pero resolvió aclarar aquel misterio, y si preciso fuera, prestar à la moral pública y á la humanidad los servicios que le prescribian el honor y el interès de la sociedad.

Con semejantes disposiciones volvió al dia siguiente. La ausencia de los dos hombres, los respetuosos cuidados que la lavandera prodigaba á la enferma, calmaron desde luego sus primeras inquietudes. La jóven dormia profundamente; y mucho mas que la víspera, se conmoviò de la gracia, de la dulzura del encanto esparcido en su rostro; mientras que la observaba atentamente, despertòse la señorita. Como el desòrden y turbacion de sus sentidos se habian enteramente calmado por el sueño, vió que tenia que ocuparse mucho menos del estado físico que de la situacion moral de la enferma; y sin buscar ningun pretesto, suplicò á la buena Angela que lo dejase solo con ella durante cortos momentos. La edad, el estado y la reputacion del facultativo alejaban cualquier sospecha injuriosa.

La hermosa enferma, al abrir los ojos, pa-

recia algo asustada, y en seguida prorrumpió en amargo llanto. Sentóse el doctor á su lado, inspeccionó las heridas de sus manos, y aprovechando aquella ocasion tan natural para interrogarla con maña y prudencia, le pidió algunos pormenores sobre su horroroso accidente y, así mismo, sobre las relaciones que pudiesen tener con las personas que la rodeaban, alojándola en su propia casa.

El anciano, aunque de un rostro austero y grave, tenia un eco de voz dulce, los modales mas afectivos, y aquella especie de suavidad y uncion paternal que enternece el corazon y convida á entregar uno su confianza. Por su parte, aquella pobre señorita era el candor mismo, siendo además sobrado desdichada para no abrir su corazon ante un hombre respetable que parecia compadecerse de ella. Asi que, aunque estaba muy lejos de apurarla, ella se arrojó á sus brazos, implorando su socorro, y he aquí, en sustancia, lo que le contó del modo mas ingenioso, entrecortando sus palabras con gemidos y sollozos.

17.

Os he visto caminar por la senda del crímen, teniendo por guias, las preocupaciones, el orgullo, la avaricia y la envidia.

En la edad de veinte años, el marquès de Almaviva, se habia locamente apasionado de la mas jóven de las hijas de la condesa de Belamo. Isabel, pues este era su nombre, habia sido, por decirlo asi, destinada à la suerte mas deplorable. Su familia gozaba desde tiempo inmemorial, de no se qué derechos hereditarios sobre una noble y antigua abadìa, derechos de los que estaba orgullosa y fiera; por què? Dios solo lo sabe, y que debian con-

servarse y perpetuarse, mediante la consagracion, cada cincuenta años, de una hija fuese ó nó la mas pequeña, fea ó bonita, pero jóven y legítima, al estado monástico, en la susodicha abadía. Nosotros símples plebeyos, hubieramos tomado esto por un cargo espantaso, rogando encarecidamente al cielo que jamás nos concediera una hija de nuestro matrimonio.

En el fondo, no sé lo que pasaba en el alma de la condesa de Belamo; pero madre ya de dos hijas que calmaban todos sus votos, y deseando, con todo el ardor que le inspiraban su rango y su fortuna ver á un hijo asegurar su gloriosa posteridad, recibió con desesperacion el nacimiento de aquella criaturita que no habia solicitado ver la luz del dia, y que tan caro debia pagar el honor de una noble sangre. Su madre ni la criò á sus pechos ni le prodigó la menor caricia: se la educò para el cielo y la abadía.

Pero Isabel poseia un corazon que la naturaleza, que no es de noble alcurnia, le habia dado como á todas las jòvenes de su edad. Nadie se desvivia por poseer aquel corazoncito: la condesa porque se hallaba resentida de que su hija no hubiese nacido varon, y sus dos hermanas mayores, altivas, orgullosas,

impertinentes, la desechaban de su lado, porque, la chicuela era bonita como un ángel, fresca y modesta como la flor que nace à la orilla de los rios.

Humilde, obediente, tímida y desgraciada, Isabel se consagrò enteramente à los altares, prometiò, juró y creyò de buena fé que no amaria sino á Dios; pero un bello dia, se apareció el jóven marquès de Almaviva: aquel pobre corazoncito volò delante del suyo, y nada fuera capaz á contenerlo; y como el dicho corazoncito tenia por agregados, quice años, dos lindos y picaruelos ojos, unos lábios de carmin y unos atractivos que para maldita la cosa pudieran servir en el alto cielo, el jóven marqués de Almaviva, lo cogió con entusiasmo, y en cambio entregó el suyo: el contrato estuvo pronto hecho.

Mas no se practicó ante ningun escribano; sin embargo, no fué reconocido ni bueno, ni valedero; y la condesa á quien la mas injusta prevencion cerràra los ojos sobre los atractivos de su hija, reparò demasiado tarde que el amor habia cogido las primicias que ella reservaba para el altar.

Entonces era cuando se hacia preciso manifestar prudencia, razon, entendimiento y sobre todo indulgencia: entonces era preciso

ser madre.... pero la condesa de Belamo se habia hecho devota.

Por un lado, la cólera, las injurias, los crueles tratamientos; y por el otro la debilidad, el espanto, los remordimientos trastornaron la razon apocada de la tímida y pobre Isabel. Se la encerró donde no viera la luz del dia, y no oyendo sino continuas amenazas, no comprendió á Dios sino como á un juez cruel, inecsorable, infinitamente terrible y vengativo, aunque sumamente bueno: no hay pues que estrañar, si llegó à ponerse loca de terror.

Instruido de las atrocidades que habian cometido con su amante, el jòven marqués, lleno de amor y de hidalguìa, cuyas ofertas habian sido desechadas, no prestando oidos mas que á su desesperacion y guiado por la humanidad, cierta noche, favorecido por una herrorosa tempestad, arrebatò á su amante huyéndose con ella. Ah! ya no tenia en sus brazos sino la sombra de Isabel; se hallaba muy prócsima á la tumba. Mas consigo llevaba tambien el fruto, aun desconocido, de su fatal amor.

Los dolores y la alegrìa de la maternidad, volvieron por un momento á Isabel á la razon, al amor, á la felicidad; pero habian durado

mucho sus martirios. La desventurada murió en una miserable cabaña, en una cama andrajosa y á la débil claridad de una lamparilla, pero en los brazos de su amigo; y en el instante en que la llama de la vida se apagaba para ella, encendiase para su hija.

Así fué, como Amèlia vió la luz del dia.

El marqués de Almaviva, hizo criar en secreto aquella criatura, cuyo nacimiento no fué jamás conocido. Desde la edad de cuatro años la puso en una escelente casa de educacion. Era ya tan linda, y prometia ser tan hermosa, que su amor propio, justamente lisonjeado, le inspiraba hácia ella la mas viva ternura, formando los mas hermosos proyectos para no contraer nuevos lazos, y dedicar su ecsistencia entera à la felicidad y amor de sus ojos. He aquí los proyectos que se forman á los veinte años.

El furor de la revolucion lo obligó á emigrar, y temiendo abandonar su hija à los ùnicos cuidados de la respetable directora del colegio, dejó para que la vigilase de cerca, reemplazàndolo en sus deberes paternales á un sujeto que llaman vulgarmente de confianza, à quien revelò el secreto de su desdichado amor, el nacimiento de Amélia, y lo que es mas todavìa le entregò una cantidad de diez mil fran-

cos para subvenir á todos los gastos, tanto ordinarios como estraordinarios que fueran indispensables para la educacion, y subsistencia de su hija, que contaba á la sazon seis años. Todo esto hace el elogio de un buen padre pero manifestaba à las claras toda la imprudencia de un jòven inesperto.

El hombre de confianza era casado: tanto èl como su muger eran unos bribones, quienes semejantes à la canalla de su especie, consiguen persuadir à las gentes honradas por sus respetos estudiados y ademanes bien entendidos que no los guia otro mòvil sino su propio interès, y sin escándalo, sin alboroto alguno se entrometen en nuestros asuntos.

Así que el marqués se hubo marchado montando un fogoso alazan, y ciñendo una larga espada, no para ir, sino para volver á matar à los revolucionarios, el hombre y la muger de confianza calcularon de aqueste modo:

En lugar de pagar por la señorita Amélia seiscientos francos de pension, cien escudos por la subsistencia, y otras diversas bagatelas que harian subir la cuenta á cincuenta luises cada año, si la tuviesemos en nuestra casa, educándola nosotros mismos, apenas nos costaria al año cincuenta escudos, pudièndonos ahorrar por lo menos mil francos en provecho

de nuestro bolsillo, y su padre nos estaria aun mas reconocido.

La ventaja era evidente. El hombre de confianza escribió al marqués, que en el colegio donde habia puesto á su hija, se notaba cada dia peor trato hasta el estremo de pegar á las niñas, no dandole sino pan seco, y que su pequeña Amélia se habia puesto muy flaca: en su consecuencia, determinaron tanto él como su digna muger retirarla de un colegio tan mal montado, habiéndoles inspirado aquella niña tanto amor, tanta ternura y tanto interès que habian resuelto no confiarsela mas à nadie, de educarla ellos mismos con el esmero y cuidado debidos à la única hija de un hombre à quien profesaban el mayor respeto y veneracion.

El marquès lloró de gozo y gratitud, remitiendo prontamente un suplemento de mil escudos, á fin de que su hija no careciese de toda clase de maestros. Amélia se despojó del lindo peinador blanco, de los zapatitos de tafilete amarillo, del cinturon color de rosa, para endosarse en casa de la muger de confianza el trage de coco gris, delantal negro, calzado basto y papalina de bastista.

Durante los primeros dias no le dieron mal trato: el padre pudiera quizà volver: pero

muy pronto desvaneciéronse estos temores. Los emigrados, fueron condenados, proscriptos, prohibiéndose bajo las penas mas severas, cualquier comunicacion que se tuviese con ellos en el estrangero.

La ocasion pareció la mas apropósito á los dos esposos de confianza, para apropiarse de un golpe los trece mil francos que manejaban por sus manos; y como en tales circunstancias podian hacerlo impúnemente, no titubearon mas en ello.

Escribieron al marqués por un conducto seguro y oculto, una carta dolorosa, manifestándole con las mas sentimentales espresiones que su hija habia fallecido de resultas de unas anginas. A fin de que no tuviese la menor duda, le incluyeron en la carta el certificado mortuorio, que el hombre de confianza habia fraguado con un amigo suyo falsario de profesion, y para consolarlo, añadieron que habian hecho un gran entierro que costára cuatro mil francos y un pequeño mausoleo por valor de seis mil. El resto de la suma se habia invertido en los gastos que ocasionaron su enfermedad. No ecsistia por entonces ningun recelo de que viniese á ecsaminar aquellas cuentas.

El marqués se arrancò la mitad de sus ca-

bellos, consiguiendo hacer pasar á las manos de su hombre de confianza una carta espresiva de gratitud, acompañada de veinte y cinco luises para recompensarlo por sus desvelos, asistencia y amorosos cuidados; y desde aquella fecha, no se volviò à oir hablar mas del marqués.

Entonces todo mudó de aspecto para la pobre niña, sobreviniendo las reconvenciones, los bofetones, los tirones de oreja, pan seco, y haciendola trabajar en las faenas domèsticas de la casa, como si fuese una criada. Pero todo esto no duró mucho.

En tiempos de antaño, dinero que se robaba no lucia: digo en *antaño* porque hoy dia sucede todo lo contrario. El hombre y la muger de confianza, emprendieron un negocio con los trece mil francos, fueron algo bribones, salieron mal en su empresa, hicieron bancarrota, mas tuvieron la dicha de escaparse de las galeras, denunciando vilmente á un sacerdote anciano que fué guillotinado: en aquel entonces, como así mismo hoy dia, se recompensaban los buenos servicios: à cada uno le llega su san Martin, he aquí todo el busilis. Como estaban deshonrados y perdidos sin apelacion en la opinion pública, viéronse obligados para no perecer de hambre, á entrar

al servicio de la policía: aquellos empleos no estaban aun disputados por gentes de elevada clase.

Era una cosa muy halagüeña y apetitosa ser agente de policía; pero entre la clase subalterna, los provechillos son algo escasos. El hombre de confianza estaba bastante miserable, su muger, como dicen vulgarmente, arrastraba una ecsistencia penosa, y la pobrecilla niña Amélia que iba á cumplir pronto catorce años, remendaba todos los dias su única camisa.

Cierto dia, ò mejor diré, durante una noche oscura y tenebrosa, en tanto que á la débil claridad de un candil, semejante á la làmpara de una cueva, la muger de confianza cosia los puntos à un par de medias, y aguardaba á su marido que estaria sin duda ocupado en alguna espedicion nocturna por cuenta y riesgo de sus costillas, refunfuñando entre dientes à la pequeña Amélia que yacia tendida por el suelo durmiendo sobre un gergon sin sábanas ni cobertor; de repente, y por la primera vez, se puso à observar que aquella niña era de una rara hermosura; que sus harapos tapaban una tez fina y blanca como el armiño; que á pesar del trabajo y la miseria, era fresca, hecha á torno, robusta y encan-

tadora, que bajo su papalina se deslizaban unos rizos que la naturaleza ensortijaba por sí misma; finalmente, que dentro de un par de años aquella niña llegaria à ser una linda jóven. Meditó algun tiempo sobre aquel descubrimiento, y una idea, mas siniestra que el crímen atroz que la hiciera dueña de la suerte de aquella pobre niña, le soplàra al oido el mismo diablo.

El marido no entrò en casa sino á las dos de la madrugada: su muger, con la lamparilla en la mano, permanecia contemplando á la pequeña dormilona. Pusiéronse á charlar hasta el dia con mucho acaloramiento y viveza, y desde aquel momento, Amèlia esperimentò un trato muy diverso. Desterròse el pan seco, los porrazos quedaron abolidos, la abstuvieron de cualquier faena penosa que pudiese alterar su brillante salud, ó dañar al completo desarrollo de sus encantos y atractivas formas. La asearon, la acicalaron, cuidando con el mayor esmero de su hermosa cabellera, y ordenándola se pusiera los guantes para toda clase de labor: mudòse el calzado de cordoban por unas zapatillas de seda; las aguas espirituosas, el aceite de olor, las pomadas mas finas, suavizaron en paco tiempo aquella tez endurecida por el contìnuo trabajo. Haliaron

en la vecindad un menestral que le diera, *gratis*, y únicamente porque era bonita, lecciones de baile de que muy pronto se aprovechó, á imitacion de todas las muchachas. La muger de confianza, para desarroyar prontamente el entendimiento, el gusto y los modales de la jóven Amélia, la llevaba dos veces por semana al teatro de la ópera, á fin de que pudiese admirar las cabriolas de *Vestris* el gracejo de la señorita *Clotilde* y los adornos de las elegantes *damas* que ocupan las primeras galerías acompañadas de los *lechuguinos* con gafas y lentes de oro.

Amélia notó todo aquello poniendose mas contenta que si fuera una reina: era hermosa, á la par que iba creciendo en estatura se reputaba feliz y bien tratada; en menos de un año, poseyó mil gracias y atractivos, gusto, talento: á los diez y seis años tenia un personal muy aventajado; se la admiraba en la calle; seguianla por los paseos, la miraban con ansia en los teatros; en una palabra, nada le faltaba de cuanto puede constituir una belleza célebre; pero el diablo por mas picarillo que sea, no está siempre de humor para enredar el ovillo; y he aquí lo que le aconteció en aquella ocasion:

Aunque se hallase en la mas perniciosa es-

cuela, y entre las manos de una pérfida muger, el corazon de la pobre niña se mantuvo inocente, y sus pensamientos jamàs se apartaban de lo que prescribe el mas rìgido decoro y severa decencia. Por mas galas con que la adornaban, nunca pudieron corromper su alma inocente porque su candor no era el fruto de la ignorancia tan fácil de sucumbir al menor embate: era virtuosa del mismo modo que lo habia comprendido su precoz talento.

En primer lugar, el hombre y la muger de confianza que habian fundado grandes proyectos sobre aquella encantadora criatura, y que hacia tres años sembraban mucho para coger mas todavìa, se alegraron infinito en ver à su tierna discìpula, tan tranquila, tan risueña, tan apacible; de ningun modo querian arrancar el fruto del àrbol sin estar sazonado. La jóven, por su parte, aunque estaba persuadida de que era huérfana, porque le habian dicho que su padre muriera en una gran batalla, sabiendo sin embargo que era la hija del marqués de Almaviva, no estrañaba que los cuidados que le prodigaban, fuese el complemento de lo que ecsigia el elevado rango en que habia nacido. Su imaginacion honesta y candorosa le revelaba que su suerte no fuera tan espantosa como se lo habian dicho en su ni-

ñez; que no se hallaba tan abandonada segun lo habia creido hasta la edad de trece ó catorce años, y que seguramente ecsistia algun secreto relativo á sus bienes de fortuna del que le hacian un misterio, pero que el tiempo lo aclararia, y en esta dulce confianza vivia entretanto feliz y dichosa.

Ah! iba á cumplir sus diez y siete años y era hermosa como un ángel: á la juventud y gracias de su edad, reunia todos sus atractivos.... Presentóse un viejo arriscado de la antigua corte, en un soberbio carruage con numerosos lacayos y lujosa comitiva, y como por encanto todo mudó de aspecto en aquella miserable casa: derramose el oro á manos llenas, lloviendo las galas y adornos á porfia, tan pronto los suntuosos chales, tan pronto los ricos brillantes. Amélia estuvo bien pronto ataviada como si fuera una princesa; y poniéndose ruborizada, en vano suplicaba que la dejasen escoger unos adornos mas modestos. Al principio se admiró, mas en seguida alarmóse su corazon: el velo que aun sugetaba la inocencia con mano temblorosa, desgarróse en fin: comprendió todo el oprobio, vió toda su desdicha, y supo por último que fuera preciso escoger entre la deshonra y la miseria.

Su eleccion no hubiera sido dudosa; pero

no entraba en el cálculo del hombre ni la muger de confianza que aun no habian recibido sino una corta señal sobre aquel ecsecrable mercado, y el precio de la víctima era considerable. Para vencer su virtud, probaron primero los ruegos, los razonamientos, las amenazas; nada pudo conmover su alma pura é inocente. A las palabras, siguieron luego los golpes, los mas duros y crueles tratamientos; Amélia decidida á morir, soportó, sobrellevó todo con paciencia: hubiera perecido.... pero no podian matarla, puesto que querian venderla; echaron pues, por otro camino.

El viejo señoron estaba locamente apasionado de la chica. Era un vejete libertino que habia conocido los gloriosos tiempos de la corte de Luis XV. Ignoro de qué trazas se valiò para conservar su antiguo castillo, en el que tambien habia pequeñas boardillas; y en el discurso de la conversacion, decia aun, *mis vasallos*.

Y, bien mirado, como al fin y al cabo, Amèlia no era sino una huèrfanita, una hija natural, sin consecuencia alguna, que nadie en el mundo reclamaria jamàs, teniéndose por muy honrado el que un gran señor la encontrase muy de su gusto, quedó decidido que la robarian; y como un gran señor no ejecuta

semejantes actos por sì mismo, sus lacayos se encargarian en el asunto.

Una noche, pues, á eso de las once, por un tiempo sombrìo y lluvioso, que espresamente habian esperado aquella ocasion, el hombre de confianza ordenò à la pobre jòven de vestirse prontamente y que lo siguiera. A semejante intimacion no pudo menos de estremecerse: pero la muger de confianza y su marido la maltrataron tan cruelmente que se vió forzada á obedecer para no sucumbir á los repetidos golpes. El miserable marchó con ella: el carruaje de monseñor, su cochero y tres lacayos se hallaban emboscados en la esquina de la calle del Baño. Sus instrucciones se limitaban à apoderarse al paso de la tierna jóven, hacerla subir al coche donde dos lacayos la sugetarian de modo que no pudiese gritar ni hacer el menor movimiento, y partir à galope tendido para el castillo de monseñor, que no distaba sino ocho leguas: nada era mas fácil.

Pero la pobre niña toda atemorizada, no caminaba sino temblando, observándolo todo á su al rededor, estremeciéndose al menor ruido, y tratando de indagar en aquella oscuridad el parage donde la conducian. Lo que aumentaba su terror, haciéndola concebir hor-

rorosas sospechas, era que la muger del hombre de confianza la habia ella misma ayudado à vestir de grado ó por fuerza, poniendo en aquella operacion un cuidado y esmero que debia serle de un espantoso vaticinio. ¿Qué necesidad habia para salir á las once de la noche, y à pié, de ir descotada, de llevar cadena de oro, una peineta de diamantes y zarcillos de perlas?

—No vamos, sino á dos pasos de aquí, le contestò aquel miserable, y tomarémos un coche.

Bien comprendia que se hallaba perdida sin recurso: pero qué podia ella hacer? Morir, matarse cuando la abandonase el último rayo de esperanza: he aquí su único pensamiento.

De repente, en la esquina de la calle del Baño, el bribonazo se puso á silvar con los dedos. Al mismo tiempo, la jóven apercibiò al resplandor de un reverbero, la carroza de monseñor que reconoció prontamente: viò salir de ella tres lacayos à quienes tambien reconociò, y sin duda el esceso del peligro fuè lo que impidiò que se desmayase.

En un abrir y cerrar de ojos los tres lacayos se precipitaron sobre ella sujetándola todos à la vez. El miserable que la acompañaba

no puso el menor reparo en entregársela en sus manos, y corrió para que el carruage se aprocsimàra. Aturdida, aterrada, la infeliz criatura permaneciò dos ó tres minutos sin movimiento: estaba como helada entre los brazos de los tres lacayos. Pero el ruido de los caballos á quienes el cochero sentaba el látigo, pareció despertarla de aquel letargo: creyó que monseñor á quien aborrecia mas que á la muerte, se hallaba en la carroza y que iban à entregarla á sus infames caricias: arrojó un grito de horror: sintióse animada de un valor que ella misma ignoraba, forcejeando de repente como una leona contra sus raptores. No hay duda que estos serian los mas fuertes en la lucha; pero como era tan linda, delicada y seductora, y que aunque eran lacayos no tenian el corazon de tigre como el hombre de confianza y su muger, se guardaban de causarle el menor daño impidiendo que sus manos no se hiriesen con los afilados botones de sus vestidos.

En esta lucha tan indecente como cruel, Amèlia habia perdido su sombrero y peineta; su chal se cayera por el suelo, sus cabellos flotaban sobre sus hombros y aunque no conocia límites su desesperacion iba á ceder al pudor, cuando el hombre de confianza acu-

diendo al ruido, y temiendo sobre todo que alguno que pasase por la calle no viniese en su socorro, imaginó de repente un medio pronto, seguro y eficaz de apoderarse de ella, ahogando sus gritos. Cogiò el chal que era muy grande, lo desplegò en toda su anchura, se lo echò como si fuera un velo sobre la cabeza de Amèlia, que en un instante vierase cubierta hasta los piès, y todos cuatro no pensaron mas que en trasportarla al coche. Pero como no la sugetaban sino por encima del chal, tratando únicamente de envolverla, y no atreviéndose, al menos los lacayos, por un sentimiento de pudor, poner sus manos á la casualidad, Amèlia, inspirada por la desesperacion, se aprovechò de un momento en que sintiera todas las manos en rededor de sus hombros, se agachò prontamente, se escurrió debajo del velo, pasò, bajó los brazos por entre las piernas, echó á correr huyendo con la rapidez del rayo.

En un abrir y cerrar de ojos, los lacayos y tambien el hombre de confianza se pusieron á seguir sus huellas. Los aventajaba en ligereza, pero ellos daban grandes zancajadas, no llevàndoles de delantera sino como unos diez pasos. La noche era espantosa, llovia, el tiempo sombrìo, y no sabia què camino tomar:

no importa corria y mas corria, faltándole casi la respiracion.... el ecsecrable bribonazo la seguia tan de cerca que casi sentia sus dedos resbalarse por sus cabellos echados hàcia atras y de los que trataba de apoderarse: estaba perdida sin remedio: no ecsistía para ella, ni socorro ni esperanza.

—Pues bien, decia la pobre niña, moriré, mas no me veré deshonrada.

Hallábase en medio del puente de las Tullerías. Detiénese de pronto arrimàndose á un lado. El gran bribon, que no aguardaba esto, pasa unos diez pasos por delante de ella, sin poder contener el ímpetu de su carrera: los tres lacayos se hallan un poco mas lejos, al otro lado del puente: vièrase sola y libre por un momento todavía, entre sus raptores, pero no tiene un minuto que perder: súbese al parapeto sin atreverse à mirar por miedo de que la abandone el valor, vé ocho brazos levantados para apoderarse de ella, y arrójase al rio.

El ruido que causó su caida, helò de terror á los lacayos, tomando la huida por la calle del Baño; y el hombre de confianza aunque bastante asustado, creyó como un vil que era, que puesto que nadie la prestaría ningun aucsilio, iba sin duda á perecer; dirigiéndose hácia las verjas del Louvre, entre las cuales

se escapó, sin reparar siquiera que un hombre desconocido acababa de pasar á su lado.

Tal fué poco mas ó menos la relacion que el doctor refirió al jóven príncipe: digo poco mas ò menos, porque creia, del mismo modo que Amélia, á quien se lo digera el hombre de confianza, que el marqués de Almaviva habia perecido en la emigracion, y por consiguiente no pudiera revelar à Palamos la insigne mentira fraguada por el hombre de confianza sobre la supuesta suerte de Amélia.

Pero yo, mi querido lector, he podido en el acto aclararos este misterio; pues con tal que recordeis un poco, es Thelèna, la de la rubia cabellera que, teniendo à Isidoro enlazado con sus lindos brazos, le refiere las desgracias de su noble familia; y como ella conoce ya todos los secretos que el tiempo ha descubierto, traza su historia en el òrden que sigue.

18.

Edad amable, candorosa, brillante primavera de la vida; el amor siguiendo tus huellas marcha acompañado con la inocencia; y la virtud engalanada de flores, te abre las puertas de la vida.

Despues de haber oido con una indignacion que fácilmente se puede concebir el relato que el prudente y sábio doctor habia él mismo recogido de los làbios de Amélia, Palamos confiò á su vez el noble y atrevido proyecto que lo condugera á Francia.

—Mis desventurados compatriotas, le dijo, han jurado romper sus cadenas: no esperan mas señal que la presencia de un hombre

intrépido y decidido: yo he jurado que seria ese hombre y para llenar dignamente tan honrosa mision, corro presuroso á aprender bajo las banderas de una nacion libre y valerosa, el arte de formar soldados y de conducirlos à la victoria, bajo los fuegos de un enemigo veinte veces mas numeroso, con la calma, la sangre fria y la superioridad propia de las evoluciones y táctica europeas.

El doctor, que era casi tan filòsofo y tan observador como lord Ohwart, bien comprendiera entonces la energía y nobleza de carácter del jòven prìncipe; no conservó pues la menor inquietud acerca de sus intenciones respecto de la interesante Amélia, y á pesar de la gravedad y circunspeccion que ecsigian su edad y su profesion, sintió una especie de respetuosa admiracion hácia un hombre que, tan jòven todavìa, ofreciera no obstante, un ejemplo tan noble de valor, virtud y patriotismo.

Todos los sentimientos del príncipe Palamos se distinguian por aquel barniz romanesco, que la virtud, sobre todo en la temprana edad, inspira á las almas ardientes, y en todas las cosas de una importancia decisiva, sus resoluciones tomaban un carácter de firme prontitud. Jamàs, por mas imperio con que el amor se hubiera señoreado en su corazon,

no le hubiese diferido de un dia ni de una hora, el cumplimiento del deber que se habia impuesto: mas tambien, ningun obstáculo, despues de haber obtenido la declaracion y consentimiento de la bella Amélia, fuera bastante poderoso á dominar la ardiente pasion que se habia apoderado de su alma. Todo cuanto veia en aquella jóven ecsaltaba su imaginacion fogosa: su belleza, su desgracia, su virtud, la hacian aparecer á sus ojos como un ser único, admirable, encantador; y el modo tan terrible como milagroso de que el destino se habia servido para ponerla en sus manos, hacia que para él fuese la heroina de la mas hermosa novela caballeresca. Por otra parte ¿qué faltaba á la jòven Amèlia para no ser digna de los tiernos y rendidos homenages de un principe! Los bienes de fortuna: pero Palamos no se hallaba aun en la edad de que el amor se toma por una especie de cálculo. Era noble, virtuosa y bella. Resolviose pues à ser su esposo, darle su nombre, su fortuna y su rango antes de empuñar el fusil y endosarse la cartuchera como un simple soldado.

Muy prontamente se hicieron en casa del doctor todos los proparativos necesarios para recibir en ella de un modo conveniente la desposada de un príncipe. La muger y las dos

hijas de este hombre respetable se presentaron en la habitacion de Angela quien por su parte, tan poco habia perdido un instante para proporcionar à la hermosa jóven, vestidos nuevos y del gusto y hechuras mas elegantes. La gracia, la modestia, el aire tan tìmido como noble de la desdichada señorita, inspiraban una admiracion tan tierna que arrancaban lágrimas de alegría. Recibiò de sus nuevos amigos los mas dulces abrazos, siendo conducida como en triunfo á casa del sábio doctor; y tan rápidamente habia pasado de la desesperacion al colmo de la dicha que por dos veces se desmayó de contento, al ver que la daban á porfia las mas ciertas señales de respeto y ternura, los dulces nombres de hija y hermana, y sobre todo al ver postrado á sus plantas al valiente y bello jòven que le salvàra la vida, y quien, por única recompensa, le pedia que consintiese en labrar su futura felicidad.

—¿No soy toda vuestra para siempre? respondió Amèlia.

Su turbacion y el subido carmin que coloreaban sus mejillas, lo probaban aun mas que su tímida confesion.

Quedó resuelto de no elevar ninguna queja contra el hombre infame que tan vilmente

habia abusado de la confianza del marqués de Almaviva. La reputacion de cualquier jóven es una flor tan delicada, que ni aun para admirarla, fuera preciso esponerla á la luz del dia. Por otra parte, se hubiera podido comprometer el rigoroso incógnito que Palamos queria guardar: incógnito necesario, forzado, puesto que no pudiera renunciar à él, sin despertar las sospechas de los tiranos de su patria, y por consiguiente sin esponerse á obtener un mal resultado en su empresa.

—Que el génio infernal que cuida de la conservacion de aquel monstruo, decia, hablando de semejante miserable, se guarde de presentarlo ante mi vista, y solo con esta condicion llevará consigo á los infiernos la impunidad de su crímen.

Los dos amantes eran perfectamente libres: el amor de la jòven Amélia, aunque contenido por la modestia, se igualaba con el del príncipe, y sin embargo, parecia muy difícil el unirlos, al menos segun las formas legales instituidas por nuestras leyes. Por parte de Amélia, se hacia indispensable como huérfana, dilaciones, una sentencia, un cuerpo de familia ó de amigos. Por parte del príncipe, fuera preciso probar cierto tiempo de vecindad y domicilio. Y no obstante, acababa

de principiarse la guerra en el Hannóver: por nada en el mundo hubiera querido Palamos dejar de hallarse bajo sus banderas, y por mucho mas hubiera querido dejar à su amante sin llevar consigo la certeza de que para siempre le pertenecia con los lazos mas sagrados.

El doctor miraba esta dificultad como insuperable: Amélia lloraba temblando, y Palamos se desesperaba; cuando de repente se acuerda que ha nacido griego, que su esposa iba tambien á ser griega, al menos tan pronto como se hallase en Grecia: que en su consecuencia ninguna necesidad tenia de casarse al estilo de Francia, y que todo cuanto à él le importaba era de legitimar su himeneo ante sus leyes, sus ritos y sus conciudadanos. Esta opinion acaloradamente discutida fuè prontamente adoptada, y Amèlia consintiò de todo corazon en hacerse griega.

Habia entonces en París un *papas*: un papas, sin temor de equivocarme, es una especie de cura del rito griego, el cual egercia su oficio en la iglesia de san Roque, revestido de larga túnica blanca, salpicada de estrellas de oro, teniendo una poblada y venerable barba, y un gran cuchillo suspendido á la cintura.

El príncipe se apresuró á visitar à aquel

ministro de sus altares. Dióse á conocer: no hubo cosa mas fácil. En seguida le confió sus designios, su amor, y lo resuelto que estaba á casarse con su amante del modo mas breve que permitiese la usanza griega.

El ministro de la poblada barba abrazò tiernamente à su noble compatriota, prometió de rogar fervorosamente á Dios por su gloriosa empresa, y bendijo en el acto, con sigilo, sin pompa, sin órganos ni campanas, la afortunada pareja, que desde aquella misma noche, gozó de las delicias de un amor legítimo y consagrado en Parìs segun los ritos de Constantinopla.

Ocho dias transcurrieron gozando sin escrúpulos ni remordimientos de las dulzuras de su nuevo estado; partiendo despues el príncipe para ir á la guerra, dejando entregada á su esposa à los cuidados del buen doctor; y en tanto que él corria con el general Mortier y cuarenta mil valientes camaradas á conquistar à los ingleses el Hannòver que no era en aquel entonces tan orgullosa como hoy dia, la encantadora Amélia, rodeada de los mas tiernos cuidados, cada vez que viera crecer y abultarse ciertas señales que una recien casada no repara jamàs sin estremecerse de gozo, á los suspiros de la ausencia, mezclabánse las

dulces lágrimas de la mas cara esperanza.

Pero, mientras que para ella habian cesado los dias de sufrimiento, y que para su noble esposo, principiasen los de gloria, una nueva era se abria tambien para la Francia y para todo el mundo entero.

Ah! aunque, en apariencia, se manifestaba rodeada del mas brillante resplandor de que jamàs mortal alguno se haya dejado deslumbrar; al través de la engañadora aureola de la que se ceñia con mucho arte la ambiciosa frente de un déspota futuro, el sábio, atento y prudente, entreveía ya los florones de la corona, y en las gloriosas manos que despedian raudales de laureles, en vano señalára al pueblo entusiasta y ligero, los primeros anillos de la cadena de la esclavitud. Hombres ciegos, franceses de festivo humor, vosotros lo reparàsteis demasiado tarde, y para consolaros, os oian decir por todas partes con brutal orgullo: *nuestros hierros son dorados, y la Europa los admira....* Merecíais que estuviesen cubiertos de plomo.

Se combatia entonces en el Hanuòver; se conspiraba en París, en Lòndres, en Viena, y en Nápoles: el gabinete de san Jàmes, suministraba á la vez soldados y asesinos; y el resultado del vasto complot debia ser la muer-

te de Napoleon Bonaparte.... Solo sirvió para su coronacion. La Francia, grande y generosa, creyó en su indignacion haber triunfado de los enemigos de su gloria y de su libertad: mas no consiguiò sino la mitad del fin que se habia propuesto, y su tiempo se limitò à escogerse un nuevo dueño.

El egército recibió con entusiasmo la asombrosa y rápida nueva que su gefe era emperador. Comprendió que iba á reinar y que la fuerza de las armas llegaria á imponer la ley al mundo. Su gozo era fundado, porque el soldado rara vez es ciudadano, y su esperanza se realizò. Pero Palamos que era lo que se llama un republicano neto, despreciando todo aquel incienso, todo aquel vano resplandor que rodeaba al invencible *guerrero*, abandonò sus banderas y aprovechándose de la ocasion de no hallarse aun encendida la guerra en Alemania, atravesó prontamente la Europa con su esposa, y apenas hubieron llegado á su nueva patria, cuando la jóven princesa diera á luz dos gemelos. Pusièronle al uno el nombre de Ataxilo, y al otro el de Polidoro. Al año siguiente el cielo bendijo aun el amor y la virtud de la jòven francesa: una nueva prenda de himeneo recibió la vida en su seno; dió á luz una niña que debia igua-

larla en virtudes, sobrepujarla en belleza; y Theléna, porque era ella la que viera entonces la luz del dia, fuè recibida por su padre con transportes de alegrìa.

En esta parte del relato que hacia con su gracia ingénua y su picante curiosidad la encantadora y singular habitante de la roca desconocida, Isidoro, conmovido de repente por un sentimiento respetuoso, retirò el brazo con que rodeaba el esbelto talle de su noble compañera.

19.

El respeto y admiracion enmudecieron al amor.

Oh Theléna! le dijo, oh hija de un príncipe y de noble sangre francesa! dignaos perdonarme mi temeraria conducta, olvidad todo cuanto he dicho, olvidad todo cuanto he hecho. Yo ignoraba que debieseis la ecsistencia á parientes tan ilustres, à un hèroe cuya grandeza de alma brilla en los hermosos ojos y en el valor de su hija. A contar desde este instante, mi respeto igualarà....

no me atrevo á decir, à mi amor. Noble jòven, os amaré, porque al fin es menester que yo ame todo cuanto la naturaleza ofrece de mas perfecto y mas encantador.... mas ya no se acercarán mis lábios á vuestra frente, no fijaré mas audazmente mis miradas en las vuestras, ya no apartarè estas flores y esa hermosa cabellera para contemplar vuestros encantos, el respeto.... el deber.... el honor.... pero cielos! que teneis Theléna?

Thélena se hallaba muy descontenta y aun mas aflijida todavía: en su espresivo rostro pintàrase su admiracion, y abundantes làgrimas corrian por sus mejillas.

—Como! que es esto! decia, ya no quieres abrazarme, no te dignas mirarme, no consientes en amarme? Qué es lo que he hecho, pues? por qué me guardas rencor? Dios mio! vas acaso á dejarme?

Estaba pronta á desesperarse. Isidoro no tuvo tiempo sino de deponer bien pronto su respetuoso entusiasmo, vió que fuera preciso renunciar á dar el tratamiento de princesa á la jòven doncella tan natural y sencilla que no poseyera mas nobleza sino la de un alma pura, honrada y animosa.

Despues de muchas esplicaciones, pues se hallaba tan conmovida que Isidoro apenas po-

dia tranquilizarla, principió ella solamente á comprender un poco lo que causaba á su amigo, tan grande turbacion, tamaño embarazo. Muy distante de hallarse por esto mas orgullosa, se puso por el contrario mas tierna, espresiva y atenta, y sin embargo, añadió con altivez:

—Me felicito mucho de que circule noble sangre por mis venas, si esta puede ser una razon para parecer mas hermosa à tus ojos: mas no me repitas que no te atreves à amarme, ni tan poco que jamás fijarás en mì tus ojos: ah! preferiria entoces haber nacido la hija de un esclavo para que asì consintieses en amarme, para que me estès mirando siempre.

Theléna quedò contenta y fué servida á las mil maravillas.

—Pero cómo, encantadora amiga, hermana adorada, de qué modo, hija de un príncipe, has venido á esta roca desierta? Cómo te veo en ella, abandonada, perdida? por qué razon no te hallas vestida sino con una simple túnica? quien te diera esas armas? quien supo inspirarte ese gusto tan fino, tan delicado que brilla en tu peinado, y en la elegante vuelta que tan airosamente das á tu griega, semejante en un todo à las ninfas? Bien ha podido la naturaleza formarte bella como

los amores, brillante como el cielo y fresca como las flores: pero que manos han pulimentado una obra tan perfecta y encantadora. Tu no te pareces á las jóvenes de tu edad: tu entendimiento se halla cultivado, y tu corazon es puro é ingenioso; si no tienes conocimiento del mundo, donde has tomado todas las gracias que dan la educacion, la fortuna? y si lo sabes, como permaneces siendo la hija salvage de la naturaleza? Yo veo, admiro en tí un prodigio inaudito, una cosa imposible, y siempre en perfecta armonía; la hija de la poblacion y la criatura del desierto. Me habia figurado que la imaginacion solo podia crear un ser de tu semejanza, y tal ha sido mi sorpresa, que al conocerte, al hablarte, aunque teniendote en los brazos, temo que estoy soñando y temo mas todavía el despertar para verte desaparecer de repente.

Estas cuestiones delicadas eran para aquella pobre é incauta doncella singularmente oscuras. No se la escapaba que era bella como el amor, brillante como el cielo, fresca como las flores, y se enagenaba de gozo al pronunciarlo los làbios de Isidoro, estasiandose sobre todo cuando sus miradas se lo aseguraban: mas en cuanto á lo demás, era superior à su inteligencia, no que le faltase el

talento de recto juicio y aun de penetracion; pero porque no podia à falta de comparacion juzgarse asì misma, ignorando completamente que fuese un ser escepcional y aparte de los usos y costumbres de la sociedad; finalmente, una doncella tan estraordinaria como hermosa.

Asì que, por toda respuesta, ella miraba fijamente à Isidoro con unos ojos en que se pintaba la sorpresa; ó bien, inclinando la cabeza, repetia sus preguntas una tras otra, contestando alternativamente:

—No comprendo esto. Y volviendo en seguida repentinamente á su primitiva idea: ¿me encuentras hermosa? me amas? soy siempre tu hermana? llegaré á ser tu esposa? permaneceré siempre á tu lado?

Y tranquilizada acerca de tan importantes puntos por los mas tiernos juramentos, no comprendiera gran cosa à los temores, á la admiracion, á los tormentos de su amigo.

Sin embargo, agitàbale cierta vaga sospecha de que algo estraño habia en todo cuanto le fuera respectivo: algo de estraordinario, de misterioso: una multitud de circunstancias que poco mas ó menos habian chocado á su imaginacion jòven y novicia, despertáran sordamente mas de una vez en ella aquel pensamiento confuso, aquella duda incierta que

confirmaban ahora la admiracion que ella inspiraba à Isidoro, y sobre todo sus preguntas que encerraban por sì mismas una especie de revelacion.

Como era naturalmente de por sì de un entendimiento sano y despejado, fácilmente comprendió que habian debido pasarse relativamente á ella, ciertas cosas que salian probablemente del curso ordinario de los acontecimientos; que semejantes cosas, inesplicables para ella, la harian à los ojos de su amigo diferente de las diversas mugeres que habia visto, y como no podia asegurar que aquella diferencia estuviese toda entera de su parte, sentia una especie de temor, una timidez que la hacia subir los colores al rostro, y sobre todo una viva curiosidad de descubrir lo que le faltaba para asemejarse á todas las jóvenes de su edad; de suerte, que en lugar de esplicar al gallardo mancebo, lo que él mismo no pudiera comprender, era ella la que queria absolutamente saber de su boca lo que le fuera imposible revelarle.

—Cuèntame todos los pormenores de tu vida, le decia Isidoro, y estoy casi seguro de descubrir en tu relacion el misterio que ambos ansiamos por conocer, y cuyo efecto bizarro, estraño, y sin ejemplo, ha hecho de tí

un ser encantador, una obra maestra del arte y de la naturaleza.

Theléna, comprendiò tambien, adivinò en seguida, que únicamente suministrando à su amigo todos los detalles, todos los pormenores que su memoria hubiera podido conservar acerca de sí misma, fuera como únicamente conseguirian juntos descorrer el velo que hasta entonces ocultára vagos presentimientos. Su viveza natural, su inquieta curiosidad se manifestaban por sus miradas.

—Escucha atentamente, amigo mio, dijo á Isidoro con brevedad, te dirè todo cuanto sepa, y despues tù me instruiràs acerca de lo que no comprendo.

Bien se puede juzgar si el contrato fuè del agrado del jóven, se prestó mas atencion que nunca, y su corazon, su espìritu, toda su alma se prestaron à recoger con ansia cada palabra de la linda salvage, ignorante, amorosa inocente, é hija de un principe á pesar de todo esto.

Fin del tomo primero.

Dos cuartos el pliego!!!

BIBLIOTECA ECONÓMICA

POPULAR.

Se publica en Cádiz un dia sí y otro nó un pliego.

PROSPECTO.

TERMINADO ya el primer tomo de ***Thelé-na, ó el amor y la guerra***, y agradecido el editor de la *Biblioteca económica popular*, à la buena acogida que obtienen sus publicaciones, y siguiendo siempre en el constante empeño de dar á luz obras de mérito, tanto nacionales como estrangeras, tiene el gusto de anunciar à sus suscritores, se està traduciendo con el mayor esmero, por el jóven D. José Ignacio de Michelena, la última produccion del célebre y festivo *Paul de Kock*, ***El amante de la Luna***, publicada y acogida en Francia con el mayor entusiasmo en el presente año; todo encomio que se le prodigue á tan interesante novela será escaso.

A pesar de los crecidos gastos que ocasionan estas publicaciones, el precio serà siempre el de ¡*dos cuartos pliego*!!! ya sean originales ò ya traducciones. ¿Y quien habrá en el mundo civilizado, en el órbe literario, que se abstraiga de emplear tan diminuta cantidad? ¿Quien verá con indiferencia el que salga una entrega de esta magnífica novela y no vaya á su poder y todo por no deshacerse de *dos cuartos*, ó mas bien de nada, porque *dos cuartos* y nada es una misma cosa: son dos espresiones que se identifican.

El dia que haya de salir la primera entrega de dicha novela, que constarà de 10 tomos, se avisarà por carteles.

Condiciones de la suscricion.

En Cádiz, dos cuartos el pliego, pagados en el acto de recibir cada uno de ellos.

En las provincias recibirán los señores suscritores los tomos encuadernados, no teniendo que abonar por ellos mas que ha razon de tres cuartos pliego, cuyo esceso es el costo del porte.

Los suscritores de S. Fernando, Puerto de Sta. María, Jerez y Sanlúcar, solo abonarán por cada pliego diez maravedís.

Los suscritores que prefieran al recoger los pliegos en los puntos de suscricion, el que se les lleven á sus casas, abonarán al repartidor 1 real al mes.

Obras de fondo de la casa de Arjona.

Una revolucion en Venecia, original de D. J. de Arenas, un tomo 7 rs.—*Paulina Butler*, original de Vergne, traduccion de D. A. Guerra, un tomo 4 rs.—*El Aventurero Castellano*, original de D. Gabriel Sanchez de Castilla, 4 tomos 28 rs.—*Cláudio Lepetit y su mono*, por P. Jacob, traduccion de D. J. Enriles, 4 tomos en dos volúmenes 14 rs.—*Las visiones del castillo de los Pirineos*, por A. Radcliff, traduccion libre al castellano, 5 tomos 35 rs.—*Alhi de Tebelen ó la destruccion de Gardiki*, por E. Sué, traduccion libre de E. Polanco, un tomo 6 rs.—*La Rosita, ecos de Castilla*, originales de Mr. Balzac, traduccion libre de E. Polanco, un tomo 6 rs.—*El marqués de Pombal*, novela histórica escrita en francés por Robert, traduccion de D. A. Guerra, un tomo 8 rs.—*La hija de Abenabó*, original de D. J. Arias Bela, un tomo 6 rs.—*La hija del*

Pirata y el Guante ensangrentado, un tomo 6 rs. —*Maria Luisa de Orleans, reina de España y esposa de Cárlos* 2.°, traduccion de D. J. Enriles, 3 tomos 18 rs.—*Un seductor*, original del jóven Bello y Chacon, un tomo 8 rs.—*Martin el espósito*, por Eugenio Sué, 8 volúmenes 48 rs.

Puntos de suscricion.

Cádiz: librerias de Hortal, Nuñez, Moderna, Vazquez, Mayano, y en su imprenta, calle de la Torre, esquina á la de los tres Hornos, —S. Fernando: García.—Pto. de Sta. María: Valderrama, Bermudez y Paredes.—Jerez: Bueno.—Sanlúcar: Esper.—Sevilla: Santigosa.—Y en todas las principales librerias del reino.

THELÉNA.